Por qué agoniza el cristianismo

SALVADOR FREIXEDO

algar

Lector: Si en el fondo de tu alma te sientes angustiado porque te das cuenta de que tu Iglesia apenas si tiene ya atractivo para ti, y practicas tu fe mortecinamente como algo tradicional, este libro puede ser una gran ayuda para tu inquietud. Para muchos ha sido un punto crucial en sus vidas desde el momento en que su lectura cambió por completo la manera que tenían de concebir su propia existencia, dándoles una visión más optimista de sí mismos y de la vida, y haciéndoles valorar más el mayor don que Dios le ha dado al hombre, que es su inteligencia; por encima de todos los miedos y de todos los traumas que la religión mal entendida ha generado en nuestras almas.

SALVADOR FREIXEDO

- Nació en Galicia en 1923.
- Reside en América desde 1947.
- Pertenció por 30 años a la Orden de los Jesuitas.
- Fue ordenado sacerdote en 1953 en Santander.
- **Estudió:**
  Humanidades en Salamanca.
  Filosofía en la Universidad de Comillas (Santander).
  Teología en Alma College (San Francisco, California).
  Ascética en Mont Laurier (Quebec, Canadá).
  Psicología en la Universidad de Los Angeles (California) y Fordham University (Nueva York).
- **Enseñó:**
  Historia de la Iglesia en el Seminario Interdiocesano de Santo Domingo (República Dominicana).
- **Fundó:** El Movimiento de la Juventud Obrera Cristiana (JOC) en San Juan de Puerto Rico y fue Vice-Asesor nacional del mismo en La Habana (Cuba).
- **Fundó** asimismo el Instituto Mexicano de Estudios del Fenómeno Paranormal, y presidió el Primer Gran Congreso Internacional.

Ha actuado como ponente invitado en numerosos congresos tanto en América (Norte y Sur) como en Europa y Asia.

- **Es autor de los siguientes libros:**
  - 40 CASOS DE INJUSTICIA SOCIAL (examen de conciencia para cristianos distraídos). Apoyado (Con motivo de este libro el dictador Batista lo invitó a abandonar Cuba.)
  - MI IGLESIA DUERME (por motivo de este libro tuvo que salir de los jesuitas). (11 ediciones, 105.000 ejemplares.)
  - EXTRATERRESTRES Y RELIGIÓN (subtítulo: «Cuando los ovnis aterrizan, los dogmas vuelan»). (25.000 ejs.)
  - MITOS RELIGIOSOS EN LAS RELACIONES HUMANAS (por este libro y debido a influencias episcopales fue encarcelado en Venezuela). (20.000 ejemplares.)
  - PARAPSICOLOGÍA Y RELIGIÓN (5 ediciones). (21.000 ejemplares.)
  - VISIONARIOS, MÍSTICOS Y CONTACTOS EXTRATERRESTRES (la religión entre la parapsicología y los ovnis). (3 ediciones.)
  - ISRAEL FUI REDOCONTACTO (3 ediciones).
  - 60 CASOS DE OVNIS (sin publicar).
  - CURANDERISMO Y CURACIONES POR LA FE
  - DEFENDIAMONOS DE LOS DIOSES (de pronta aparición).
  - DICCIONARIO SEXUFURICO (agotado).

La respuesta tajante a la pregunta del título es ésta: «Porque adora a un dios falso».
El dios que nos presenta el Cristianismo en el Antiguo Testamento, es un auténtico monstruo, vengativo, caprichoso y cruel. Y en el Nuevo Testamento no vemos a Cristo en ningún momento renunciar a él.
El autor, que se declara profundamente religioso, nos presenta en este apasionante libro cuál es su idea de Dios y nos dice cuáles son sus creencias, para no dejar al lector en un limbo religioso.
La impresionante «Exhortación final» adquiere más fuerza cuando se sabe que proviene de un sacerdote que ha caminado incesantemente el mundo en busca de la verdad, después de haber pertenecido por 30 años a la orden de los jesuitas de la que fue prácticamente expulsado tras su libro «Mi Iglesia Duerme» cuya publicación fue prohibida en España en los años del franquismo.

DEDICATORIA

A los señores Obispos de España y de Hispanoamérica, aun a sabiendas de que las ideas de este libro no serán bien recibidas por ellos. Son el fruto de la incontenible evolución de la mente humana, por encima de los viejos dogmas, de los ritos y de los tradicionalismos que a la larga acaban por esclavizarla.

Un sacerdote

POR QUÉ AGONIZA EL CRISTIANISMO

Salvador Freixedo

Editorial ALGAR, S.A.

DISTRIBUCIÓN

Zona Centro: *Forma Libros*
Calle Nuestra Señora de las Mercedes, 9
Teléfono (91 477 13 01
Madrid-18

Zona Cataluña y Baleares: *Prólogo*
Calle Moscardó, *35* Teléfono (93)3472511 Barcelona

Zona Norte: *Umbe, S. A.*
Calle Novia Salcedo, 10 Teléfono (94) 444 48 92 Bilbao

Primera edición: octubre 1983.

Salvador Freixedo
Editorial Algar, S. A.
ISBN: 84-7450-022-2
Depósito legal: M. 35.556-1983
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INSPIRACIÓN

Se me dirá: ¿Cuál es tu religión? Y yo responderé: Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar incesantemente e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche como dicen que con El luchó Jacob... Es obra de misericordia suprema despertar al dormido y sacudir al parado, y es obra de suprema piedad religiosa buscar la verdad en todo y descubrir dondequiera el dolo, la necedad y la inepcia.

Miguel de Unamuno

INTRODUCCIÓN

Entre las páginas de «Mi Iglesia duerme» y las páginas de este libro hay un intervalo de catorce años. Catorce años en que he tenido el privilegio de poder leer y reflexionar mucho.

Tengo que confesar que durante mis 16 años de formación sacerdotal y durante la mayor parte de mis 30 años en la Orden de los Jesuitas, me limité a aceptar ciegamente mi fe sin cuestionarla. El trabajo pastoral, al que honestamente dedicaba todas mis energías, no me dejaba tiempo para reflexionar sobre ella, aparte de que ni se me pasaba por la mente el ponerla en tela de juicio. Por eso considero una bendición de Dios la suspensión *a divinis* con que en el año 1968 me obsequiaron los obispos de Puerto Rico.

A partir de entonces empecé a repensar a fondo todo el problema de la religión sin tener prejuicio alguno; avanzaba en mis deducciones a medida que descubría nuevos hechos y me paraba allí donde se paraba mi razón. Sin miedo, porque el miedo no es camino para llegar a Dios.

Tengo que confesar también que en mi búsqueda de lo trascendente y en mi reevaluación de la fe, he tenido dos grandes ayudas. Una ha sido la historia comparada de las religiones. Por lo general, en las facultades teológicas de las diferentes denominaciones cristianas (y por supuesto en los seminarios católicos) se le concede muy poca importancia a este estudio; y esto, hoy día, lo considero una verdadera estafa que se les hace a los estudiantes. En el mundo habría menos fanatismo si todos los creyentes de las diversas religiones conociesen más hechos y creencias de las demás. Pero cada uno se encierra en «su» verdad y no quiere saber nada de los «errores» de las demás.

La otra ayuda que tuve fue más bien extraña y muy poco usual entre los estudiosos del fenómeno religioso. Provino nada menos que del campo de la parapsicología y más en concreto, del vastísimo mundo de la fenomenología paranormal que tan ignorada es por la ciencia oficial y tan mal interpretada por la teología cuando se encuentra con ella y la denomina «milagro».

Aleccionado por el excelente libro de J. L. Aranguren «La crisis del catolicismo» -escrito más bien para personas de una cultura más que mediana, y no siempre de fácil lectura— he procurado escribir el mío de una manera más asequible al gran público, aunque no llegue a profundizar tanto en el tema como el ilustre profesor universitario.

Muchos de los argumentos que estoy seguro se esgrimirán contra la tesis de este libro, yo los veo precisamente como todo lo contrario: como síntomas de agonía. Las enormes multitudes con las que el Papa se encuentra en sus viajes fuera del Vaticano, el reavivamiento carismático y pentecostal, las organizaciones laicales al estilo del Opus Dei, el surgimiento de grandes predicadores y hasta taumaturgos en el seno del protestantismo, el movimiento ecuménico, el envolvimiento del clero joven en las luchas sociales, las encíclicas de avanzada de los últimos Papas, etc., etc., no son más que parte de todo un síndrome.

Todos estos movimientos «renovadores», lejos de ser una señal de vitalidad, son estertores; son algo así como las «mejorías» de los moribundos, tras horas y horas de total inacción. Lejos de hacer concebir esperanzas a los entendidos, les están claramente diciendo que se acerca el momento del desenlace fatal.

Por supuesto que el desenlace fatal de instituciones seculares y multitudinarias como son las diversas iglesias cristianas, no va a ser ni inmediato ni repentino. El cristianismo como filosofía y como práctica de vida seguirá existiendo, pero irá perdiendo aceleradamente fuerza e influencia en las mentes de los humanos durante lo que resta de este siglo. Y aunque en el siglo XXI habrá todavía grandes núcleos de personas fieles a las viejas instituciones cristianas, sin embargo los descendientes de los actuales cristianos practicantes (porque más de la mitad de los cristianos ya

no son practicantes) tendrán unas ideas religiosas completamente diferentes de las de sus antepasados.

La causa de la agonía del cristianismo, no hay que buscarla en males superficiales; la causa de la agonía del cristianismo está paradójicamente en sus cosas «sagradas», está en sus creencias, está en su biblia, está en la misma idea que tiene de redención y de salvación, está en la total falta de respeto con que sus teólogos y predicadores han manipulado el concepto de Dios y está finalmente en ese personaje vengativo y tiránico que encontramos en el Pentateuco y que se nos ha querido imponer como Dios.

No tengo hacha ninguna que amolar con este libro ni me alegro precisamente de que las cosas sean como son. Contemplo únicamente la realidad con ojos desapasionados pero bien abiertos y tengo que confesar que me duele que en este derrumbe que se prevé (y al que ya estamos asistiendo en buena parte) se vayan a perder muchos de los auténticos valores que el cristianismo encierra.

Comprendo por otro lado que los actuales líderes cristianos apenas si tienen nada que hacer en esta agonía. Ni son ellos culpables de ella ni la iban a poder detener por muchas medidas drásticas que adoptasen; aparte de que están muy divididos por sus fanatismos y por sus intereses creados.

Sencillamente el ciclo vital del cristianismo ha llegado a su fin. Lo que los líderes religiosos podrían hacer (y harán sólo en muy pequeña parte) sería salvaguardar los auténticos valores del cristianismo y preparar las mentes de sus fieles para los nuevos tiempos del futuro y sobre todo para los difíciles tiempos de la transición.

Pido sinceramente perdón a todas aquellas personas a las que haré sufrir con estas páginas. Bien sabe Dios que no es esa mi intención. Lo que con ellas deseo es ir preparando el camino para los nuevos tiempos que vienen y que se nos acercan a toda velocidad, mientras mucha gente está todavía aferrada a lo que queda de costumbres y creencias pasadas, que ya no tienen oportunidad de resucitar.

Lo que deseo es evitar el peligroso vacío que desgraciadamente se está formando en las mentes de millones de jóvenes

para quienes las antiguas creencias ya no tienen significado alguno, y que no encuentran en sus líderes religiosos, ni en sus maestros, ni en sus padres, ni mucho menos en las autoridades civiles, unas normas o un patrón válido de conducta que seguir.

Uno de los propósitos de este modesto libro es sacar del vetusto y por muchos conceptos majestuoso templo del cristianismo, todo aquello que tiene valor y que es digno de ser salvado, antes de que el templo se derrumbe; es decirle a la juventud —que por puro instinto ya no quiere entrar en el templo— que los valores fundamentales y originales del cristianismo; el amor fraterno, la justicia, y el enfoque hacia los valores trascendentes, seguirán siendo tan válidos y tan necesarios en el postcristianismo como lo han sido durante toda la existencia del hombre sobre la Tierra. Precisamente por tenerlos tan olvidados en la hora presente, es por lo que el mundo está convertido en un infierno.

Y para terminar, quiero que el lector tenga muy presente que cuando digo que el cristianismo agoniza, de ninguna manera estoy diciendo que la religión también agonice. La religión, considerada como la búsqueda de las raíces humanas y de su destino final, nunca podrá dejar de existir entre los seres racionales. Lo que en la actualidad muere y ha muerto muchas veces a lo largo de los siglos, es la manera que los hombres tienen de buscar sus raíces y de conocer o de intentar comunicarse con el más allá. El camino hacia el Dios Total es más sencillo y menos enrevesado de lo que nos dicen los doctrinarios de todas las religiones; sin que por otro lado tengamos la infantil idea de que nos vamos a encontrar con El «cara a cara» en cuanto salgamos de este mundo.*

---

*A1 lector que no tenga demasiado tiempo para leer y quiera ir directamente al meollo del tema, le recomiendo que comience la lectura en el capítulo «Las creencias del cristianismo»,

CAPITULO I

La «Agonía del Cristianismo» de Unamuno

No quiero entrar en materia sin antes hacer referencia al libro «La Agonía del Cristianismo» de Don Miguel de Unamuno.

Cuando hace bastantes años lo leí, confieso que me desilusionó y hasta interrumpí su lectura antes de llegar al final. Esperaba encontrar en él argumentos y razonamientos que en aquellas fechas a mí me parecían imposibles (y precisamente ésta fue la causa de mi lectura); pero en su lugar encontré la exteriorización de la lucha interna de un hombre que tenía un gran lío de ideas en su cabeza. Enseguida de comenzar, con una gran sinceridad nos dice: «Lo que voy a exponer aquí, lector, es mi agonía, mi lucha por el cristianismo, la agonía del cristianismo en mí, su muerte y su resurrección en cada momento de mi vida íntima». Y esta exposición la hace a base de paradojas constantes (yo en mi fuero interno a Unamuno le llamo siempre «Don Paradojo») salpicadas constantemente de etimologías eruditas, cosa nada extraña en un hombre que vivía su profesión.

De modo que el libro de Unamuno no versa sobre la agonía del cristianismo sino sobre la agonía que el cristianismo le hace pasar a Unamuno. Él, como persona inteligente, y especialmente dotado para captar lo paradójico, intuyó la gran contradicción básica que en el fondo se da en el cristianismo, y como veremos enseguida, no fue capaz de desenmarañarse de ella. Esta paradoja fundamental de la religión en que había sido amamantado y a la que permaneció fiel durante toda su vida (con una fidelidad

mayor que la de muchos jerarcas que lo condenaron, o que siempre lo miraron con recelo) lo desgarró internamente. Y ahí radica para mí el gran fallo de Unamuno: el no haber sido capaz de zafarse de todo el laberinto dogmático en el que lo metieron sus padres y educadores.

Esta misma agonía interna se ha dado en muchos otros cristianos pensantes sin que hayan sabido exteriorizarla. Pero la triste realidad es que la mayoría de los cristianos no llegan a caer en la cuenta de esta falla radical de su religión y por eso viven tranquilos en este particular sin llegar a cuestionar nunca los cimientos de sus creencias. Muchos, de una manera instintiva y como intuyéndolo extrarracionalmente, las abandonan poco a poco, pero sin pararse nunca a hacer un análisis de ellas; sin haber nunca *dudado.* Pero como magistralmente dice Unamuno en su libro, «fe que no duda, es fe muerta». Porque el que duda de su fe, *piensa su fe;* pero el que no duda nada ni nunca, *admite pasivamente la fe,* igual que de infante admitía el alimento que le daban sin examinarlo ni cuestionarlo.

En este particular, Don Paradojo fue enormemente paradójico. Copio una nota que hoy, después de diez años de haber leído el libro, encuentro escrita de mi puño y letra al pie de una de sus páginas:

«Este hombre entrevé, descubre, la tremenda y múltiple contradicción que hay en el cristianismo; pero infantilmente, absurdamente, insiste en cobijarse bajo él, en acudir a él para que 'le salve', para que le quite su duda, cuando es el propio cristianismo el que le ha llenado el alma de dudas.»

Años más tarde, leyendo a Paúl Tillich, me encontré con que este gran teólogo cojeaba del mismo pie y se veía atrapado en la misma absurda angustia. He aquí cómo él lo expone en el capítulo titulado «El yugo de la religión» de su libro «Se conmueven los cimientos de la Tierra» (Edic. Ariel, 1969):

> «La Ley religiosa exige que el hombre acepte unas ideas y unos dogmas; que crea en ciertas doctrinas y tradiciones cuya aceptación le garantiza su salvación de la angustia, del desespero y de la muerte. Entonces el hombre procura aceptar todas estas cosas.

Aunque tal vez se le ha extrañas y dudosas. Bajo la exigencia religiosa trabaja y se fatiga para creer cosas en las que ya no se puede creer. Finalmente intenta huir de la Ley de la religión. Procura arrojar este pesado yugo de la ley doctrinal que le han impuesto las autoridades de la Iglesia, los maestros de la ortodoxia, los padres piadosos y las tradiciones establecidas. Entonces pasa a ser crítico y escéptico; arroja lejos de sí aquel yugo. Pero nadie puede vivir en el vacío del simple escepticismo. Y así retorna al antiguo yugo llevado por una especie de fanatismo que se complace en la autotortura...»

Y un poco más adelante remacha:

«Siempre nos hallamos bajo el yugo de la religión. Y muy a menudo todos intentamos arrojar lejos de nosotros todas las doctrinas o dogmas tanto viejos como nuevos, pero tras una breve pausa, volvemos a ellos sometiéndonos nosotros mismos y sometiendo a los demás a su esclavitud.»

De esta postura, al fanatismo más irracional hay muy poca distancia. Y lo malo es que esta postura es la normal en la mayoría de los cristianos; y no sólo en los cristianos que no piensan su religión (que son la mayor parte), sino entre personajes tan eminentes como Rudolf Bultmann. Este teólogo alemán, después de triturar todas las interpretaciones literales y después de minar en sus mismos cimientos la credibilidad de la biblia y de la propia revelación con su teoría de la desmitologización, tranquilamente continúa admitiendo la biblia como «palabra viva de Dios» (!!). {*Jesucristo y mitología.* Ediciones Ariel.)

(Personalmente se me hace muy difícil explicar cómo pensadores tan notables se dejaron atrapar tan mansamente. Ello es una prueba de lo profundo que calan las ideas que nos son implantadas en la más tierna infancia y de lo que condicionan inconscientemente el resto de nuestras vidas.)

Pero volviendo al libro que estoy comentando antes de entrar en materia, nos encontramos con que tras un título tan audaz y tan aparentemente falto de fe en la fuerza interna del cristianismo

hay en él unas ideas de un «derechismo» religioso y de un conservadurismo teológico que lo llenan a uno de admiración. Monseñor Lefevre, con su piadoso cavernarismo, hubiese suscrito más de una de ellas.

Para Unamuno, por ejemplo, «la cristiandad es cosa de solitarios» y «la cristiandad —la cristiandad evangélica—, nada tiene que hacer con la civilización; ni con la cultura»; «el puro cristianismo, el cristianismo evangélico, quiere buscar la vida eterna fuera de la historia».

En unos cuantos párrafos arremete contra la «doctrina social» de la Iglesia y contra el «cristianismo social» predicado por los jesuítas que de ninguna manera son santo de su devoción:

> «Los jesuítas, los degenerados hijos de Iñigo de Loyola, nos vienen con la cantinela ésa del reinado social de Jesucristo y con ese criterio político quieren tratar los problemas políticos y los económico-sociales. Y defender, por ejemplo, la propiedad privada. El Cristo nada tiene que ver ni con el socialismo ni con la propiedad privada. Como el costado del divino antipatriota que fue atravesado por la lanza... nada tiene que ver con el Sagrado Corazón de los jesuítas.»

Es curiosa esta aversión de Unamuno contra los jesuítas y contra el culto al Sagrado Corazón. En cuanto tiene ocasión, y a veces hasta sin ella, los hace blanco de sus dardos. Nos dice en el capítulo IX:

> «Un cristiano puede *s'abetir* (entontecerse), puede suicidarse racionalmente; lo que no puede es *abetir* a otro, matar a otro la inteligencia. Y eso es lo que hacen los jesuítas. Sólo que tratando de entontecer a los demás se han entontecido ellos. Tratando a todos como niños, ellos se han infantilizado en el más triste sentido. Y hoy apenas hay nada más tonto que un jesuíta: por lo menos un jesuíta español. Todo lo de su astucia es pura leyenda... El culto al Sagrado Corazón de Jesús, la *hiero-cardio-cracia* es el sepulcro de la religión cristiana.»*

---

* Dejo a Don Miguel con la responsabilidad de su aserto sobre los jesuítas.

(Este antijesuitismo parece que tiene que ver con el fundador de los jesuítas, el vasco Iñigo de Loyola, acerca del cual Unamuno tenía ideas muy peculiares. Creo que en la raíz de todo está el «vasquismo» del propio Unamuno que en cierta manera constituía para él otra agonía semirreprimida. La devoción del Sagrado Corazón, por ser promovida por los Jesuítas, participaba de su antipatía.)

En uno de los últimos capítulos descubre Unamuno a un alma gemela, el P. Jacinto Loyson. Este buen Padre francés (1827-1912) tenía también un tremendo lío en la cabeza acerca de las ideas religiosas al mismo tiempo que sentía una necesidad radical de pertenecer a la Iglesia católica. Unamuno se vio reflejado en él y por eso lo sigue con singular simpatía en todas sus vicisitudes y sus enrevesadas paradojas. Observe, si no, el lector:

> «El Padre Jacinto, a pesar de ser sacerdote católico, celebró unos esponsales místicos con la que luego sería su esposa. Y escribía: «Si Dios me da un hijo le diré al echarle sobre la frente el agua del bautismo: acuérdate un día de que eres de la raza de los monjes de Occidente. Sé monje, es decir, solitario en medio de este siglo de incredulidad y fanatismo, de superstición y de inmoralidad...»

A lo que Unamuno, entusiasmado añade:

> «¡Que su hijo fuera monje!, que heredase su soledad cristiana! Pero el monacato hereditario es ya política, y el Padre Jacinto aborrecía la política, que es cosa del reino de este mundo. En la que tuvo que mezclarse, sin embargo, porque era padre carnal y la paternidad carnal es cosa del reino de este mundo, no del reino de Dios.»

Con este lío de ideas en la cabeza no es extraño que tanto el P. Jacinto como Don Miguel viviesen en la agonía. ¿Qué hubiesen pensado ambos si hubiesen descubierto que por encima y por debajo de sus agonías individuales, su amada Iglesia, a la que ellos se aferraban tan desesperadamente, agonizaba de una manera mucho más radical? ¿A quién se hubiesen dirigido entonces?

A pesar de que discrepo de Unamuno en todas las cosas que

llevo dichas, sin embargo simpatizo grandemente con él porque pensaba su fe, tenía su inteligencia enfocada hacia lo trascendente, aunque no llegase a ver nada claro. Nadie que tenga cabeza puede ver claro cuando mira hacia el «más allá». Los fanáticos son los únicos que ven claro; pero lo malo es que no tienen cabeza. Si Unamuno viviese diría que los únicos que creen ver claro son los jesuítas. Pero la verdad es que ni ellos.

Y nadie podrá negar que en medio de toda su maraña de pensamientos y paradojas, tenía chispazos geniales propios de los que ven bastante más allá que la gente ordinaria, que en estos asuntos trascendentes suele ser bastante miope. Hace falta ver «bastante más allá» para atreverse a escribir esta enorme verdad: «El cristianismo mata a la civilización occidental, al mismo tiempo que ésta a aquél. Y así viven, matándose».

En más de una ocasión me he parado ante su tumba en Salamanca y he leído los versos de su epitafio compuestos por él mismo: «Ábreme, Padre Eterno, tu pecho, misterioso hogar...». Desde el misterioso hogar en el que ciertamente se encuentra hoy el espíritu de Don Miguel de Unamuno, seguramente se sonreirá de sus agonías pasadas. Yo quisiera con toda sinceridad liberar con estas líneas a muchos hombres y mujeres de sus agonías presentes.

CAPÍTULO II

Hans Küng, el cristiano-síntoma

El caso de Hans Küng nos puede ayudar a comprender mejor el drama que vamos a considerar a lo largo de todo este libro, porque en cierta manera lo sintetiza en sus varios aspectos.

Hans Küng conoce muy bien su religión; de hecho la conoce mejor que muchos de sus críticos romanos y no romanos. Y no sólo la conoce teóricamente sino que la vive con más autenticidad que algunos jerarcas que lo condenan con anatemas muy paulinos pero con estilos de vida muy poco cristianos.

Hans Küng siente que algo anda mal en su Iglesia, y no sólo en el orden práctico sino también en el orden ideológico, que es más fundamental y que es el que él mejor conoce.

Ante estas fallas, Küng da la voz de alerta. No ataca *desde fuera* con ánimo de herir o de derrumbar —como ha sido el caso de tantos teólogos y predicadores protestantes—, sino que sugiere *desde dentro y con amor,* con ánimo de curar, de salvar a tiempo antes de que sea demasiado tarde.

Pero Hans Küng *sigue dentro* de su Iglesia, y éste es ya uno de los aspectos más interesantes que quiero hacer resaltar, porque es como un eco de lo que ha pasado y está pasando en las almas de miles y miles de cristianos.

Uno se pregunta cómo es posible que conociendo como él conoce todas las internas contradicciones de la doctrina de la Iglesia —que él tan bien señala en tantas partes de sus escritos— y viendo cómo por otra parte actúan contra él aquellos que se

supone que deberían ser un ejemplo de comprensión humana y de comprensión de la esencia del evangelio, uno se pregunta cómo todavía sigue afirmando contra viento y marea que él es católico, y por supuesto, cristiano.

La contestación a esta duda está en algo en lo que insistiremos mucho a lo largo de este libro: está en la debilidad de la mente humana para sustraerse a los condicionamientos a que es sometida en su más tierna infancia y sobre todo a los condicionamientos de tipo religioso. Hans Küng con la cantidad enorme de argumentos de tipo racional que tiene para romper ese condicionamiento, no es capaz de salirse de debajo de la losa sentimental que inconscientemente lo aplasta. Sus sentimientos pueden más que sus razones. Es un esclavo de ellos y no se da cuenta. Cumple exactamente lo que en páginas anteriores nos decía Tillich: «intenta arrojar lejos de sí todas las doctrinas o dogmas tanto viejos como nuevos, pero tras una breve pausa, vuelve a ellos sometiéndose a sí mismo y sometiendo a los demás a su esclavitud».

Y a quien me diga que Hans Küng permanece fiel a su fe porque tiene muchas razones para ello, le diré que lea su largo artículo «Por qué sigo siendo católico» y verá que las razones que allí da para seguirlo siendo, no son de ninguna manera de tipo doctrinal o ideológico; son razones de tipo sentimental. Vea el lector:

> «¿Por qué, pues, sigo siendo católico? La respuesta es que no quiero dejarme arrebatar algo que forma parte de mi vida. Nací en el seno de la Iglesia católica; incorporado por el bautismo a la inmensa comunidad de todos los que creen en Jesucristo, vinculado por nacimiento a una familia católica que amo entrañablemente, a una comunidad católica en Suiza a la que vuelvo con placer en cualquier oportunidad; en una palabra, nací en un solar católico que no me gustaría perder ni abandonar, y esto como teólogo.»

Si éstas son las razones que tiene «como teólogo» no creo que nos quede mucho más que esperar en cuanto a razones se refiere. Y por si tuviésemos dudas, un poco más adelante añade:,

> «¿Por qué, pues, sigo siendo católico? No sólo por razón de mis *raíces* católicas sino también por razón de esta tarea (la de teólogo)

que para mí es la gran oportunidad de mi vida y que sólo puedo realizar plenamente siendo teólogo católico en el marco de mi facultad teológica.»

De nuevo Hans Küng nos deja esperando las razones doctrinales de su fidelidad al catolicismo. Si antes nos habló de sus *raíces,* ahora nos habla de su *tarea;* pero en ningún momento cuestiona su doctrina, cuando él más que nadie conoce sus tremendos fallos, los ha señalado y los ve patentes en el enorme desgarramiento que aqueja a la cristiandad desde hace muchos siglos.

No cuestiona su fe por la misma causa o por el mismo inconsciente mecanismo psíquico por el que la mamá no es capaz de ver la fealdad o la deformidad de su hijo; su amor se sobreimpone a su razón y la domina haciéndole ver bello o normal lo que todo el mundo ve feo.

Yo estoy con Hans Küng en su resistencia al juridicismo, al triunfalismo y al centralismo de la iglesia de Roma, y me doy cuenta de que lo que está principalmente en juego en este artículo suyo no es la exposición de sus razones hondas para ser cristiano sino la defensa de su posición como teólogo católico. Pero por otro lado le achaco que en toda la grave crisis por la que ha tenido que pasar, en ningún momento lo veo dudar de su fe, cuando él mismo nos da en sus libros tantos datos para dudar de ella.

Otro síntoma notable en el caso Hans Küng es la reacción de la jerarquía. La doctrina cristiana, tal como la expone el teólogo suizo, es una tabla de salvación —acaso la última— para el dogma católico; pero la jerarquía no quiere asirse de ella. En realidad no puede asirse de ella, porque tal como más adelante veremos, está prisionera de sí misma.

Es cierto que Hans Küng fuerza el dogma; y esto es un gran pecado para todos aquellos que ven al dogma como algo intocable y rígido. Pero el teólogo suizo fuerza el dogma, lo mismo que el niño fuerza las entrañas de su madre para nacer. Acaba de una manera un poco violenta con un estado que fue bueno durante nueve meses, pero que sería mortal de ahí en adelante. Todas las ideas que el hombre se hace de Dios y de todo lo que con Él se

relaciona, de ninguna manera pueden ser algo rígido porque la mente del hombre evoluciona con los siglos y por lo tanto tiene que evolucionar la manera de concebir esta realidad tan difícil de comprender. Sólo las rocas son rígidas; todo lo que vive está en perpetuo movimiento y en constantes cambios; y la Iglesia es algo eminentemente vivo porque está compuesta de hombres. Y de hecho hay muchísimos ejemplos para probar cómo ha ido cambiando a lo largo de la historia en su manera de pensar y de actuar.

Uno de estos ejemplos podría ser Rosmini. Este humilde sacerdote, condenado y castigado en tiempos del Concilio Vaticano I, por sus ideas casi «heréticas», fue poco menos que canonizado en el Concilio Vaticano II cuando las ideas predicadas por él un siglo antes, eran ya de general aceptación y algunas de ellas fueron oficialmente defendidas en el Concilio.

Muy bien podría ocurrir lo mismo con las ideas que en la actualidad defiende Hans Küng. Pero la gran diferencia está en que muy probablemente cuando la Iglesia quiera aceptarlas, será ya demasiado tarde.

En resumen, a Hans Küng le sucede lo mismo que le sucede a cientos de miles de cristianos: ven o adivinan que algo fundamental anda mal en la Iglesia, pero no la abandonan; unos por pereza mental, otros por intereses creados, otros por sentimentalismos o por no atreverse a enfrentarse con las consecuencias, o simplemente por no herir a gentes que aman, etc. En ellos, no es tanto el cristianismo el que agoniza sino que son ellos los que agonizan dentro del cristianismo.

Por otro lado tenemos a una jerarquía que no oye la voz del pueblo de Dios que es la Iglesia. No cambia en su manera de pensar. Pero lo peor no es esto. Lo peor es que no podría cambiar aunque quisiera.

CAPITULO III

Pros y contras de las religiones

Digo las religiones en plural, porque en este capítulo no me voy a referir exclusivamente a la religión cristiana, sino al concepto general de religión, incluyendo en él a todas las grandes religiones institucionalizadas y establecidas en el mundo.

Al decir «religión» no me referiré a esa inquietud que todo hombre realmente racional siente en lo profundo de su alma en lo que se refiere al más allá después de la muerte y en lo que se refiere al por qué de su vida en este planeta perdido en la inmensidad del universo. Me referiré a cómo se ha concretado esa inquietud a través de esas grandes instituciones que bajo una forma u otra y con unas creencias u otras, vemos acompañar al hombre a todo lo largo de su historia; y eso desde los comienzos mismos de la civilización, cuando la sociedad humana apenas si estaba estructurada.

Con un lapso de por lo menos cinco mil años de ininterrumpida historia humana escrita, tenemos datos más que suficientes para echarle un vistazo panorámico a estas instituciones que supuestamente conocen del más allá y preparan al hombre para el gran salto después de la muerte.

La gran pregunta que podemos hacer es la siguiente: ¿Han sido las religiones beneficiosas para la humanidad o no? Y como entre las cosas humanas no hay nada completamente bueno ni completamente malo, nos haremos mejor esta otra pregunta: ¿Hasta qué punto han sido beneficiosas las religiones y hasta qué punto han sido nocivas?

Aspectos benéficos de la religión

Comenzaremos con los beneficios. Aunque en tiempos pasados, los beneficios que a continuación voy a enumerar eran mucho más notorios, no se puede negar que hoy día siguen teniendo aún bastante fuerza. Hablando en general las religiones tienden con sus enseñanzas, a nivelar a la humanidad, al predicar que todos somos igualmente hijos de un mismo Padre y al estar haciendo siempre hincapié con sus enseñanzas, en los dos grandes mandamientos de la justicia y el amor. Si el cristianismo hubiese dedicado todos sus esfuerzos a que estos dos mandamientos fuesen una realidad en nuestro mundo, aunque no hubiese logrado ninguna otra cosa, sería con todo derecho considerado como el fermento y el cimiento más fuerte de toda nuestra civilización. Pero desgraciadamente el cristianismo se dedicó a muchas otras cosas y olvidó en la práctica el convertir estos mandamientos en una realidad. Dio lugar a toda una cultura —de hecho la cultura más avanzada y refinada de la historia humana—, pero los pueblos que poseen esa cultura«cristiana» no sólo han atropellado y abusado de una manera inmisericorde de los pueblos no cristianos, sino que entre ellos mismos existen castas separadas entre sí por odios raciales, económicos, patrióticos, etc. y hasta por diferentes maneras de interpretar los mandamientos de su único Señor.

Es innegable que en tiempos pasados tanto el cristianismo como las otras grandes religiones ayudaron mediante estos principios básicos a organizar pequeñas sociedades feudales, atomizadas por un sinfín de líderes y de creencias, en una gran sociedad en donde la dignidad humana era más respetada y en donde el hombre ensanchaba los límites de su pequeña tribu o pueblo, sintiéndose por primera vez hermano de los demás hombres. (Sin embargo, no tenemos que olvidarnos de que, refiriéndonos a nuestro caso, el Sacro Romano Imperio no surgía de la nada, sino que antes ya le había precedido todo un organizado Imperio Romano, que sin predicar la «hermandad» y sin llamarse «Sacro», había sin embargo elaborado todo un orden jurídico precursor del orden cristiano). La religión espiritualiza al hombre,

constantemente lastrado por su carne y por sus instintos de animal, al recordarle su vocación hacia el más allá después de la muerte; y por otro lado frena el desarrollo de estos primitivos instintos y de las inclinaciones torcidas, al amenazar con castigos después de la vida para todos aquellos que no se hayan atenido a las leyes que ella impone.

Por último no se puede negar que para miles de creyentes la religión sirve como un gran tranquilizante ante el estremecedor interrogante de la muerte y como un fortalecedor para los momentos de desgracia y de dolor que tanto abundan en este mundo y para los que la inteligencia humana no ha tenido nunca explicación.

Hasta aquí el lado positivo y beneficioso de las religiones. Naturalmente que un fiel cristiano nos diría que el principal beneficio de la religión es el habernos puesto en contacto directo con Dios al manifestarnos su voluntad sobre nosotros y al prometernos los auxilios espirituales necesarios para entrar en el reino de los cielos. Pero no hay que olvidarse de que estamos hablando de una manera genérica de *todas* las religiones viendo lo que *todas* tienen de beneficioso para el hombre. Naturalmente cada una nos diría lo mismo que nos dice el cristianismo acerca de la verdad y de la exclusividad de sus creencias (lo cual nos pondría lógicamente en guardia acerca de su «verdad»). En capítulos posteriores tendremos ocasión de ver hasta qué punto tiene razón el cristianismo.

Pasemos ahora a ver el lado negativo de todas las religiones, incluido el cristianismo.

Aspectos negativos de la religión

De nuevo hay que decir que estos aspectos negativos fueron mucho más notorios en otros tiempos y algunos de ellos se echan más de ver en unas sociedades o culturas que en otras; pero todos, poco más o menos, están o han estado presentes en todas las religiones. Me imagino que a muchos fieles cristianos se les va

a hacer difícil aplicarlos a su religión, pero para que les ayude, les sugiero que se los apliquen a las otras religiones «falsas» y verán cómo nuestra apreciación no es injusta. Si más tarde no se deciden a aplicárselos a su propia religión será una prueba más de que ellos mismos son víctimas inconscientes de estos aspectos negativos que aquí señalamos.

El primer aspecto negativo que señalaremos en las religiones es el de su institucionalización que indefectiblemente las lleva a constituirse en «poder» o en auxiliar del Poder constituido (que muy frecuentemente en la historia —por no decir siempre— ha sido opresor). Las religiones que comenzaron siendo meros principios moralizantes con los que los pueblos mejoraban sus costumbres, acaban convirtiéndose en instrumentos sociales de poder en manos de unos pocos que usan «la voluntad de Dios» para fines totalmente ajenos a los principios de los fundadores.

Fruto de esta traición a los principios de sus fundadores y a su voluntad de servicio a los hombres y no de dominio, es la paralización en el espíritu y en la mente que causan en los fieles pensantes. Éstos, confusos ante una falta de lógica (dogmas inadmisibles) y rebeldes ante imposiciones absurdas o injustas, optan por languidecer en su vida espiritual, contentándose con seguir mecánicamente las tradiciones para no hacerse notar en la sociedad; pero no buscan, que es en definitiva la esencia del espíritu religioso, y acaban por desinteresarse de todo aquello que se relacione con lo que se llama «religión». Esta paralización de la mente, degenera en aquellos menos dotados de cualidades intelectuales, en el nefasto fanatismo que tantos males ha acarreado a lo largo de la historia no sólo a aquellos que lo padecían sino a pueblos enteros. El fanático es el individuo que convencido como está de poseer toda la verdad, e incapaz por otra parte de pensar por sí mismo (o quién sabe si muerto de terror por las horribles cosas que le han hecho creer) opta por defender contra viento y marea y con los medios que sea, la «verdad incambiable» que él posee; y en el caso del fanático religioso, como esta verdad está directamente relacionada con Dios, el fanático se negará a oír cualquier tipo de razonamiento y, lo que es peor, usará cualquier medio por injusto que sea para defender la honra del Supremo Dueño de la

vida y del Sumo Juez. ¡Cuántos horrores han cometido los fanáticos religiosos a lo largo de la historia por defender la causa de Dios!

Esta paralización de la mente se extiende a todos los ámbitos de la vida humana. Los pueblos muy religiosos y sobre todo aquellos que han ajustado fielmente sus vidas a algún «libro sagrado», han visto grandemente frenada su evolución. Los pueblos islámicos son un claro ejemplo de esto; y aunque a algunos les parezca una blasfemia, la fidelidad a la biblia tuvo frenado durante mil ochocientos años el desarrollo técnico y social de las naciones cristianas. Cuando a principios del siglo pasado los librepensadores rompieron las cadenas con que la biblia tenía atadas las mentes del mundo occidental, éste comenzó a desarrollarse a toda prisa y avanzó más en cien años de lo que lo había hecho en dieciocho siglos. Aparte del caso de Galileo, hay cientos de otros casos menos conocidos para probarlo.

Además las religiones separan a la humanidad en grupos. Unen entre sí a los que profesan la misma fe, pero los separan de aquellos que no la profesan; y no sólo eso sino que en el seno de una misma religión son numerosísimos los casos de divisiones y odios por interpretaciones diversas de un mismo mandamiento o precepto. Las guerras religiosas llenan las historias y es inútil ponerse a dar ejemplos que hasta los niños de las escuelas conocen.

Autores tan recalcitrantemente cristianos como Hans Küng nos hablan con toda naturalidad de «los múltiples fracasos del cristianismo y de las religiones universales en orden a la humanización del hombre y a la lucha por la justicia, la paz y la libertad y su *influjo separador más que aglutinador* en toda la humanidad» *(Ser cristiano,* pág. 128).

No tendremos, por tanto, que extrañarnos que un hombre tan alérgico al cristianismo como Bertrand Russell nos diga que

> «cuanto más intensa ha sido la religión en cualquier período y más profunda la creencia dogmática, mayor ha sido la crueldad y peores los incidentes. En las llamadas Edades de la Fe, cuando los hombres creían realmente en la religión cristiana en toda su integridad,

existió la Inquisición con sus torturas; y muchas desdichadas mujeres fueron quemadas por brujas; aparte de toda suerte de crueldades practicadas contra toda clase de gentes en nombre de la religión» *(Por qué no soy cristiano).*

Algunos falsos principios religiosos, antinaturales y traumatizantes, inventados por fanáticos o por sicópatas constituidos en autoridad, e inoculados en el alma infantil de miles y miles de creyentes, han sido la causa secreta de muchas neurosis que más tarde afloraron en la adultez causando infelicidad y conflictos. El fiel cristiano es un pobre hombre acomplejado que si «se salva» no es por méritos propios sino únicamente por los méritos de Cristo, como si de suyo hubiese ya nacido para condenarse irremediablemente. Con un panorama así ¿qué cristiano puede tener una idea optimista de esta vida, si desde que nacemos nos la presentan como el valle de lágrimas en el que, a poco que nos descuidemos, nos haremos reos de un fuego eterno?

Las religiones le tienen miedo al placer o por lo menos nos hacen desconfiar de él; la renuncia al placer es casi un tópico en el cristianismo, para todo aquel que quiera perfeccionar su espíritu. En cambio parece que se goza con un regusto masoquista, en buscar el dolor por el dolor, como si en él hubiese encerrada alguna secreta energía para la otra vida. Pero el dolor no es más que el fracaso del dios padre y providente que nos presenta el cristianismo. ¿Por qué buscar energías para la otra vida a costa de esta vida que es la que tengo entre manos en este momento? ¡ Cuántas palabras han gastado todos los doctrinarios de todas las religiones, y qué mal han contestado todos a este eterno interrogante del dolor! ¿No habíamos quedado en que el dolor de Cristo en la cruz era el que nos redimía? ¿Para qué añadir entonces el dolor de esta pobre hormiga humana que contra su voluntad es devorada por la tierra cuando apenas le han permitido vivir unos días? ¿No tendremos derecho a pensar que en caso de que se necesite salvación, nuestro dolor y nuestra muerte son los que nos salvan? ¿Y no será más bien, que ni hay necesidad de salvación alguna, ni el dolor ni el placer tienen nada que ver con lo que la religión nos dice?

Hasta aquí las luces y las sombras de las religiones. Por lo que hemos visto, si bien es cierto que para muchos seres humanos considerados individualmente, la religión es una necesidad o por lo menos una ayuda, para la humanidad considerada como un todo, y para muchos individuos más evolucionados que ya han pasado una infantilidad intelectual, la religión en estos tiempos es tan perjudicial como beneficiosa.

El futuro de las religiones

A medida que aumente el número de aquellos que sean capaces de pensar por sí mismos y que sean capaces de acomodar sus vidas a las normas que nos impone la naturaleza, la religión considerada como un cuerpo cerrado de doctrina y como la maestra de ritos mediante los cuales conseguir la salvación del alma, irá desapareciendo. Sin embargo, hay que reconocer que mientras siga abundando este tipo de hombre actual, masificado, programado y automatizado por mil condicionantes sociales, la religión seguirá siendo algo tan necesario como el pan. Una religión-madrastra que le quitará los miedos a la otra vida al mismo tiempo que le quita las alegrías de esta vida; una religión-gendarme que le exigirá la entrega de la inteligencia a cambio de la falsa promesa de ser su guía para el más allá.

Algunos creerán que el eclipse de la religión significa inevitablemente una vuelta a la barbarie o una especie de hundimiento de la humanidad. Esa manera de pensar es ni más ni menos que una consecuencia del trauma a que todos hemos sido sometidos desde nuestra infancia; una especie de complejo de inferioridad ante la vida, una convicción de nuestra total impotencia y de nuestra maldad «natural» que tiene que ser corregida con un auxilio «espiritual» que nos viene de fuera y que por supuesto nos da la Iglesia. No olvidemos que es «enseñanza cierta» de la Iglesia, que el hombre es *por naturaleza* pecador y que sin un auxilio *especial* de Dios no puede evitar el pecado ni conseguir su salvación eterna.

Imbuidos de esta mentalidad, es lógico que pensemos que en

cuanto desaparezca la religión —y en nuestro caso la religión que nos da el auxilio imprescindible para no condenarnos— la humanidad está irremediablemente sentenciada a su perdición.

La religión, concebida tal como hemos explicado anteriormente, irá desapareciendo poco a poco e irá siendo sustituida por otros valores y otras creencias de las que me ocuparé en párrafos posteriores. Con estos nuevos valores el hombre tendrá más conciencia de sí mismo, más fe en sus posibilidades, tendrá otra idea de Dios totalmente diferente y no verá este planeta como un valle de lágrimas, sino como un lugar a donde lo mandan para que dé un paso más en la misteriosa y siempre ascendente evolución de todas las criaturas del universo.

CAPITULO IV

El cristianismo ha envejecido

Cuando hablo de cristianismo no sólo me refiero a un conjunto de doctrinas, sino a las personas que las siguen. Naturalmente los cristianos fervientes, aunque no tendrán inconveniente en admitir que las personas de los cristianos y aun las mismas sociedades envejecen, no estarán dispuestos a admitir que «la doctrina» envejece; y para ello invocarán al Syllabus que ya hace muchos años que condenó esa afirmación. (Aunque lo que habría que probar es que el mismo Syllabus no está viejo.) Sin embargo, paradójicamente, cierto tipo de doctrinas envejecen más rápidamente que las sociedades.

El cristianismo —hombres y doctrinas—, es algo viviente; es la manera que una parte de la humanidad tiene de concebir ciertas realidades trascendentes y de vivir ciertas realidades diarias; y por ser una concepción y una vivencia humanas (prescindiendo ahora si proviene o no proviene de Dios) y por estar concebida en términos humanos inteligibles por su mente, participa de la vitalidad y de la mortalidad humanas; y de las grandezas y de las flaquezas humanas. Y una de las grandes flaquezas humanas es que con el paso del tiempo el individuo se hace viejo y termina inexorablemente por morir.

El cristianismo como doctrina y como vivencia ha envejecido aceleradamente desde comienzos del presente siglo.

Sin embargo, hay que hacer una aclaración. El cristianismo ha envejecido en los pueblos más desarrollados económicamente

o más evolucionados culturalmente; en éstos ha perdido gran parte del vigor que tuvo durante muchos siglos y del que disfrutaba aún hace escasamente ochenta años. Sin embargo en aquellas regiones en las que (debido más que nada al abuso a la rapacidad o incapacidad de sus gobernantes) el pueblo está todavía subdesarrollado cultural o económicamente, el cristianismo conserva todavía un gran arraigo entre las masas. Un arraigo puramente sentimental y superficial en muchos aspectos, pero sin lugar a dudas muy superior al que tiene entre los ciudadanos de los países más evolucionados.

Me referiré más adelante a este desarraigo de las masas ciudadanas, que no es sino uno de los muchos síntomas de este envejecimiento apresurado del cristianismo.

Reflexionemos ahora sobre lo que les sucede a las personas de edad, porque esto nos puede ayudar mucho a ver qué es lo que le ha sucedido y le está sucediendo al cristianismo.

Los viejos se «esclerotizan»

Es decir, se endurecen, pierden elasticidad. Un joven deportista se cae en medio de su carrera, y da la impresión de que bota, aprovechando el mismo impulso que trae para volver a ponerse en pie y continuar corriendo. Un anciano se cae, y hay que irlo recogiendo del suelo por partes, porque lo más probable es que se haya fracturado varios huesos. Sencillamente ha perdido su elasticidad, no es flexible, está demasiado rígido.

A la Iglesia le pasa lo mismo. En los primeros siglos tenía una enorme elasticidad y se acomodaba a los usos y costumbres que encontraba en los pueblos; no sólo ella se acomodaba a ellos (en sus ritos y en sus formas de plegaria), sino que hasta se enriquecía con sus creencias, adaptándolas y englobándolas y formando con todas ellas el conjunto del dogma cristiano. La «materia» y la «forma» de los sacramentos, con todo su innegable trasfondo mágico, son un ejemplo de este poder de adaptación y de captación del cristianismo primitivo, que supo englobar y darle forma a

creencias y ritos milenarios que muchas veces nada tenían que ver con lo que Cristo había predicado*.

Pero en la actualidad, ante las mil situaciones diversas y diferentísimas que se dan en la vida humana, el cristianismo no sabe qué hacer para mantener su unidad. O mejor dicho no puede mantener una unidad de pensamiento y de acción precisamente porque en tiempos pasados forzó demasiado esa «unidad», cuando la existencia humana en su diario vivir era menos compleja de lo que es hoy y cuando la Iglesia tenía menos gente bajo su influencia y más poder para hacerla entrar por las normas que ella imponía.

Hoy el cristianismo, en cierta manera, ya no puede dar marcha atrás en ciertas cosas en las que hizo demasiado hincapié durante siglos (indisolubilidad matrimonial, transubstanciación, infierno, etc.). Y si llegase a dar marcha atrás, sucederían dos cosas igualmente malas: por un lado perdería su credibilidad y su decantada «infalibilidad» y por otro causaría una enorme confusión en las mentes de millones de fieles que heroicamente han seguido las enseñanzas de la jerarquía eclesiástica hasta sus últimas consecuencias.

Al no poder ya la jerarquía eclesiástica acomodarse a las cambiantes circunstancias de la vida, está viendo con pasmo y con horror cómo se le van de las manos, no sólo las gentes sino la interpretación de las doctrinas, en las que ella había tenido hasta ahora un total monopolio.

Por todas partes florecen y pululan sectas «cristianas» -para las que nunca faltan seguidores en las que el mensaje bíblico es

---

* Lo mismo podríamos decir del número incambiable de «los doce» (restaurado aun después de la traición de Judas) que tiene uno de sus antecedentes en los doce signos del zodíaco; de la viejísima tradición de la Virgen-Madre, adorada miles de años antes de que apareciese Cristo; del pan y el vino respetados como grandes símbolos en religiones anteriores al cristianismo; del anagrama IHS heredado directamente del paganismo grecorromano; del 25 de diciembre, como la fecha del nacimiento de Cristo hecha coincidir artificialmente con el nacimiento de Osiris, de Nemrod, de Crishna, de Buda, etc., y en último término con el nacimiento del Dios-Sol adorado por todas las religiones de la antigüedad. Por esa fecha (en la que el sol «nace» o empieza a avanzar de nuevo en el horizonte) todas las religiones antiguas celebraban grandes fiestas.

interpretado Ubérrimamente llegando a conclusiones totalmente absurdas en muchos casos. Aunque si bien es cierto que estas interpretaciones por la libre se han dado en la Iglesia cristiana desde sus comienzos, sin embargo en los últimos cuatro o cinco siglos, principalmente en el seno del protestantismo, han brotado en cantidad y calidad desconcertantes. No hay disparate intelectual ni aberración moral que no tenga cabida en alguna de estas sectas fundadas por los modernos «iluminados».

Y si nos atenemos a nuestros propios días, nos encontraremos con cientos de estas pequeñas sectas en las que no se sabe qué admirar más: si su completo desprecio por las normas y valores de la sociedad o su horror al trabajo y aun a la higiene. Es cierto que muchas de estas «hermandades» modernas no se preocupan mucho por las enseñanzas de la biblia, pero sin embargo a algunas de ellas, aun sosteniendo aberraciones, las vemos apegadas al cristianismo, como en el caso de las «Congregaciones Cristianas» dedicadas exclusivamente al pastoreo espiritual de los homosexuales y en las que por supuesto se acepta la actividad homosexual entre los feligreses. Hace no muchos meses dio .la vuelta al mundo la fotografía del «obispo» de una de estas Iglesias, vestido con todos sus capisayos, mientras besaba en los labios a su diácono con el que acababa de contraer «matrimonio».

Naturalmente que los jerarcas cristianos, sean ellos católicos o protestantes, prefieren no tener nada que ver con este tipo de cristianismo totalmente deformado, pero sin embargo no deja de inquietarles el hecho de que la figura central de toda su predicación, la figura de Cristo, se les ha ido también de las manos y lo ven convertido en el personaje central de espectáculos y presentado de una manera bastante diferente de lo que tradicionalmente había sido presentado por el cristianismo oficial durante siglos. El Cristo de Hair, Godspell, Jesucristo Superestrella, no es precisamente el Cristo que nos enseñaron en el colegio católico, ni el Cristo rigorista que han predicado la mayor parte de los reformadores protestantes. Es un Cristo más humano y no tan preocupado por la ortodoxia de su doctrina ni por la de aquellos que lo siguen.

Si bien es cierto que la jerarquía hace bien en mantener un

cristianismo rígido e impermeable ante aberraciones como la arriba descrita, sin embargo, obraría sabiamente si estuviese más atenta al mensaje profundo que proviene de esas obras teatrales y movimientos en los que se nos presenta otro tipo de Cristo. Ése es el tipo de elasticidad que hoy se echa de menos en el cristianismo para saber acomodarse a ciertas tendencias y apetencias que provienen de lo profundo del siquismo del hombre de finales del siglo XX. Al haber cambiado su concepción de Dios, el hombre de hoy cambia también los caminos para llegar a él y por eso no es nada extraño que cambie también la imagen del que se llamó a sí mismo «el camino».

Pero los jerarcas viven ajenos a estos profundos cambios que están teniendo lugar en el alma de los hombres. A lo más, se acomodan o transigen con cambios superficiales que distan muchísimo de llegar a la raíz del problema y muchísimo más de solucionarlo.

El que haya o no haya guitarras en la misa, aunque es algo escandaloso para los cristianos «lefevristas», no tiene absolutamente ninguna importancia en cuanto a la solución del mal profundo que en estos momentos aqueja a la iglesia. El que las monjas se hayan acortado las faldas o pretendan hacerse ordenar de sacerdotisas y el que los sacerdotes ya no le den la espalda al público en la misa y hayan abandonado el latín y hasta pretendan dejar de lado su celibato, tampoco tiene nada que ver con el fondo del problema; uno concibe perfectamente un cristianismo con todos estos «modernismos» que en realidad ya son muy viejos en la Iglesia. El problema no está en estas superficialidades por mucho que ellas horroricen a los fanáticos. *El problema del cristianismo no está en la piel sino en las entrañas.*

Hay mucha gente que ve mala fe en las altas jerarquías vaticanas y diocesanas, en cuanto a que usan medios maquiavélicos para seguir teniendo el dominio de las conciencias y para que no se les derrumbe ese sutil imperio que es fruto de muchos siglos. Yo, en la mayor parte de los casos, no veo tal mala fe, antes al contrario, veo a unos hombres imbuidos del genuino deseo de «conservar el depósito de la fe» tal como les dice San Pablo y por otro lado veo en muchas ocasiones a unos hombres angustiados y

confusos ante la evidente realidad del derrumbe de todas las estructuras eclesiásticas. Lo que me da pie para pensar que no hay mala fe, es precisamente esta falta de elasticidad para admitir cambios superficiales que en nada afectarían al profundo mensaje evangélico y que por el contrario ayudarían al consolidamiento de la tambaleante estructura eclesial o por lo menos a su perdurabilidad.

Cosas que ya en estos tiempos se caen de su peso por evidentes, como por ejemplo la conveniencia de suprimir el celibato sacerdotal obligatorio, son todavía resistidas oficialmente por las supremas jerarquías católicas, causándole con ello un grave mal a la Iglesia y precipitando su desintegración al privarla tan radicalmente de pastores. De seguir el Vaticano con esta política miope, dentro de muy pocos años los sacerdotes van a poder contarse en cada diócesis con los dedos de la mano además de que van a ser considerados como «rara avis».

Esta sola y simple medida ayudaría en gran manera a la pervivencia y al fortalecimiento de la Iglesia sobre todo en ciertas áreas en las que precisamente la falta de sacerdotes o de representantes oficiales de la Iglesia ha sido la causa de que las masas poco a poco hayan ido alejándose. Sin embargo, vemos al Papa —aquejado de esta esclerosis y falta de elasticidad a la que me estoy refiriendo- repitiendo firmemente una y otra vez que no piensa ceder en lo que se refiere al celibato sacerdotal.

Esta posición de la suprema autoridad de la Iglesia católica, precisamente en un Papa dotado de un carisma especial para ponerse en contacto con el pueblo, nos dice que el «aggiornamento» de la Iglesia es sólo epidérmico, porque en cuanto se toca o se quiere tocar algo que se relacione con la raíz del dogma, la postura de la jerarquía es totalmente rígida y esclerotizada. (Aparte de que la cuestión del celibato sacerdotal es algo que está muy lejos de pertenecer a la raíz del dogma; no tenemos que olvidar que prácticamente todos los apóstoles eran casados, lo cual en nada impidió que Cristo los ungiera como sacerdotes.) Si en una cuestión así, tan intrascendente para la conservación del depósito de la fe, la iglesia se muestra tan inflexible, ¿qué se puede esperar en cosas que sí tienen que ver con el fondo de este

depósito y que por otro lado necesitan ya un nuevo replanteamiento?

Como el lector verá, en el enjuiciamiento o mejor dicho en los ejemplos que estamos poniendo para probar esta «esclerosis múltiple» que aqueja al cristianismo, nos estamos refiriendo casi exclusivamente a la iglesia católica. Y no hay que olvidar que el cristianismo hace ya muchos siglos que está —para escándalo de los no cristianos— profundamente dividido en tres grandes sectores (que se han hecho una guerra santa durante siglos) y en una infinidad de sectas menores que enarbolan la biblia para corroborar mil doctrinas contradictorias y para pensar y actuar prácticamente como les da la gana, de acuerdo a las revelaciones de sus fundadores o reformadores.

La esclerosis del protestantismo, a primera vista no es tan visible como la del catolicismo porque la Reforma fue en cierta manera una rebelión justa contra una esclerosis escolástica, y de resultas de aquel enfrentamiento, el cristianismo norteuropeo al mismo tiempo que rompió muchas de las ataduras dogmáticas, hizo pedazos todas las ataduras externas y rituales que todavía siguen aprisionando y en cierta manera asfixiando al catolicismo.

Sin embargo, también es cierto que en muchas de las sectas protestantes y en otras sectas cristianas que no gustan de ser llamadas protestantes, esta esclerosis o rigidez en cuanto a sus creencias, ritos y aun maneras de vestir, se echa de ver tanto o más que entre los católicos. El fanatismo con que los Testigos de Jehová miran todo lo que se relacione con la sangre, es solo un ejemplo entre los muchos que se podrían poner. Y los que han tenido que sufrir en épocas pasadas la estrictez de las normas de los moralistas y Padres espirituales en lo relativo al vestido y sobre todo en cuanto a trajes de baño, películas «condenadas por la moral», etc., sepan que en la actualidad hay sectas protestantes que superan con mucho todo el rigorismo y la gazmoñería que los católicos tuvimos que sufrir en nuestros años mozos.

Pero hay que reconocer que ésta no es la manera normal de actuar de nuestros hermanos protestantes. El pecado principal del protestantismo, tomado como un todo, no es precisamente el de la esclerosis mental o ritual. Más bien en este particular el

protestantismo peca por todo lo contrario; por una especie de «distrofia» que hace que cada miembro se mueva por su lado sin coordinación. Lejos de mantener una tiesa rigidez, por el contrario, cualquier idea es bien recibida y no faltará un versículo de la biblia para corroborarla. Bastará que tenga un ligerísimo tinte «cristiano» o que se atenga a alguno de los poquísimos principios que son comunes a todo el protestantismo; y si la resistencia entre las jerarquías de la secta es muy grande, sencillamente se «funda» una nueva denominación, se construye un nuevo templo y se comienza a predicar con todo fervor la «palabra de Dios» (!). Y no faltarán ovejas. ¡Qué compleja y qué simple es la mente humana!
Acerca de esta debilidad específica del protestantismo, volveremos a insistir más adelante ya que ella constituye su talón de Aquiles, y una de las grandes «antipruebas» que se le pueden poner al cristianismo.

Resumiendo, la esclerosis que aqueja a las Iglesias cristianas, es al igual que en las personas de edad, fruto de su ancianidad.
Cuando un anciano cruza una avenida, corre el peligro de ser arrollado, porque no tiene la vista o el oído o la agilidad suficiente. No es, muchas veces, que él obre mal o imprudentemente, sino que el tráfico se ha hecho demasiado rápido para sus piernas y para sus reflejos. Las creencias del cristianismo ya no aguantan el impacto de la vida actual. Hay mil situaciones para las que el dogma no sólo no tiene respuesta sino que la que pretende dar es totalmente inadmisible.

A lo largo del libro iremos viendo más ejemplos de esta esclerosis o falta de elasticidad que tienen que ver también con otras de las limitaciones o defectos que son comunes en todo aquello que se pone viejo.

Los viejos tienen mala circulación

La falta de irrigación sanguínea hace que órganos y músculos funcionen deficientemente. ¿Tiene el cristianismo mala circulación? Y antes de contestar a esta pregunta habría que hacer otra: ¿En qué consiste la «circulación» en el cristianismo?

La sangre es el líquido que alimenta todo el organismo y al mismo tiempo es el vehículo que lo limpia de gran parte de sus impurezas. Si aplicamos este simil al cristianismo tenemos que admitir, conforme a la más pura teología (admitida, cosa rara, tanto por católicos como por protestantes) que ese fluido vivificador y purificador es el amor de Cristo; el que Él nos tenía y el que pretendió que tuviésemos todos, los unos a los otros. El amor que nos demostró en la cruz vertiendo su sangre y el amor que vemos en las primitivas cristiandades en las que «todos tenían un corazón y una sola alma» (Hechos 4, 32).

Pues bien, este amor, que no sólo es nutriente sino aglutinante, ya hace tiempo que no fluye libremente por las venas del cristianismo, rasgado como está en tres grandes sectores y en infinitas sectas. Los cristianos no sólo no aman a los no cristianos sino que no se aman entre sí. Y el amor -no el cumplimiento de ningún rito, ni siquiera alguna creencia específica— es lo que Cristo dijo que nos distinguiría de los demás pueblos: «En esto conocerán que sois mis discípulos: *si os amáis los unos a ios otros».*

No puedo resistir la tentación de autocitarme, porque en estos párrafos escritos por mí hace ya más de trece años, se encierra todo lo que quiero decir a propósito de esta falta de amor en el cristianismo:

> «Para los pueblos paganos es un verdadero escándalo el ver cómo los que de entre ellos son ricos, no aman a los que son pobres. Los primeros han construido un injusto sistema económico que es como una inmensa maquinaria para fabricar una minoría de ricos y millonarios, a costa de las grandes masas depauperadas. Un sistema económico en el que los ricos se hacen más ricos, y los pobres cada día son más pobres; en donde todo está motivado por el afán de lucro; en donde se ha normalizado la explotación del hombre por el hombre, en donde, mientras millones mueren cada año por no comer suficiente, unos pocos mueren por comer demasiado; mientras millones sufren de desnutrición, unos pocos sufren ante el temor de engordar; un sistema en el que se ha sustituido la gracia de Dios por los billetesjde Banco. Escándalo es ver cómo los poderosos han construido un sistema social, aliado del económico, en donde unos tienen, necesaria-

mente, que servir a los otros, en donde la mayoría del pueblo no tiene ocasión de aprender a leer, porque el dinero lo gastan los grandes en sostener los ejércitos con los. que luego matan en las calles a los pobres que se sublevan. Escándalo es ver nuestro sistema de castas; esta sociedad de lobos, donde los poderosos aplastan a los débiles, los ricos les roban a los pobres, y los jerarcas se pastorean a sí mismos. Hemos desarrollado, a lo largo de los años, una sociedad cristiano-alcohólica en la que millones de bautizados se emborrachan proletariamente de desesperación y de asco de vivir, mientras una minoría ahoga elegantemente en Scotch su aburrimiento, pagando por cada trago lo que uno de sus hermanos parias gana después de trabajar diez horas. Escándalo monstruoso es el que dan a los pueblos paganos del mundo, los pueblos cristianos; pueblos cristianos son los que han conquistado el mundo entero por la fuerza. Pueblos cristianos son los que han abusado, por siglos, de los pueblos atrasados, convirtiéndolos en sus colonias, sin ayudarlos a progresar más que en lo que les convenía. Pueblos cristianos son los que tienen acaparado, para una minoría, el 80 por 100 de las riquezas del mundo. Pueblos cristianos son los que editan y extienden por el mundo entero la pornografía. Pueblos cristianos son los clientes, casi exclusivos, de las drogas narcóticas. Pueblos cristianos son los que, a lo largo de los años, han convertido la guerra en el más criminal y más lucrativo de los negocios del orbe. La practicamos entre nosotros y se la imponemos a los que no nos han hecho nada» *(Mi Iglesia duerme).*

Toda esta profunda desunión, no sólo en las creencias sino en la acción y en la vida diaria, es una consecuencia de esta falta de circulación del amor de Cristo por las venas del cristianismo. Y esto es aplicable no solamente al pueblo cristiano en general sino a los mismos pastores que deberían ser una excepción y un ejemplo para los demás. Hoy día lo que consume la mayor parte de las energías y del tiempo de los llamados pastores, es la administración de los «bienes de la Iglesia»; los grandes problemas de la Iglesia y de los fieles (sociales, pastorales, religiosos) tienen una importancia secundaria en relación con los de la administración de la institución.

Sería injusto si no admitiese que todavía hay miles de cristianos

auténticos que cumplen el mandamiento del amor y que lo demuestran con sus vidas y con la preocupación por el bienestar de sus hermanos. Pero desgraciadamente son una pequeña minoría comparados con el ingente número de los bautizados.

Los viejos tienen los sentidos embotados

Debido a ello son lentos para caer en la cuenta de la realidad circundante. Y no sólo eso, sino que son tardos para reaccionar, una vez que caen en la cuenta. Él cristianismo que tan rápidamente captó en sus comienzos las circunstancias históricas (sicológicas, económicas, culturales y cultuales) en las que se hallaba cada uno de los pueblos que iba conquistando, en la actualidad, ante los profundísimos cambios por los que está pasando la humanidad y en particular el siquismo del hombre de finales del siglo XX, permanece estático y sin apenas dar señales de reacción, dando a entender que sus líderes no caen en la cuenta de lo que en la actualidad está pasando en el alma de sus «fieles». (Se puede objetar que todo el Concilio Vaticano II es una reacción y una toma de conciencia de todos estos cambios que están sucediendo. Sin embargo, una cosa es lo que una minoría de espíritus alertas dice en una reunión cerrada y otra lo que se practica en general por el pueblo cristiano y por esos mismos pastores fuera de la reunión.)

Un ejemplo de este embotamiento de los sentidos para caer en la cuenta de lo que está pasando en el alma de los fieles, es el movimiento carismático. Este movimiento constituye en la actualidad un verdadero dolor de cabeza para la jerarquía católica. Por un lado ven en él muchas cosas positivas y por otro lado sospechan de él —con mucha razón— al ver ciertos aspectos nada claros; total, que la jerarquía católica, desde el Papa para abajo, están confusos y no comprenden qué es lo que hay detrás de todo ello.

Para los Pentecostales, por ejemplo, no hay duda ninguna en todo esto; todas esas extrañas experiencias que se manifiestan en las almas y en los cuerpos de los fieles, son sencillamente obra del

Espíritu Santo o del mismo Cristo actuando inmediatamente en sus criaturas. Sin embargo, la teología católica se resiste a admitir esto sin más ni más. Por un lado no puede admitirlo porque va contra muchos de los postulados que ella ha defendido por siglos y por otro lado ve que los hechos están ahí innegables y esperando una decisión. Una decisión que no acaba de llegar ni llegará porque el Magisterio católico —y lo mismo se puede decir en general de la teología cristiana— ya tiene embotados los sentidos y no es capaz de percibir todo el enorme trasfondo sicológico - fi-siológico-sociológico que hay en todos estos movimientos. Para poderlo percibir tendría que liberarse de mil años de teología y de dos mil años de edad. Y eso no es ya posible.

A los viejos les faltan fuerzas

Al cristianismo le falta el ímpetu que tuvo en sus años jóvenes cuando como un incendio invadió Europa. El pueblo vivía sus creencias y de ello son testimonio las innumerables ermitas y santuarios que en la vieja Europa encontramos a cada paso en lo más alto de las montañas o en el más inhóspito de los parajes. Hoy día los cristianos son -comparados en general con los demás pueblos no cristianos del mundo— gentes acomodadas, que no quieren molestarse mucho y menos por extender su fe; más bien van suprimiendo en sus creencias todo aquello que conlleva sacrificio.

Las «tierras de misión» o las «misiones» que en años pasados tenían una especie de atractivo mágico para el clero joven y para los alumnos de los colegios católicos, en la actualidad apenas si son conocidas por la juventud y dudamos que ejerzan el mismo enorme atractivo que ejercían en nuestros años jóvenes.

Y si nos remontamos varios siglos hacia atrás, uno se queda atónito ante la ingente obra de evangelización que los europeos hicieron en América. Cuando uno se entera de que el jesuíta canario Padre José de Anchieta cruzó el Brasil de costa a costa siete veces, a pie, en el siglo XVI, a través de una vegetación que hoy todavía se nos hace infranqueable y teniendo que vencer

unas dificultades para aquellos tiempos prácticamente insalvables, uno cae en la cuenta del ímpetu de aquella cristiandad sobre todo si lo comparamos con lo que sucede en nuestros tiempos cuando apenas si vemos que del seno de nuestras familias sale algún que otro joven que quiere dedicar su vida por completo a la extensión del reino de Cristo.

En algunas ocasiones, cuando he intentado penetrar el hermetismo de muchas tribus de indígenas sudamericanos, marginados geográficamente por la naturaleza y\ marginados política y económicamente por sus gobiernos rapaces, no he podido menos de reflexionar ante el indiscutible hecho de su fe cristiana. No puedo menos de quedarme admirado ante el tesón y el trabajo de aquellos misioneros de siglos pasados, que venciendo toda suerte de dificultades y barreras, lograron algo tan difícil como es el hacer que un pueblo abandone en gran parte sus creencias. Hoy esa misma Iglesia que los catequizó, a pesar-de tener teóricamente más medios materiales y más gente, los tiene en muchos casos abandonados sin pastores o con una total desproporción si los comparamos con el número de pastores con que nos encontramos en los centros urbanos. Muchos de los templos edificados en siglos pasados por aquellos cristianos llenos de entusiasmo por su fe, se desmoronan hoy lentamente, al mismo tiempo que se desmorona la fe cristiana de los fieles. Cualquiera que entre con detenimiento en el templo de los indios chamulas, en el estado de Chiapas (México), podrá palpar a poco de sensibilidad que tenga, la pesadumbre que allí se respira; podrá sentir cómo en el tétrico recinto de aquella grande y abandonada iglesia, agoniza una raza, agoniza una cultura y agoniza una fe. Las risas intempestivas que los indios chamulas mezclan con sus plegarias y sus extraños ritos (a los que nunca asiste ningún sacerdote) son como los estertores desesperados y desvariantes que los indios lanzan al aire al verse abandonados por sus pastores, por sus líderes y por el Dios que hace varios siglos cambiaron por sus viejos dioses. Hoy día no saben a qué atenerse y por eso sus ceremonias y prácticas religiosas se han convertido en un jeroglífico de muy difícil interpretación.

El menguado ímpetu apostólico de los líderes cristianos de

hoy, ya no se dirige tanto a las misiones de «infieles» cuanto a las pantallas de televisión de los «fieles», pues la fe de éstos ya no es tan fiel. Los programas de televisión, si bien cuestan mucho dinero, llegan sin embargo con mucho menos esfuerzo y con mucho menos personal a muchísima más gente.

Hoy día, en muchos países se puede decir que hay una verdadera invasión de programas religiosos cristianos, tanto en la radio como en la televisión. En este particular el cristianismo sí da una primera impresión de estar muy vivo y alerta para recordarle a los ciudadanos del mundo de hoy el mensaje del evangelio.

Pero de nuevo nos sale al paso la cruda realidad que está detrás de toda esta evangelización televisada. Sin negar toda la dosis de buena fe y de genuino fervor cristiano que hay en muchos de los que participan en la organización y producción de estos programas, hay que estar ciego para no caer en la cuenta de todo el contenido humano y político que hay detrás de estas transmisiones.

Lo primero que sale al paso, en cualquiera que compare el contenido de los diversos programas, es la diversidad y aun el antagonismo de las doctrinas «cristianas» que muchos de los predicadores presentan. No sólo da la impresión de que están hablando de dos religiones diferentes sino que en muchos casos se hacen guerra abierta, tratando mutuamente de# robarse los «fieles». Cuando uno oye a estos predicadores que excluyen de la «salvación» a los que no son de su rebaño no puede menos de preguntarse dónde han quedado las palabras de Cristo: «Deseo que todos sean uno; que todos estén unidos»; «Deseo que haya un solo rebaño y un solo pastor».

La reacción de los «fieles» ante programas así no suele ser muy buena; lo más corriente es que lo miren por un momento con curiosidad para ver de qué están hablando, e inmediatamente cambien de canal para serles fieles a sus artistas favoritos.

Confieso que soy un asiduo escuchador de este tipo de programas en los que algún enfervorizado predicador trata de exponernos lo que él cree ser un mensaje bíblico y de acuerdo a la «voluntad de Dios». Me he pasado muchas horas oyendo tales programas y tengo que confesar que lo he hecho más que por ver

si me convencían (sin que por ello quiera decir que no estaba abierto a los buenos razonamientos) por ver cuáles eran los mecanismos sicológicos envueltos en todo el proceso evangelizador. Y tengo que confesar que las muchas horas pasadas ante el televisor oyendo a estos predicadores me han hecho descubrir algunos de esos sutiles mecanismos inconscientes, totalmente escondidos detrás de las sinceras y fervorosas palabras de los evangelistas, que, dicho sea de paso, acaban convirtiéndose en «estrellas» de la palabra de Dios.

El ímpetu -ordenado o desordenado- con el que la iglesia cristiana de otros tiempos construyó templos* y hasta hospitales y carreteras, la fuerza con la que fundó universidades por toda Europa, el entusiasmo con el que evangelizó a América y África, ya hoy no se echan de ver por ninguna parte; hoy la mayor parte de sus fuerzas se les van a los jerarcas y dirigentes del cristianismo en conservar lo que tienen; y como lo que tienen no es poco (fruto de siglos de fe y generosidad de los fieles) tienen que dedicarle bastante tiempo a esta labor administrativa que tan poco tiene que ver con la auténtica labor evangelizadora.

Y en los casos en que el cristianismo conserva todavía arrestos para lanzarse a la conquista de nuevos territorios o de pueblos nuevos (mayormente en Asia y África) lo hace disgregadamente, competitivamente, presentando en último término un Cristo desgarrado por la discordia interna que es uno de los cánceres que corroe al cristianismo.

---

* El afán constructor de la iglesia española en América fue verdaderamente asombroso. Uno se queda pasmado ante la grandiosidad y la cantidad de templos que encontramos en todas las capitales suramericanas y a veces hasta en medio de bosques actuales, como es el caso de las famosas Reducciones jesuíticas en el Paraguay. Muchos de ellos fueron construidos cuando aún no se había consolidado aquella sociedad civil y pasaba muchas penurias. Un ejemplo y símbolo de todo este afán constructor, podría ser la ciudad mejicana de Cholula en donde el fervor de aquellos cristianos llegó a edificar una iglesia para cada día del año, si hemos de creer a lo que nos narra la tradición. De aquellas iglesias y capillas todavía queda hoy un gran número totalmente desproporcionado para una ciudad de tercera categoría como es Cholula. (Y por otra parte no deja de ser intrigante el que este afán constructor se diese precisamente en el lugar en donde está la que parece ser la mayor pirámide del mundo, hoy totalmente cubierta de tierra, aunque con interminables galerías en su interior.)

A los viejos les falla la memoria

A la Iglesia católica, al igual que al cristianismo en general, no creo que sea precisamente la memoria lo que más le falla, pero sí es muy cierto que en determinadas ocasiones, sobre todo oyendo los pronunciamientos y discursos de algunos jerarcas y leyendo algunos documentos oficiales de las últimas épocas, da la impresión de» que han perdido la memoria o más bien de que no quieren acordarse de prédicas, bulas, pronunciamientos, cánones y documentos oficiales de tiempos pasados.

Cristo dijo: «Fuego vine a poner a la tierra y ¿qué otra cosa he de querer sino que arda?» (Lu, 12,40). No es la intención de este libro echarle agua a ese fuego. El fuego sigue ardiendo en virtud de su magnitud pasada; pero por no tener combustible interno ha comenzado a dar señales de su futura extinción. La intención de este libro es analizar imparcialmente todas esas señales y tratar de prever cuál será el futuro de esta enorme corriente cultural que ha marcado tan profundamente la historia humana durante los últimos dos milenios, y cuál será el futuro del ingente montón de cenizas en que se va a convertir en los próximos dos siglos.

Los párrafos que vienen a continuación no son fruto de un desahogo malhumorado o en venganza de supuestos agravios. Ya he dicho que no tengo hacha ninguna que amolar y que no me considero agraviado por los que me hicieron el gran favor de suspenderme de mis funciones sacerdotales, dándome con ello la oportunidad de profundizar en mi fe y de ver la obra de Dios con una mente menos prejuiciada.

Los párrafos que vienen a continuación son parte vital de la historia del cristianismo y los traigo a colación para refrescarles la memoria a los que quieren presentarnos un cristianismo angélico y sin mácula de pecado original.

Cuando meses y años atrás escuchaba con gran atención los discursos de S.S. Paulo VI y Juan Palbo II ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, junto con el asentimiento a las grandes verdades que ellos decían ante aquella expectante y silenciosa multitud, me venía el recuerdo de pronunciamientos

di; metralmente opuestos hechos en siglos pasados por sus ilustres predecesores en la silla pontificia. Es cierto que, según el dicho roí nano, «sapientis est mutare consilium» (es de sabios cambiar *áz* opinión), y menos mal que en la actualidad las jerarquías del cristianismo —hablando de una manera general— han cambiado sas antiguas maneras de pensar en lo que se refiere a las libertades humanas y a los derechos de los pueblos; pero tampoco es lícito pasar de ahí a que el cristianismo ha sido siempre un campeón en la defensa de todos los derechos de la persona humana. No se puede tapar el sol con un dedo lo mismo que no se pueden suprimir, por muy buena voluntad que se tenga, hechos que están en todas las historias, documentos, decretos y bulas que se guardan fielmente en los archivos.

También es muy cierto que es muy humano errar y uno tiene que saber perdonar los errores pasados. Pero no tenemos nunca que olvidarnos que estamos tratando con una institución que por propia definición es la genuina representante de Dios en el mundo y en último término «infalible», tal como ella se ha definido a sí misma. La irresponsabilidad que hay que perdonarle obligatoriamente a un niño no se le puede perdonar tan fácilmente a un adulto, que en este caso no sólo sabe perfectamente lo que está haciendo sino que está «inspirado» para hacerlo. Y los que digan que la Iglesia está compuesta por hombres y que éstos es lógico que hagan errores, tendrán que admitir entonces que esos errores pueden también extenderse a las áreas dogmáticas, quedando por lo tanto en entredicho la «infalibilidad» de la institución aun en sus cosas fundamentales, porque nunca sabremos a punto fijo dónde acaba la «inspiración» divina y dónde empieza el error humano.

No es serio acogerse a la fragilidad humana para poder errar y acogerse en seguida a la «inspiración» para poder imponer «infaliblemente» doctrinas y normas. Siempre hemos tenido una gran perplejidad ante la contundencia y la inmediatez con que —según la teología— obra Dios en la transubstanciación, por ejemplo, y la dejadez y abandono con que permite que su iglesia cometa grandes errores históricos. Esto nos lleva lógicamente a pensar cosas muy extrañas del Dios cristiano, o por lo menos de la idea que de

él nos han querido dar. Pero esto es tema más profundo que trataremos en la segunda parte de este libro.

Intolerancia

¿Cuáles son esos grandes errores históricos y pragmáticos que el cristianismo lleva sobre sus espaldas? Por supuesto no haremos aquí un inventario de todos ellos; primero porque ocuparían demasiado espacio y segundo porque no es precisamente ése el propósito de este libro. Pero sí señalaremos ciertos errores notables que se echan de ver grandemente a lo largo de la historia, y que uno sinceramente no se explica cómo pueden haber sido cometidos por una institución «infalible» a la que —según la teología— el mismo Dios le dijo: «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos» (Mat. 28,20).

No se olvide el lector que estamos comentando la falta de memoria que aqueja al cristianismo, y en particular a esta vieja institución llamada Iglesia Católica. Véase si no, con qué tranquilidad el Catecismo Holandés -que resume en buena parte la moderna teología católica— afirma:

> «La Iglesia ha enseñado siempre que la fe es asentimiento libre y no puede, por tanto, imponerse a la fuerza. Con ello se reconoce en principio la libertad del otro. La Iglesia enseña además que cada uno debe seguir su conciencia y esto es también un reconocimiento de la libertad interna del otro» (IV, *El Sacerdocio* ***del Pueblo de Dios*****. Tolerancia).**

Una de dos: o la Iglesia cristiana estuvo muy lejos de haber enseñado siempre que la fe es asentimiento libre y que no puede imponerse por la fuerza, o si en verdad lo enseñó, distó muchísimo de haberlo cumplido. Si lo enseñó en alguna cátedra o libro, se encargó de practicar por siglos todo lo contrario. Todas las hogueras encendidas tanto por católicos como por protestantes se encargan de probarlo. Y el que tenga dudas de las motivaciones de aquellas hogueras, no tiene más que asomarse a las páginas

de cualquier proceso inquisitorial* y allí verá las torturas a que eran sometidos los reos para que «abjurasen de sus errores» y para que «profesasen la fe de nuestra Santa Madre la Iglesia». Si esto no es atropellar la libertad religiosa, que venga Dios y lo vea.

En el proceder del cristianismo en este particular siempre se ha echado de ver un cierto dualismo: por un lado se quería dar la impresión de ser tolerante (y a veces ni eso), pero por otro lado en cuanto los cristianos se hacían dueños del poder, no toleraban creencias contrarias no dudando en llegar a la violencia física para impedir el avance o la mera expresión de otras maneras de pensar. En esta manera de actuar y en esta falta de respeto para las ideas de los demás, el cristianismo se ha comportado exactamente igual que el comunismo. Esta impresión de intolerancia o de disculpa por la mala impresión que se pudiese dar, la vemos en San Pablo cuando nos dice, por ejemplo, en la 2.ª carta de los Corintios: «no es que queramos dominar con imperio en vuestra fe, sino que queremos colaborar con vuestra alegría...» (!!). No creo que los que se pudrieron por años en las cárceles de la Inquisición estuviesen muy satisfechos por la colaboración que la Iglesia tenía en «su alegría». Las palabras, por más untuosas que sean, nunca pueden borrar la realidad de los hechos; y los hechos en cuanto a intolerancia se refiere por parte del cristianismo, son de una envergadura tal a lo largo de sus dos mil años de historia, que no hay palabras suficientes en el diccionario para borrarlos.

Uno de los últimos documentos del Concilio Vaticano II -la Declaración llamada «Dignitatis Humanae»- trata sobre la libertad religiosa. Uno se queda pasmado al leerla, cuando contrasta su contenido con la práctica de la Iglesia a lo largo de los siglos. Y uno se reafirma en esa «falta de memoria» que la Iglesia da la impresión de padecer en muchas ocasiones. ¡Con qué solemnidad (y al mismo tiempo con qué acierto) hablan los Padres Conciliares allí reunidos, sobre la libertad religiosa y dicen que

---

* El principal archivo de la Inquisición española está en Cuenca y está esperando a que algún historiador sin prejuicios haga una labor exhaustiva y desentrañe los injustísimos horrores que encierran todos aquellos miles de páginas. También se podrán encontrar actas de procesos inquisitoriales en los archivos de otras ciudades españolas como Simancas, Toledo, Salamanca, Valladolid y otras.

«todo hombre tiene que estar inmune de coacción, tanto por parte de personas particulares como de grupos sociales y de cualquier potestad humana y ello de tal manera que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, sólo o asociado con otros, dentro de los límites debidos... y esta libertad se funda en la dignidad misma de la persona humana.»

¡ Qué contraste el de estas bellas palabras con la práctica de los países cristianos en donde las autoridades eclesiásticas no permitían, bajo penas gravísimas, el practicar ninguna otra fe y ni siquiera la cristiana, si ésta no era según la manera que las autoridades tenían de entender el cristianismo!
Oiga el lector esta definición del Concilio Ecuménico de Florencia, celebrado en 1442, y compárelo con los párrafos del Concilio Vaticano II que acabamos de citar:

«Fuera de la Iglesia no hay salvación. La Santa Iglesia Romana cree firmemente, confiesa y proclama que nadie fuera de la Iglesia Católica, sea pagano o judío, no creyente o separado de la unidad, participa de la vida eterna, sino que caerá en el fuego eterno que ha sido preparado para el demonio y sus ángeles; a no ser que se incorpore a ella antes de la muerte» (Denzinger 714).

Y si estos anatemas y penas sólo se refiriesen al más allá, no tendrían mucha importancia ya que los reos de tales penas se encontrarían cuando allá llegasen, que semejantes castigos eran sólo invención de los doctrinarios. Lo malo es que también conllevaban penas de acá, de este mundo.

Los apologistas de la Iglesia deberían explicarnos cuál fue el delito —aparte de pensar con sus propias cabezas— que cometieron los Savonarola, los Tyndall, los Giordano Bruno, los Campa-nella, etc., para que fuesen acreedores del tormento de las llamas. Y ¡oh gran paradoja! a muchos de ellos los quemaban en una pequeña plaza de Roma llamada «Campo dei Fiori», que está a no muchos metros del lugar donde precisamente años más tarde los Padres del Concilio Vaticano II iban a afirmar tan tajante y tan tranquilamente que «cada hombre tiene derecho apensar

libremente» y que «hay que respetar la libertad de conciencia de todo ser humano». ¡Qué negación tan rotunda de estas palabras son los procesos inquisitoriales de los siglos XIV al XVII que se guardan hasta con sus mínimos detalles y que son una prueba irrefutable de que la Iglesia ignoró durante siglos lo que ahora nos presenta como «doctrina tradicional»!

¿Dónde estaba esa «dignidad humana» y esa «inmunidad de coacción» de que ahora con tanto desenfado nos hablan los Padres Conciliares? ¿Quién les respetó su libertad religiosa a las cien mil «brujas» que según la mayor parte de los historiadores fueron quemadas por las diferentes Inquisiciones alemanas? ¿Podrá ahora invocarse sin más ni más una «doctrina tradicional» cuando vemos a los tribunales de la Inquisición de todas las naciones católicas (en los que con frecuencia participaban los mejores teólogos de la época) condenando a largos años de mazmorra, a torturas o a la hoguera a hombres y mujeres honestos que creían con toda sinceridad que con su manera de pensar honraban a Dios y a Cristo?

Y recuérdese que no sólo tenían que comparecer ante aque llos tribunales los «adoradores de Satanás» sino gente tan distin guida y tan limpia en sus vidas y en sus creencias como Fray Luis de León, Fray Luis de Granada y tantos otros varones eminentes, que si no llegaron a padecer todo el rigor de las penas, fueron por lo menos mirados con mucha sospecha por los enfermos menta les a quienes las autoridades eclesiásticas habían encomendado la «vigilancia de la doctrina».

Y si nos referimos a los cristianos de la otra banda —los pro testantes y los ortodoxos orientales— de ninguna manera se pue den jactar de una mayor tolerancia. Su intransigencia y su falta de respeto a la dignidad humana es tan anticristiana como la de sus «hermanos» de acá. Las hogueras y las mazmorras funcionaron entre ellos con el mismo fanatismo y la misma falta de humanidad que entre nosotros; y ahí están para probarlo, en el campo protes tante, los Servet, los Tomás Moro, los Estuardo, por no decir nada de los miles de anabaptistas masacrados por los discípulos de Lutero y Zuinglio; y en el campo cristiano-ortodoxo las horrendas atrocidades cometidas en el siglo XVII por Chmielnic-

ki contra los judíos. En esta guerra santa que los cristianos tenemos entre nosotros desde poco después de la muerte del fundador del cristianismo, nadie puede vanagloriarse de haber sido «manso y humilde de corazón».

Hoy día algunos «apologistas» intentan defenderse de esta lacra innegable diciendo que aquellos tiempos «exigían» este tipo de conducta ya que la sociedad no estaba constituida tan firmemente como en la actualidad y aquellas doctrinas representaban una amenaza para la estabilidad de los pueblos. Puras palabras sin sentido. A los «apologistas» nunca les han faltado «razones», silogismos y textos bíblicos para defender la santidad e inocencia de la Iglesia, pero hay un drástico contraste entre estos «razonamientos» y la brutal realidad de los hechos.

En el mismo texto del Concilio Vaticano II que venimos comentando, encontramos (al igual que en muchos otros textos eclesiásticos) ciertas pequeñas frases que parece que han sido puestas con toda intención para, en caso de apuro, poder legitimar conductas diametralmente contrarias a lo que se lee en el mismo texto.

Leemos en el N. 2 (Objeto y Fundamento de la Libertad Religiosa):

> «Por lo cual el derecho a esta inmunidad permanece también en aquellos que no cumplen la obligación de buscar la verdad y adherirse a ella; y no puede impedirse su ejercicio *con tal de que se respete el justo orden público.*»

Y si nos fijamos en el texto copiado un poco más arriba, veremos que termina con la sutil cláusula: *dentro de los límites debidos.* Pero ¿cuál es ese «justo orden público» y cuáles son esos «límites debidos»?

Durante muchos años en España, en tiempos del catolicísimo Francisco Franco, este «justo orden público» y estos «límites debidos» eran los que se invocaban para impedir que cualquier denominación protestante ejerciese con cierta libertad sus cultos o desarrollase algún apostolado abierto, para ganar nuevos adeptos. Leyendo el texto de la Declaración sobre la Libertad Religio-

sa, da la impresión a veces, de que la libertad que los Padres Conciliares defienden es únicamente la de los católicos a ejercer «la única y verdadera religión que subsiste en la Iglesia católica y apostólica a la cual el Señor Jesús confió la obligación de difundirla» (I). Pero tal libertad y derecho no se extiende a los demás no-católicos, puesto que ellos están en el error. Si pretenden extender «sus errores» ya no están «en los límites debidos» y perturban «el justo orden público». Así es como parece que interpretan el texto. Y a la verdad que con justicias y con razonamientos así, la Iglesia no demuestra ser ni muy sabia ni muy justa ni muy evangélica.

Estamos todavía dentro de la falta de memoria, como síntoma del envejecimiento de la Iglesia. Pero esta falta de memoria en muchas ocasiones es simulada y la Iglesia más bien hace como que no recuerda.

Un índice de esto lo tenemos en los mismos párrafos del documento de la Libertad Religiosa que estamos comentando. Leemos al final de la Introducción:

> «El Sagrado Concilio, además, al tratar de esta libertad religiosa, quiere desarrollar la doctrina de *los últimos Sumos Pontífices* sobre los derechos inviolables de la persona y sobre el ordenamiento jurídico de la sociedad».

Se nos hace muy sospechoso que desarrolle únicamente la doctrina de *los últimos* Sumos Pontífices. ¿Por qué no desarrolla la doctrina en bloque del Magisterio de la Iglesia desde los primeros siglos, tal como vemos que lo hacen los Padres Conciliares en la mayor parte de los asuntos tratados en el Concilio? Sencillamente porque tendría que explicarnos ciertos párrafos del Sylla-bus, y tendría que vérselas con muchos Sumos Pontífices y con sus respectivas bulas, breves y encíclicas, en los que se defiende diametralmente lo contrario de lo que leemos en la declaración del Concilio Vaticano II.

Y no sólo eso, sino que tendrían que empezar por explicarnos frases que leemos en la biblia que contradicen también la decantada «libertad religiosa» que ahora pretenden vendernos como

«doctrina tradicional». Abra el lector el evangelio en el cap. 16 de S. Marcos, vers. 15-16 y lea: «el que creyere y se bautizare se salvará y el que no creyere se condenará». Uno, modestamente, pregunta: Y si tras analizar seriamente la doctrina que se me propone (tal como le ha sucedido a miles y miles de seres humanos) no me llego a convencer, ¿seré enviado a un fuego eterno? Y entonces ¿no hubiera sido mejor que en vez de una inteligencia libre —capaz de analizar opciones— me hubieran dado un instinto para seguirlo ciegamente? ¿De qué me sirve esa libertad de conciencia si luego cuando la sigo me condenan?

El argumento que el Magisterio ha usado siempre —y que aún se deja entrever en la Declaración Vaticana que estamos comentando- es que como la revelación de Dios a los hombres es clara, y la única depositaría de esa revelación es la Iglesia, los hombres -obligados por otra parte a seguir lo que es evidente para su razón— están por lo tanto obligados a hacerse cristianos. Y prueba de que esta obligación va en serio, ahí está esa «condenación eterna» para aquellos que no sigan obligatoriamente su «conciencia libre».

Sé de sobra que esta argumentación mía hará sonreír a los omnisapientes teólogos y jerarcas que tan fácilmente reparten condenaciones y anatemas; pero contra su erudición libresca y contra sus equilibrios dialécticos ahí están todos esos siglos de prácticas inicuas, de mazmorras, de hogueras, de torturas, de juicios infames, de coacción de las conciencias mediante todos los medios «legales» y «dentro del orden constituido». Y todo de acuerdo a la «voluntad de Dios».

En este particular es imposible que los líderes cristianos —tanto los de un bando como los de otro— estén tan faltos de memoria; por eso es mejor que expliquen y desarrollen únicamente a «los últimos Sumos Pontífices» porque con los primeros y con los medianos van a tener muchas dificultades.

Todos los párrafos anteriores alrededor de la libertad religiosa fueron causados por una pregunta que en páginas atrás nos hacíamos: «¿Cuáles fueron esos grandes errores históricos y pragmáticos que el cristiano lleva sobre sus espaldas»? La intolerancia religiosa que el cristianismo ha practicado a lo largo de los siglos es

uno solo de estos errores graves, sintomático de que la vejez de la Iglesia le causa falta de memoria.

Si sólo con uno de ellos y tocándolo superficialmente, hemos gastado varias páginas, imagine el lector lo que nos llevaría tratar a fondo uno por uno los demás graves pecados que el cristianismo como institución ha ido cometiendo a lo largo de dos mil años. No entraré, por tanto, en la discusión de ellos ya que sólo nos interesan indirectamente, pues ellos en sí no son causas de la agonía del cristianismo sino síntomas de otro mal más profundo.

Más errores históricos

Sin embargo, para no dejar al piadoso lector intrigado acerca de cuáles pueden ser esos errores y al profano lector disgustado por no haberlos ni siquiera enumerado, voy a enunciarlos sólo de pasada, para que si el lector quiere, reflexione alguna vez sobre ellos. Reconocemos que algunos son un pecado exclusivo de la Iglesia Católica, aunque los demás grupos no estén tan limpios como para lanzarle la primera piedra.

• Uno de estos pecados exclusivos del catolicismo es lo que en la actualidad se llama Estado Vaticano que es ni más ni menos que la negación de las palabras de Cristo «Mi reino no es de este mundo» (J. 18, 36). El Vaticano es un reino de este mundo con un monarca absoluto. El Estado Vaticano de hoy es el heredero de los famosos Estados Pontificios que tienen una historia nada gloriosa; si los medimos por el mismo rasero que a los demás Estados, no se puede decir que fuesen mejores ni peores; pero si los enjuiciamos a la luz de las doctrinas que sus dirigentes predicaban entonces quedarán muy mal parados. Eran tan ambiciosos como los demás, y guerrearon igual que los demás por conseguir influencias, tierras y bienes de este mundo... mientras su fundador y jefe espiritual murió «sin tener dónde reclinar la cabeza». En la actualidad las finanzas vaticanas son las que no dejan reclinar la cabeza a sus jerarcas. El hecho de haber convertido la sede del jefe de la Iglesia en un Estado más, compitiendo con los muchos Estados de este mundo, ha sido algo que ha tenido enormes con-

secuencias (tanto negativas como positivas) para la conservación y la difusión del mensaje de Cristo en el mundo. (En mi libro «Mi Iglesia duerme» he tratado con más detenimiento este punto.)

• Muy unido a esta visión general del «reino de Cristo», está ese otro enorme error pragmático y en cierta manera dogmático que se llamó «las Cruzadas». Prefiero no entrar en el tema por que sería demasiado largo. Todos los ríos de sangre que las ocho Cruzadas derramaron a partir de 1090, ¿a qué infalibilidad ponti ficia» habrá que achacárselos? Todas las vidas truncadas de los más de 20.000 niños que fanáticamente fueron enviados por sus padres a las dos absurdas Cruzadas Infantiles ¿a qué «inspiración divina» habría que achacárselas? Todas las matanzas de judíos que la bárbara devoción de los «santos» cruzados perpetró ¿con qué texto bíblico tendremos que reforzarlas? Pero sigamos con más errores.

• La desunión de los cristianos es algo tan escandalosamente real que más tarde volveremos sobre ello de una manera especial.

• Otro error radical en que han incurrido muy desde el prin cipio de la Iglesia los sucesores del que aconsejaba «tomar los últimos lugares en los banquetes», es el haberse sentado en los pri meros lugares en las mesas de todos los poderosos de este mundo, y probablemente el haber banqueteado demasiado. El maridaje de las jerarquías eclesiásticas a lo largo de los siglos con todos los que han avasallado y exprimido a sus pueblos, es una cosa que no necesita demostración y que no tiene explicación. De ahí al desarrollo de un regusto por las riquezas y por el lujo en vestidos, ornamentos, y residencias no hay más que un paso. Un paso que dieron en seguida los jerarcas pasándoles en herencia esta «eclesiástica» costumbre a sus sucesores de la Edad Media y del Renacimiento, hasta nuestros días.

• Aparte de las matanzas de judíos que ya reseñamos de una manera muy ligera, perpetradas por cruzados, cosacos y toda suerte de fanáticos en el curso de la historia tenemos la total falta de caridad -por decirlo suavemente- que oficialmente la jerar quía ha demostrado hacia los: descendientes de Abraham, que en fin de cuentas son nuestros hermanos mayores. El poco respeto a

la libertad religiosa y a la libertad de conciencia de que hablamos en párrafos anteriores se echa de ver de una manera palmaria en el trato dado *oficialmente* a los judíos no sólo por los gobernantes cristianos sino por los mismos guías religiosos. Si los líderes de los pueblos de América, de África y de Asia hubiesen tratado a nuestros misioneros como nosotros tratamos a los judíos, puede ser que hubiese habido muchos más mártires, pero ciertamente no hubiese avanzado el cristianismo como avanzó en siglos pasados. Los tímidos esfuerzos que Pío XII hizo en la Segunda Guerra Mundial por salvar a los judíos, son sólo una sombra si lo comparamos con las injusticias que con ellos cometieron muchos de sus antecesores en la silla pontificia. Y esto nos lleva a otro enorme pecado que el cristianismo tiene sobre sus hombros:

• La destrucción de culturas enteras so color de que su paganismo entorpecía el avance de la «única verdadera religión». Éste es un enorme pecado social que difícilmente entenderá el fanático, pero que es perfectamente comprendido por la persona culta. (Y no debe olvidar el lector que fanatismo y cultura son dos términos bastante antagónicos.)

Y permítaseme aquí una breve anécdota personal. Cuando un día visitaba en el Palacio de Chapultepec de la Ciudad de Méjico, el museo que allí existe, me detuve ante un gran cuadro de fray Pedro de Gante, lego franciscano, famoso por su labor intensa entre los indios. En la base del cuadro se podía leer en letra menuda pintada al óleo por el mismo autor del cuadro, un largo pie en el que se hacía un resumen de la vida del religioso. Al fin de todo leí estas palabras: «Era tal su celo, que se dice que destruyó con su propia mano más de 20.000 estatuas e ídolos de los indios»... No pude leer más. Levanté mis ojos; lo miré de frente y nunca he sentido en mi corazón un desprecio tan profundo hacia el fanatismo.

Junto con los ídolos, fueron las pirámides y los centros culturales y junto con ellos se fueron los archivos y los documentos que encerraban un arte y una sabiduría que en muchos aspectos superaba a la nuestra. El enorme retroceso que padeció «la cristiandad» en la Edad Media, fue en gran parte debido a esta fanática iconoclastia que odiaba la cultura grecorromana por conside-

rarla mala y satánica. Hubo que esperar hasta finales del siglo XV para que los piadosos cristianos redescubriesen que la Tierra era redonda, cosa que ya sabían siglos antes los pecadores mayas y griegos.

• Y con el último párrafo queda enunciado otro de estos grandes errores del cristianismo: La retranca que ha supuesto para el avance de las ciencias. La teología metía sus santas nari ces en todo y la humanidad seguía gimiendo bajo el peso de enfermedades y esclavitudes como si ellas fuesen «voluntad de Dios». ¡Qué bien han manejado los jerarcas de todas las religio nes la «voluntad de Dios»!

No se podían hacer operaciones quirúrgicas «porque el cuerpo es templo del Espíritu Santo» y ello sería profanarlo; no se podía volar porque los teólogos —en virtud de silogismos-deducían que era imposible; la química en embrión —la alquimia- era vista con mucho recelo y con frecuencia los alquimistas eran citados ante los tribunales de la Inquisición, «para que explicasen sus artes diabólicas»; cualquier facultad paranormal practicada por alguien que no fuese muy religioso, se convertía en algo peligrosísimo para él, porque aparte de Dios, sólo Satanás podía otorgar tales poderes; la Tierra era el centro del Universo (no en vano el Hijo de Dios se había encarnado en ella) y ¡ay del que dijese lo contrario!; y, ya en nuestros tiempos, la hipnosis —con sus enormes capacidades terapéuticas— era prácticamente prohibida o por lo menos muy mal vista por las autoridades eclesiásticas; los experimentos de cultivos de fetos in vitro eran declarados «contrarios a la moral», etc.

Da la impresión de que a la Iglesia le molesta que el hombre se rebele contra la idea de que este mundo es un «valle de lágrimas» y pretenda convertirlo en un auténtico paraíso terrenal. Pero desde que las ciencias y los científicos le perdieron el miedo a caer en herejía y se liberaron de la camisa de fuerza que por siglos les impuso la teología y la biblia, no se puede negar que la humanidad ha avanzado tecnológicamente más en un siglo de lo que lo había hecho antes en dos milenios.

• Otro gran error en el que han incurrido las dos ramas del cristianismo que han tratado con muy buena voluntad de llevar su

fe a otros pueblos, es el haber querido o «romanizar» la fe o por lo menos occidentalizarla, presentándosela con moldes y formas propias de los hombres europeos. Cuando en los siglos XVI y XVII los jesuítas trataron de adaptar los ritos cristianos a los usos y a la cultura de la India y de China, fueron frenados sin contemplaciones por la curia romana; y aparte de esa occidentaliza-ción de los ritos externos, está una más profunda y más culpable esclerosis en la formulación de los dogmas, haciéndolos prácticamente ininteligibles para otras culturas totalmente diferentes de la nuestra.

• Todavía bien cercanos a nosotros, están los tiempos en que la jerarquía cristiana en bloque, si hacemos muy pocas excepciones, se mantuvo muda ante los descarados abusos a que llevó la teoría del liberalismo económico, que convirtió en esclavos a cientos de miles de hombres en Europa, en el alborear de la época industrial. Y este pecado no era más que el eco de otro mucho mayor cometido exclusivamente por pueblos cristianos (con la bendición de sus jerarcas) y que se llamó la trata de negros y la esclavización de los indios americanos. Y esta iniquidad duró hasta hace muy pocos años cuando los negros eran discriminados de mil maneras diferentes. Lo que cinco o seis naciones cristianas hicieron con los negros africanos, no tiene nombre. Los iban a buscar allá, los cazaban como a animales salvajes, los transportaban hacinados como bestias en unas travesías en las que con frecuencia morían la mitad de ellos, y cuando llegaban a América los ponían a trabajar como animales en las minas o en las plantaciones. A veces cuando la peste se desataba en medio de la travesía y morían la mayor parte de ellos, tiraban al mar los pocos debilitados que quedaban y volvían sin remordimiento alguno a cazar más.

En los tiempos en que Hitler masacró a varios millones de judíos ya la Iglesia no tenía poder alguno, pero en los tiempos de la trata de negros, la Iglesia tenía todavía una enorme influencia. ¿Y qué hizo el papado —que tan drástico había sido en cortar las herejías— para detener aquella enorme y verdadera herejía contra el mandamiento fundamental del cristianismo que consiste en el amor fraterno? Lo más que hizo fue mandarles misioneros para

consolar un poco su esclavitud y hasta para predicarles que obedeciesen con mansedumbre a sus amos. Las rebeliones de los negros de hoy no son más que la explosión tardía de la ira que traen en los genes. Los Motolinia, los Pedro Claver y los Las Casas no son más que pequeños islotes en medio de un océano de iniquidad.

De ninguna manera quiero hacer caer todo el peso de este inmenso error sobre el papado, pues sé de sobra que para aquellos tiempos ya las naciones que más participaron en tan infame comercio no obedecían al Papa. Pero lo que no se puede admitir es la gran pasividad con que la jerarquía católica y los líderes protestantes vieron aquel inmenso y continuado genocidio, perpetrado exclusivamente por pueblos que se llamaban cristianos.

Nos complace enormemente el oír al Papa proclamar el respeto a la dignidad de la persona humana ante todos los pueblos del mundo en las Naciones Unidas, pero hemos querido contrastar esta conducta y estas ideas con otras ideas y otra conducta pasadas, para corroborar lo que estamos tratando de probar en esta sección: que la vejez del cristianismo le hace caer en faltas de memoria al autoenjuiciarse.

Los viejos desvarían

Prescindiendo de cuál es específicamente el deterioro cerebral que motiva el desvarío de los viejos, lo cierto es que dicen cosas fuera de lugar, imaginan cosas que no hay y no se puede tener mucho en cuenta lo que hacen o dicen.

Aunque tal como veremos hacia el fin del libro, el cristianismo está equivocado en sus profundas raíces, sin embargo no se puede negar que apoyado en ellas, había conservado una línea más o menos lógica de pensamiento y de acción a lo largo de sus dos mil años de existencia. Pero esa línea recta se ha roto en los dos últimos siglos y se ha convertido en un dédalo de zig-zags que ya no llevan a ninguna parte y que ya no tienen sentido. Las enseñanzas de muchas de las denominaciones cristianas, consideradas en sí, aisladamente, dan las más de las veces pena o risa y consideradas en conjunto, relacionando las unas con las otras,

dan la impresión de un verdadero caos. Lo que una afirma, la otra lo niega; lo que es sagrado para una es abominación para otra y lo que para ésta es obra de Dios para la otra es manifestación del diablo.

En el campo del protestantismo este caos se echa de ver de una manera manifiesta y es inútil que citando a la biblia para defenderse, nos digan que el Espíritu «ubi vult spirat», es decir, que sopla donde y como quiere. Nadie le niega ese poder al Espíritu Santo, pero estamos seguros de que cuando lo haga lo hará de una manera lógica, ordenada y cuerda. Y lo que vemos no sólo en los iluminados contemporáneos de sectas nuevas y en los carismáticos de todos los tipos, sino en los mismos sesudos teólogos que imparten cátedras famosas en el mundo anglosajón, es una contradicción total de todos contra todos.

La libre interpretación de la biblia se ha convertido a la larga en la canonización del desvarío teológico. Asistimos a una guerra santa de ideas en la que los combatientes cristianos se lanzan mutuamente textos bíblicos convirtiendo al profeta o al evangelista «x» en venablo destructor de lo que predicó el iluminado de otra secta o el teólogo de otra Universidad. (Sin entrar ahora en el problema de que muchas veces cuando uno va a comprobar el texto no lo encuentra porque en la traducción que uno usa no aparecen las mismas palabras en las que el otro se apoyaba.)

El cristianismo actualmente, para un observador externo cuyo siquismo no esté atado por lazos o pesos sentimentales, se presenta como un laberinto de ideas confusas con muy escaso poder de-atracción; aquel poder de atracción que tenía el cristianismo cuando en otros tiempos se presentaba como un haz compacto de ideas bien ensambladas y de sentimientos, en una sociedad rígida y simple. Pero hoy día en una sociedad mucho más elástica y compleja, las ideas presentadas por el cristianismo pasan cada día más inadvertidas, no sólo por su fragmentación (30 grandes sectas cristianas diciendo cosas diferentes), sino por su falta de contenido válido y por su divorcio de la realidad trepidante de la vida diaria.

Podríamos aquí de nuevo hacer un inventario de cuáles son estos «desvarios» cristianos lo mismo que hemos hecho con los

errores pragmáticos, pero aparte de que nos llevaría demasiado espacio, que le restaríamos a otras cosas que están más en la raíz de la agonía del cristianismo, creemos que algunos de ellos irán saliendo diseminados a lo largo de este libro.

Pondré, sin embargo, un solo ejemplo eminente de uno de estos desvarios fruto de la vejez de la Iglesia, que la impulsa a decir cosas que en este mundo de hoy ya no tienen sentido, y que provocan entre sus mismos fieles una gran confusión, pues se dan claramente cuenta de que la enseñanza o el mandato de la Iglesia es un error.

(Antes de entrar a describir este «desvarío» quiero hacer constar que no todas las autoridades religiosas dentro del mundo cristiano lo sostienen. Si bien es cierto que dentro del catolicismo es doctrina oficial y que hay unas cuentas sectas protestantes que también lo defienden, sin embargo, hay que reconocer que la mayor parte de los líderes protestantes y ortodoxos lo rechazan.)

Nos referimos al desvarío de pensar y enseñar que no se puede restringir la natalidad usando «medios artificiales»; nos referimos asimismo al desvarío de sostener que la procreación de los hijos es algo que no está directa y absolutamente bajo el control de los padres y de que tienen una gran connotación religiosa los métodos que éstos usen para limitar su prole; nos referimos al desvarío de pensar irresponsablemente que Dios «usará su santa providencia» con el mundo cuando éste tenga diez mil millones de habitantes (cosa que sucedería muy pronto si los hombres les hiciesen caso a estos líderes religiosos.) Nos referimos en general al juicio que el sexo les ha merecido a las autoridades cristianas, y a las doctrinas que en torno a él han elaborado a lo largo de los siglos.

El punto de vista del Vaticano con respecto al control de la natalidad es algo de no creerse, en una Institución a la que pertenecen tantísimos hombres eminentes y en unos tiempos en los que ya es una necesidad apremiante la práctica diamentralmente opuesta de todo lo que la Iglesia dice en este particular.

En los últimos tiempos hemos visto cómo la Iglesia, acosada por todas partes para que reconsidere su posición, ha hecho algunos pinitos para ponerse un poco más a tono con los tiempos;

pero, tal como ha pasado en muchas otras cosas, lo único que ha hecho es poner un parche y quedarse en las ramas sin querer ir al tronco y menos a las raíces de todo el asunto. Hoy ya oímos a los líderes religiosos hablando de la «planificación familiar» y los vemos siendo tolerantes en cuanto a la obligación de «tener todos los hijos que Dios mande». Pero esta tolerancia y esta «planificación» tienen que estar por supuesto dentro de lo que Dios permite y Dios —según ellos— sigue sin permitir los medios artificiales para el control de la natalidad.

Toda la apertura que la Iglesia ha tenido durante cuarenta años consiste en permitir usar el famoso «método Ogino», es decir, sólo cópula en los días que no son peligrosos para la mujer. Para los demás días la Iglesia sigue predicando una casta, ascética y dificilísima continencia. Con esta solución se evita el uso de medios «artificiales» que al parecer son los reos de todo este pecado. Pero esta solución es sólo buena para personas anormales, es decir, para aquellas en las que el sexo y la mutua atracción física no es lo que debe ser, o para aquellos a los que la edad u otras causas han aminorado mucho en sus funciones orgánicas.

Uno se pregunta si las lentillas, los ríñones trasplantados, las prótesis, las operaciones quirúrgicas y hasta las modestas muletas, no son métodos «artificiales». Y uno piensa entonces qué diferencia puede haber entre estos «métodos artificiales» y las pastillas, cremas o cualquier otro método anticonceptivo. Y puestos a pensar, naturalmente encontramos una diferencia. Nos encontramos con que en todos los ejemplos arriba citados, las visceras y órganos que están involucrados no son un órgano o una función a los que la Iglesia haya elevado poco menos que a rango de antisacramento; no ha sucedido lo mismo con toda la función sexual a la que ha puesto casi en el mismo nivel que los sacramentos, aunque naturalmente con una connotación negativa.

San Pablo nos dice en una de sus cartas refiriéndose al sexo (no sabemos si motivado por exceso de pudor, por horror o por una sacra reverencia): «eso ni lo nombréis entre vosotros».

Lo cierto es que la Iglesia le ha sustraído siempre al ser humano el libre uso de este órgano y de esta función, sacralizán-dolo y poniéndolo automáticamente bajo su dominio. Y como

esta función es tan natural en el hombre como el uso de sus brazos o de sus pies, y como las necesidades de estos órganos son a la larga tan imperiosas como las de su aparato digestivo o como las de su sistema nervioso (que exige dormir cada cierto número de horas) resulta que el cristiano está dependiendo irremediablemente de las leyes que sus líderes religiosos quieran imponerle y éstos por supuesto, se han encargado de hacerlas bien opresivas.

Como los párrafos anteriores pueden dar lugar a toda suerte de interpretaciones, y como estoy seguro de que todos los fanáticos los usarán para ponerme como un ejemplo de hombre defensor del libertinaje y de toda suerte de anormalidades sexuales, me voy a tomar el trabajo de explicarlos.

Lo primero de todo es que cuando digo que la Iglesia «elevó el sexo al rango de un antisacramento», lo estoy diciendo por supuesto en un sentido metafórico y no estricta o teológicamente hablando. Quiero con ello poner de relieve la desmesurada importancia que la Iglesia le ha dado siempre al sexo. Un indicio de esta importancia está en que, según el moderno Derecho Canónico, algunos matrimonios serán de más difícil anulación si no sólo han sido «ratos» (es decir, verificados conforme a todas las normas de la ley) sino que además han sido «consumados», es decir, ha habido ya uso del sexo. El sexo como que le ha puesto un sello sagrado que ya no podrá ser roto.

El pecado del sexo, al menos en las enseñanzas que tuvimos que padecer en los colegios religiosos a los que acudimos en nuestra infancia, tenía una maldad específica. Era el pecado nefando, el que manchaba de una manera especial, «del que no se podía hablar»... Y en los colegios de monjas las cosas llegaron hasta el delirio entre las pobres colegialas. Aquí sí se puede decir de una manera mucho más fuerte que la «pureza» y la «virginidad» adquirían rango de auténticos sacramentos.

¡ De cuántas neurosis habrán sido causa estas absurdas prédicas contra natura! ¡Cuánta infelicidad y hasta cuántas torturas mentales habrán sembrado estas aberraciones en las almas de tantísimos hombres y mujeres! Algunos de ellos, muchos años después de su adolescencia, todavía acusan el impacto nefasto de todas estas enseñanzas implantadas a fuego (el fuego del infierno

si delinquían) en sus impresionables almas infantiles. Y no es que los sacerdotes o monjas que tales cosas decían estuviesen inventándolas, para así poder controlar a sus discípulos; ellos y ellas eran a su vez víctimas de tales doctrinas absurdas y muy posiblemente sus vidas hubiesen cambiado drásticamente de no haber sido imbuidos en su infancia por las mismas enseñanzas aberradas y traumatizantes.

Y siguiendo en la explicación de los párrafos de la página anterior, yo no propugno el uso totalmente libre y descontrolado del sexo, como no defiendo el uso totalmente libre del órgano ninguno ni de nada en este mundo. Todas las cosas tienen que ser usadas racionalmente y conforme a ciertas limitaciones que impone la cosa misma, y que imponen los derechos de los demás. El brazo tiene muchas posibilidades pero uno no puede usarlo para todas ellas porque iría contra el derecho de los demás o dañaría el brazo por usarlo indebidamente. Por ejemplo el brazo tiene la posibilidad de abofetear a los demás y sin embargo eso no se puede hacer.

Yo de ninguna manera digo que uno puede usar el sexo como le venga en ganas. Hay muchas cosas que impiden el uso del sexo de esta manera. Lo que sí digo es que en muchas ocasiones en que los líderes religiosos nos han dicho que el uso del sexo es malo y gravemente pecaminoso, no es así. San Ignacio de Loyola, fundador de los Jesuítas, y hombre cuyas ideas han tenido una enorme influencia en la Iglesia moderna, llega nada menos que a decirnos que en cuestión del sexto mandamiento (el mandamiento del sexo) no hay «parvedad de materia», es decir, no hay pecados veniales y que todo lo que se haga o piense con plena conciencia, es pecado grave y, por lo tanto, conlleva una pena de infierno eterno si la muerte lo sorprende en ese estado. ¡Cuánta aberración y cuánto fanatismo rezuma esta manera de pensar! Y ¡ cuántos martirios ha causado en las conciencias de tantos seres humanos, empezando por mí mismo! Y lo malo es que semejante aberración sigue siendo todavía predicada en buena parte de los colegios de religiosos del mundo cristiano;

Cuando digo que el uso del sexo es tan natural como el uso de los brazos, me refiero a que está tan bajo el dominio de la volun-

tad humana como cualquiera de los otros órganos. Me refiero a que no es nada sagrado, aparte o diferente fundamentalmente de los otros órganos. Pero, por supuesto, habrá que someter su uso a las normas sociales; el problema está en ver cuáles son esas normas sociales o tradicionales y ver si no se han quedado anticuadas necesitando ya de una revisión a fondo. En párrafos anteriores ya dijimos que esta revisión, en lo que se refiere al matrimonio por ejemplo, es totalmente necesaria ante lo que vemos que les está sucediendo a una buena parte de nuestros matrimonios y si no queremos que la institución matrimonial naufrague definitivamente.

Se hace verdaderamente difícil de entender por qué las autoridades religiosas en el cristianismo se han ensañado siempre tanto con el uso del sexo limitándolo en todo lo que podían y restringiéndolo aun en aquellas personas en las que su uso es perfectamente normal y legal, como son los matrimonios. Ya he apuntado en algún otro libro mío *(Mitos cristianos en las relaciones humanas)* que me da la impresión de que por haber sido toda esta legislación alrededor del sexo hecha por personas que no podían disfrutar de él (bien por edad o bien por prohibírselo así su voto de castidad), se habían ensañado con aquellos que lo podían usar —una venganza semiconsciente— echando ceniza en su plato.

Pero creo que la razón es aún más profunda. Esta filosofía de la vida, pesimista y negativa, enmarcada entre un pecado original inicial y un infierno final posible, se echa de ver en muchas ocasiones en las creencias y ritos cristianos. Es la filosofía del «valle de lágrimas», es la filosofía de la renunciación, de los votos religiosos, de las castidades impuestas, de la resignación ante el dolor y los males, del purgatorio y de la cruz escogida como símbolo de todo el cristianismo. Una especie de masoquismo místico frustrante y desesperanzador. Con una filosofía así ¿quién puede tener ilusión por progresar o por convertir este mundo en un lugar confortable, si ya desde el principio nos lo han definido como un valle de lágrimas? Con una filosofía así, es lógico que se vea el sexo —el mayor de los placeres humanos— como algo disimuladamente -si no esencialmente- diabólico. Y si la Iglesia, por no quedarle más remedio, les da a los esposos permiso para usar-

lo, les impone el yugo de los hijos quiéranlos o no. Una manera de echar ceniza en su plato. «Porque algo de malo tiene que haber en usar el sexo por el sexo.»

Creo que en el fondo eso es lo que hay en esta intolerable intromisión de la Iglesia en el uso del sexo y del matrimonio.

Pero prescindiendo de toda la filosofía subyacente en la prohibición de medios «artificiales», la realidad es que hoy día es ya una crasa irresponsabilidad el seguir fomentando las familias numerosas y el seguir atando las conciencias con penas canónicas y con infiernos eternos si se ponen trabas «artificiales» a la natalidad. Muy por el contrario, toda pareja responsable debería ser consciente de que el exceso de hombres y mujeres en el mundo es un gravísimo problema que les estamos dejando a las generaciones del futuro que no podrán perdonarnos el que por motivos «religiosos» hayamos abarrotado tan irresponsablemente este planeta.

El matrimonio no tiene más sacralidad que la justicia o injusticia con que esté hecho. Y el sexo -al igual que el comer o el beber— no tiene directamente nada que ver con lo religioso. Los Sumos Pontífices y todos los líderes religiosos que siguen sosteniendo en este particular doctrinas autoritarias y fuera de la realidad, se están quedando solos, convertidos en unos Ayatollas desfasados y fanáticos, a quienes ni sus propios subditos oyen.

Es bien conocido el caso —muy aleccionador por otra parte-de cuando S.S. Juan Pablo II estuvo en Irlanda. En esta nación católica, por uno de esos desfases de la sociedad y de las tradiciones, de los que hablamos más arriba, no está permitida la venta de anticonceptivos (al igual que no estuvo permitida en España mientras Franco santificó a este país) y todas las esposas que no quieren tener más prole (a lo cual tienen perfecto derecho) los encargan como cosa normal a Estados Unidos de donde es lícito importarlos. Pues bien, las autoridades de Correos cayeron en la cuenta de que en el mes siguiente a la estancia de Juan Pablo II, la llegada de anticonceptivos de Estados Unidos decayó drásticamente; pero poco a poco comenzó a normalizarse de modo que a los tres meses ya se recibía la misma cantidad de paquetes de tan específica mercancía. ¿Moraleja? Que la presencia y la autoridad

del Papa lograron por un momento someter a las ovejas al redil pero que a la larga, el sentido común y la realidad imperiosa de la vida acabó imponiéndose por encima de todas las autoridades y por encima de todos los miedos al infierno.

No he querido entrar a fondo en la discusión de este «desvarío» de gran parte del cristianismo contemporáneo, porque ya lo he tratado en otras ocasiones en las que he hecho todo un comentario de la encíclica Humanae Vitae. Lo he traído únicamente como un ejemplo, entre los muchos que se podrían poner, de síntoma de la vejez de la Iglesia cristiana que la lleva a seguir diciendo cosas que no sólo no significan ya nada para los hombres y mujeres de hoy, sino que son positivamente dañinas para nuestra sociedad. Doctrinas así, defendidas con toda buena voluntad por los jerarcas y ministros religiosos, le hacen perder más credibilidad al cristianismo que todos los ataques de sus enemigos. Por ser la religión en la que nos hemos criado, nos entristece el ver desprestigiarse así a sus líderes; nos entristece, porque los vemos a la misma altura de un musulmán que se horroriza ante la carne de puerco o de un hindú que se hinca ante una vil vaca.

Como resumen de este largo capítulo diremos que el cristianismo ha envejecido lo mismo que individualmente envejecen los seres humanos cuando pasan los años; pero paradójicamente, mientras la sociedad humana se ha ido rejuveneciendo con cada nueva generación, el cristianismo no ha sabido ni en realidad ha podido rejuvenecerse y hoy está enfermo de muerte. En este capítulo hemos visto algunos *síntomas externos* de esta vejez; en los próximos capítulos todavía insistiremos en algunos síntomas más, dejando para los últimos las *causas hondas* de esta falta de capacidad para el rejuvenecimiento.

CAPÍTULO V

Prisionera de sí misma

Comenzaré este capítulo con una anécdota de los años de mi infancia en Galicia. En cierta ocasión le preguntó mi padre a una anciana campesina que por qué se empeñaba en vivir sola en una casa paupérrima cuando sus hijos desde la Argentina, en buena posición económica, insistentemente la invitaban a que se fuese a vivir con ellos y hasta le decían que en cualquier momento que ella se lo dijese le enviaban el pasaje. La contestación de ella fue algo que hizo reflexionar a mi padre por mucho tiempo y que se convirtió en una frase lapidaria en nuestra familia:

—Vosté ben fala; pro a min o que me ata é a vaca. La campesina tenía una preocupación: —¿Y quién me cuida la vaca?

El cristianismo tiene en la actualidad muchas vacas que lo atan. Pero lo malo es que el fanatismo de unos y de otros las ha ido convirtiendo en auténticas «vacas sagradas».

Aparte de las trabas internas y fundamentales de las que hablaremos en los próximos capítulos, hay muchas trabas externas, superficiales y sin verdadera importancia que poco a poco se han ido convirtiendo en gruesas cadenas y que con el paso del tiempo han llegado a ser losas que aplastan al cristianismo.

Prisionera de sus templos

Permítame el lector otra anécdota, fruto de mi incesante recorrer la superficie del planeta.

El año 1954 entré en una enorme iglesia católica en el corazón de Chicago (superior en dimensiones a muchas catedrales europeas) y me traspasó la belleza del canto gregoriano que

surgía de no se sabía dónde. Creo que a pesar de ser entonado por una sola persona, ha sido el gregoriano más bello que he escuchado en mi vida. Tan bello me pareció, que me quedé inmóvil, embelesado y solo, en medio de aquel impresionante silencio que me envolvía en la Iglesia completamente vacía. Pasados unos minutos y salido de mi trance estético continué avanzado. Medio escondido en el extremo del crucero, junto a un altar, pude ver un pequeño grupo de siete personas que celebraban una ceremonia funeral. El contraste entre aquel reducido número de personas y la inmensidad de aquel templo vacío me sumió en una profunda reflexión.

Aquel templo, sólo 40 años antes, había sido el activo centro de toda la actividad jesuítica en la ciudad. Una prueba de la pujanza de esta actividad eran las sólidas columnas, la altura de las bóvedas, la longitud de las naves y la rica ornamentación de retablos, artesonados y paredes. Indudablemente hizo falta mucho entusiasmo (traducido en donaciones) para construir aquel enorme y bello templo. Pero ¿qué quedaba de todo aquel entusiasmo y de toda aquella actividad? Los blancos y las clases pudientes que lo habían construido, habían emigrado a la periferia de Chicago, dejándoles el terreno a emigrantes, a gentes de color y al incesante avance de oficinas y bancos. Pero la iglesia (en este caso, como en muchos otros, identificada con el templo) imposibilitada de moverse, precisamente por su misma grandiosidad, seguía allí monumental, triste, vacía, nostálgica y sin sentido.

La Iglesia-Institución ahoga y aplasta a la Iglesia-Fe, a la Iglesia-Amor a la Iglesia viva. Su estructura externa (Estado Vaticano, Curia, Nuncios Apostólicos, Obispos con sus Curias, palacios episcopales y «bienes eclesiásticos», Párrocos con sus templos, capillas y casas parroquiales, dejando de lado «tesoros», museos, fincas, solares, acciones y diversas inversiones que constituyen el patrimonio de muchas diócesis y parroquias) aplasta y ahoga o por lo menos frena la acción evangelizadora de la Iglesia que es la única razón de ser de la Institución misma.

Si nos asomamos someramente a la historia del cristianismo en sus últimos cinco siglos, echaremos en seguida de ver que las

autoridades han gastado tantas energías en la defensa de todas estas cosas externas como en la conservación y expansión del mensaje de Cristo. Y echaremos de ver también que la disputa interna por todas estas cosas fue causa de grandes divisiones entre los hermanos cristianos.

Comprendemos perfectamente que hacen falta templos y que hacen falta leyes, instrumentos y símbolos externos para llevar adelante una empresa de la envergadura de la Iglesia cristiana, que según su propia creencia, tiene sobre sus hombros nada menos que la expansión del reino de Dios en el mundo. Pero el autoritarismo de sus jefes, a pesar de la decantada «inspiración» de la que estaban asistidos y a pesar de la santidad que se suponía en ellos, fue exactamente igual que el de los reyes y demás «dominadores de este mundo» como los definió Cristo. Sencillamente no supieron sustraerse a las tentaciones del poder y el poder acabó convirtiéndolos en tiranos de conciencias cuando no en verdaderos tiranos temporales.

Los jerarcas, con el afán consciente o inconsciente de dominar absolutamente, sacralizaron con demasiada facilidad todos esos instrumentos y símbolos convirtiéndolos en algo esencial e imprescindible.

Prisionera de sus hábitos

Un pequeño botón de muestra lo constituyen las inútiles batallas que se libraron (y en muchas diócesis de prelados anticuados aún se siguen librando) en torno a los hábitos eclesiásticos. Primero fueron los sacerdotes y años más tarde vinieron las religiosas. A pesar del viejísimo dicho «el hábito no hace al monje», para muchos jerarcas el hábito era algo consustancial al monje y por eso prohibían terminantemente el que sus subditos se deshiciesen de él. Entre algunas religiosas «los santos hábitos» estaban totalmente empapados de esta sacralidad y sólo imaginarse que algún día podrían verse vestidas de otra manera les traía ideas de desnudez espiritual, de apostasía de la fe o de condenación eterna.

Después de escritos los párrafos anteriores nos llega la triste

noticia de que el Papa Juan Pablo II insta de nuevo a todos los religiosos a volver a sus hábitos y sotanas tras las deserciones masivas de la última década. Uno se llena de pasmo y columbra los muy difíciles tiempos que se aproximan para la Iglesia católica si a estas alturas todavía gasta energías en cosas como ésta, cuando tiene problemas mucho mayores.

Además uno se pregunta: ¿A qué hábitos estará refiriéndose el Papa? En Órdenes que ya tienen varios siglos de existencia ¿estará refiriéndose a los hábitos de hace 30 años, a los de hace un siglo o a los de hace tres siglos? ¿Cuál de ellos es inherente a la esencia de la Orden? En algunas Órdenes viejas, la tonsura era algo que distinguía al clérigo de quien no lo era; ¿qué queda hoy de aquella tonsura? Y si nos referimos a los hábitos de las monjas, ¿a cuál de los varios modelos se referirá?, puesto que más o menos (y en algunos casos drásticamente), todas las Congregaciones de religiosas han modificado en varias ocasiones su hábito.

Cuando hace ya varios años, y tratando estos mismos temas, me atreví a decir en una charla que los primeros Papas usaban minifalda, fui violentamente interpelado por uno de los asistentes que me llamó nada menos que blasfemo. Sin embargo, si conocemos un poco las costumbres romanas, sabremos de sobra que los plebeyos romanos —a cuya clase pertenecían los primeros Papas-usaban una especie de faldeta que llegaba sólo hasta medio muslo, dejando toda la pierna al descubierto. En aquellos tiempos todavía ni el Sumo Pontífice ni los Obispos se habían contagiado del virus palaciego que tan violentamente contrajeron tres siglos más tarde cuando el cristianismo por mandato de Teodosio se hizo la religión oficial del Estado. Entonces se estiraron las vestiduras para equipararlas a las de los nobles, se coronaron las cabezas (que representaban a uno que no tenía donde reclinar la suya) y se las coronó de oro (cuando el fundador se había coronado únicamente de espinas) y aparecieron los bordados y las botonaduras gloriosas sin parar ya hasta caer en ridiculeces tan absurdas como las inmensas colas que los cardenales llevaban tan pomposamente hasta hace sólo muy pocos años.

Hoy día ya vemos claramente que todas aquellas vanidades no pertenecían a la esencia del cristianismo. ¿Por qué los jerarcas

no tienen un elemental sentido común para caer en la cuenta de que muchos de los actuales signos y símbolos externos (aparte de ser no pocos de ellos fruto de la vanidad) ya hoy no significan nada, son una barrera psicológica más y hasta dificultan en muchas ocasiones el trabajo y los movimientos?

Piénsese si no, en las «tocas» de las beneméritas Hermanas de la Caridad, que tan estupendo trabajo realizan en la Iglesia, y que para muchos de nosotros tan mezcladas están con las imágenes borrosas que nos quedan de la infancia. Lo que hace siglo y medio era señal de elegancia (y de veleidad femenina), hoy ya a todas luces es un enorme estorbo cuando se está en mediode una multitud y una dificultad insoluble a la hora de entrar por la puerta estrecha de un autobús. Pues bien, esa veleidad y ese estorbo, hasta hace muy poco, en virtud de una cerrazón de mente increíble y en virtud de una gran miopía teológica, fue considerado por algún fanático con autoridad, como «muy importante» para las religiosas de esa Congregación. Cuando algunas de ellas usando su sentido común, se rebelaron contra la obligación de llevar perennemente sobre la cabeza semejante adefesio, tuvieron muy serios problemas y en bastantes casos no pudieron seguir en la Congregación. Es decir, que los restos de una veleidad que fue moda en otro tiempo, tenían más importancia que el sacrificio que supone la entrega de una vida al servicio del prójimo.

(Y dejo aquí de lado «detalles» vividos por mí como son, por ejemplo, la obligación de usar sotana en los partidos de fútbol que en los años de formación se nos permitía jugar. ¡Y esta obligación era nada menos que bajo el candente sol tropical de La Habana! Sin embargo, me considero afortunado ya que religiosos más viejos que yo no tuvieron la misma suerte y para ellos, desahogarse jugando al fútbol era completamente prohibido y considerado como una frivolidad mundana.)

Prisionera de sus tradiciones

Todo esto son sólo síntomas de lo que queremos hacer resaltar en este capítulo, es decir, de cómo los dos mil años de historia de la Iglesia le pesan enormemente sobre sus espaldas, y hace fal-

ta mucha visión, mucho optimismo y hasta mucha fe en la idea fundamental de Cristo para no dejar que este peso la aplaste.

Los Lefevres son la culminación de este espíritu. Con una miopía increíble dejan de lado la verdadera esencia del cristianismo y montan una asonada eclesiástica por cosas tan «sagradas» como el latín, la flexión de las rodillas a la hora de comulgar, los capisayos ceremoniales, la parafernalia litúrgica, etc.

Una de las cosas importantes del movimiento de Mons. Lefevre es la «vuelta a la liturgia de San Pío V». Lógicamente uno piensa que si es cuestión de volver atrás ¿por qué hemos de quedarnos en San Pío V y no seguir hasta San Pío I que estaba aún más atrás en la historia?

A Mons. Lefevre le pasa lo que en general le ha pasado al magisterio de la Iglesia: Llevado de un sentimentalismo exagerado, confunde lo viejo o lo tradicional con lo auténtico y con lo esencial, paralizando con esta filosofía infantiUel inevitable avance, crecimiento y evolución que tiene necesariamente que haber en todo lo que tiene vida. En el caso de Mons. Lefevre es claramente un sentimiento personal, una añoranza de la liturgia que él vivió en su niñez; pero no se da cuenta de que hace diez siglos la liturgia que los niños y los adultos cristianos vivieron era bastante diferente de la que San Pío V implantó en el siglo XVI, cuando ya la Iglesia tenía más de 1.500 años y ya había habido por lo menos tres grandes reformas litúrgicas. En el caso de Mons. Lefevre, como tantas veces habrá ocurrido en la historia de la Iglesia, la honda razón de los impulsos reformatorios no hay que buscarla en la teología ni en la natural evolución, sino en sicopatías más o menos manifiestas.

Si un sacerdote por fidelidad a la tradición se vistiese exactamente como se vestía Cristo, con su túnica y su pelo largo y con sus bigotes y barbas, no tendría muy buena acogida en nuestra sociedad burguesa en donde tales modos se identifican con hipis y fanáticos propulsores de nuevas sectas.

En otra parte *(Mi Iglesia Duerme)* en la que toqué este mismo tema un poco más detenidamente, recordaba alguna época de la Iglesia en la que un Sumo Pontífice recriminaba al clero el afán de vestirse de una manera diferente del pueblo para distin-

guirse de él. Hoy, después de muchos siglos, el Sumo Pontífice, creyendo que con eso defiende el verdadero espíritu de la Iglesia, le aconseja al clero todo lo contrario. Una prueba más del incesante evolucionar del espíritu humano: la misma buena voluntad que hace unos cuantos siglos tenía el Papa Celestino, tiene en la actualidad Juan Pablo II; y queriendo los dos preservar el verdadero espíritu de la Iglesia entre el clero, le mandan cosas diame-tralmente opuestas. ¡Qué bien le vendría a mucha gente mirar el mundo y la vida con ojos panorámicos, sin dejarse aturdir por las circunstancias presentes, limitadas y pasajeras!

Celibato sacerdotal

En páginas anteriores he tratado de pasada el tema del celibato eclesiástico dentro de la iglesia católica. En la actualidad, digan lo que digan las autoridades, éste es un factor que ayuda todavía más a la llamada «escasez de vocaciones». Pongo «escasez de vocaciones» entre comillas porque no admito la doctrina que los teólogos han ido desarrollando a lo largo de los siglos acerca de la «vocación», considerándola como un llamamiento específico de Dios y vinculando bastante estrechamente la «salvación» a la manera cómo se secunda este llamamiento.

Según esta teoría, yo, sacerdote católico, debería haber sentido de alguna manera este «llamamiento» y tengo que confesarles a mis lectores que nunca sentí nada extraño dentro de mí que me impulsase a decidirme al sacerdocio. Me decidí porque, después de pensarlo bastante, vi que mi dedicación al sacerdocio sería una manera muy digna de emplear mi vida. Con toda modestia tengo que reconocer que fue un acto muy generoso y desinteresado de mi parte. Seguramente que los teólogos argumentarán que el hecho de que yo me decidiese a entrar libremente en el noviciado de los jesuítas es una prueba de que el Espíritu Santo estaba trabajando en mí aun sin yo saberlo. Puede ser, pero lo dudo mucho. Y en caso de que fuese así, cabría la posibilidad de cuestionar esta manera subrepticia de actuar el Espíritu Santo, doblegando de una manera muy sutil la voluntad humana (supuestamente libre)

y forzándola en fin de cuentas a hacer lo que de antemano le habían prefijado.

Como decía, la draconiana condición del celibato, empeora todavía más el problema de la escasez de sacerdotes. Pues he aquí que la Santa Sede, sacralizando una vez más algo que no es sagrado y que no tiene necesariamente que ver con el ministerio de la expansión del reino de Dios, obliga a la Autocastración (en palabras de Cristo) a todos aquellos que quieran hacerse sacerdotes. No basta que estén dispuestos a dedicar sus vidas enteramente al ministerio; da la impresión de que esto tiene menos valor y le interesa menos a las autoridades eclesiásticas que la práctica de la castidad total. Volvemos a lo ya apuntado en páginas anteriores; la Iglesia no acaba de ver con buenos ojos el uso del sexo. O si no, ¿por qué esta exigencia que hoy es ya a todas luces suicida para la Iglesia? ¿Qué hay de malo en el uso ordenado y racional de un órgano con el que el mismo Dios ha dotado a todo ser humano que viene a este mundo? La Iglesia aun sin decirlo, piensa secretamente que algo de malo tiene que haber en ello cuando siéndole tan fácil suprimir esa condición (y reconociendo por otra parte que teológicamente no hay inconveniente en hacerlo), se empeña en conservarla cuando ve que el número de sacerdotes decrece a una velocidad vertiginosa.

Los argumentos en contra de esta medida son tantos y de tal peso que a uno irremediablemente le vienen fuertes tentaciones contra la capacidad de los líderes del catolicismo.

De aquí puede deducir el lector el peso enorme de las «sagradas tradiciones» que santamente asfixian a un cristianismo que no necesitaba de ellas para sentirse ya agobiado por muchos otros males aún más graves. Si los apóstoles escogidos por Cristo eran casados (y casados siguieron después de su elección) ¿qué mal puede haber ahora en que se permita la ordenación de laicos casados cuando vemos que los sacerdotes célibes están desapareciendo muy rápidamente? Si los sacerdotes que siguieron a los apóstoles, por un buen tiempo fueron también casados en su mayor parte, ¿por qué hoy, en circunstancias difíciles no se imita el proceder de la primitiva Iglesia? Si en toda la iglesia ortodoxa con muchos millones de fieles (y con la que el Vaticano está aho-

ra tratando de reunificarse) no se exige esta condición a los sacerdotes y se les da oportunidad de casarse antes de la ordenación, ¿por qué nosotros vamos a ser más puristas que ellos, cuando por otra parte se reconoce que su sacerdocio es tan válido como el nuestro? -

Realmente uno no acaba de entender la «teología pastoral» que manejan las altas jerarquías del catolicismo.

En la falta de sacerdotes pasa algo por el estilo de lo que vimos a propósito de la superpoblación del planeta. La Iglesia, por motivos «religiosos» no quiere poner los medios eficaces para limitar la natalidad y prácticamente le está pidiendo a Dios que haga el milagro gigante y sostenido de mantener a una cantidad de habitantes superior a la que puede tolerar la Tierra; es decir, una falta de previsión y de responsabilidad. De la misma manera la Iglesia, «por respeto a la tradición» (una tradición muy relativa) y por no se sabe qué otras razones (inventadas con el tiempo, porque ya vemos que en la primitiva Iglesia no era así) se está quedando sin sacerdotes, sobre los que había hecho recaer todo el peso de la evangelización y del mantenimiento de la llama de la fe en el pueblo.

Por otro lado vemos que por todas partes hay rogativas y esfuerzos para que aumente el número de «vocaciones»; nos sospechamos que cuando esas oraciones llegan al cielo, Dios dirá lo que de una manera genérica le dice a toda la raza humana: «usen su cabeza que para eso se la di. ¿No se les hacía demasiado incómoda la misa únicamente en domingo y Uds. mismos legislaron que valía la que se oyese en sábado? ¿No rebajaron las condiciones del ayuno eucarístico para facilitar la comunión? ¿No permitieron Uds. mismos que los laicos comulgasen bajo las dos especies cuando hacía siglos que no se permitía tal cosa? ¿No permitieron las misas en lengua vernácula cuando antes ni se permitía traducir a la lengua vernácula la Biblia? Si se han atrevido —con muy buen juicio— a hacer todas esas reformas que no atentan contra la esencia de la Iglesia, atrévanse a hacer la reforma del celibato sacerdotal, porque si no la hacen estarán atentando contra la pervivencia de la Iglesia».

Naturalmente yo no soy quién para imponerle pautas a Dios,

pero sí soy quién para usar mi cabeza y decirles a las altas jerarquías lo que hoy se dice todo el pueblo de Dios.

Y todavía podríamos descubrir un nuevo paralelo entre el tema de la escasez de sacerdotes y el tema del control de la natalidad. En este último, lo que la Iglesia dice de «abstenerse los días fértiles» es tan irreal como mandarle a un sacerdote joven guardar castidad total —«como la de los ángeles»— en este mundo moderno.

Tan absurdo y «contra natura» es pedirle a una pareja que se ama y que duermen el uno al lado del otro, que «se abstengan» prácticamente durante 15 días cada mes, como pedirle una castidad angélica a un sacerdote que tiene un trato muy frecuente con mujeres de todas las edades y de todas las condiciones y al que por otra parte le es absolutamente imposible (si quiere ser un verdadero apóstol) «guardar los sentidos», tal como hacían los antiguos monjes, y mantenerse «alejado del mundo» ya que éste lo acechará en todas las esquinas, en todos los espectáculos, en las revistas más serias y hasta se le meterá en la sagrada intimidad de su casa a través de la televisión. En ambas cosas la Iglesia está «desvariando», es decir, pidiendo cosas irreales que no tienen sentido en estos tiempos. (Yo no digo que no haya personas capaces de guardar esta «castidad de ángel»; pero pedirle semejante cosa *indiscriminadamente a todos* aquellos que quieren dedicar su vida al servicio de Dios, es pedir demasiado y desconocer la naturaleza humana. Lo lógico será que haya muchas deficiencias).

Ordenación de mujeres

Todavía otro ejemplo en que el cristianismo es prisionero de sí mismo, es decir, de las ataduras que él mismo se ha ido echando al cuello con el paso de los siglos: me refiero a la ordenación de mujeres.

Este tema probablemente irá ganando fuerza en los años futuros hasta convertirse en otro problema más, parecido al problema del divorcio o del aborto que ahora están planteados. Que no es «una osadía más de las feministas» -tal como ligeramente ha dicho algún Sr. Obispo-, lo demuestra el hecho de que nada

menos que la Presidenta de una gran Organización de religiosas en los Estados Unidos se atrevió a decírselo públicamente al Papa en momentos en que hacía falta mucha valentía para expresarse de tal manera. Ello fue un índice de que el deseo de la ordenación de las mujeres no es una idea loca y semiutópica nacida en la mente de alguna activista del movimiento feminista, sino que es algo que ya ha calado muy hondo en la conciencia de muchas mujeres tan radicalmente cristianas como para haber entregado su vida al servicio de Cristo.

Es cierto que en la cuestión de la ordenación de las mujeres no se puede traer el argumento histórico que se aduce en el caso del celibato sacerdotal (el de que los apóstoles eran casados) y que yo sepa, no hay ejemplo alguno en dos mil años de historia de que la Iglesia haya ordenado a una mujer, como no sea las muy escasas y controvertidas ordenaciones llevadas a cabo recientemente en alguna denominación protestante.

Pero de nuevo nos encontramos con la losa de la «santa tradición» pesando opresivamente sobre las mentes de los jerarcas. Otras instituciones sociales, con tradiciones milenarias, las han roto recientemente para amoldarse a las necesidades de estos tiempos y para hacer justicia al discrimen que tradicionalmente los varones hemos cometido con las mujeres en multitud de cosas (resto de las leyes de las cavernas, basadas exclusivamente en la fuerza bruta). En los ejércitos de las naciones más avanzadas, que nunca habían permitido el ingreso de las féminas a la mayoría de los diversos cuerpos, en la actualidad se permite la entrada libre a las mujeres con tal de que éstas pasen las pruebas y exámenes de rigor. Éste y otros ejemplos por el estilo, nos demuestran que las sociedades humanas, cuando se rigen racionalmente por principios basados en la lógica, se modernizan constantemente si es que quieren seguir sobreviviendo y aun a costa de tener que cambiar cosas que años atrás no se podía pensar que pudiesen ser cambiadas.

Naturalmente los teólogos nos dirán de nuevo que son casos muy diferentes; que la Iglesia no es una sociedad puramente humana y que tiene que atenerse a las «leyes de Dios» y a su voluntad, según lo que leemos en el Nuevo Testamento: «Hay

que obedecer a Dios antes que a los hombres». Ya hemos contestado a esta genérica objeción que los teólogos (y toda suerte de fanáticos) usan a diestro y siniestro. Y nuestra contestación —y más en este caso concreto de la prohibición de la ordenación de mujeres- es: demuestren que ésta es una ley de Dios y no una consecuencia más del machismo. En otros casos tendremos que defendernos de citas bíblicas (contra las que no tenemos dificultad ninguna en defendernos) pero en este caso específico, ni citas bíblicas tienen los teólogos para lanzarnos, como no sea el famoso texto «mulieres taceant in ecclesia» (las mujeres que se callen en la iglesia); pero esto no es un texto inspirado sino un simple exabrupto paulino que como es sabido, no era precisamente un admirador del bello sexo.

La Iglesia que tan drástica fue para suprimir de raíz costumbres y ritos paganos acabando en muchos casos con culturas enteras, cae aquí en la trampa de perpetuar inconscientemente una malsana tradición archipagana antifeminista. Y aun en esas culturas en las que la mujer era relegada siempre a un segundo plano, vemos que con no poca frecuencia y casi como cosa normal, ocupaban cargos altos y hasta supremos en la jerarquía sacerdotal. En las religiones animistas africanas, con mucha frecuencia quien dirige el culto es una mujer y personalmente puedo atestiguar la gran impresión que me produjo la majestuosa figura de una «mambó» en trance, mientras dirigía el culto a la luz de la luna.

Por supuesto que «ejemplitos» como éste no harán mella ninguna en los sesudos teólogos acostumbrados como están a manejar los tomazos del «Migne» para escudriñar las reconditeces patrísticas. Pero no importa; nosotros seguiremos usando nuestra cabeza, que nos guiará mucho más seguramente a través de los laberintos de la vida que las plúmbeas sentencias del Crisóstomo que los tiquismiquis de la escolástica y hasta que las atrocidades del Pentateuco.

Una vez que la Igleisa no puede probar que la ordenación de las mujeres va contra la «voluntad de Dios», ¿por qué no accede a su ordenación, cuando, por otra parte, es claro que sería de una ayuda inmensa en la actual escasez que hay de sacerdotes? ¿No

tenemos en la sociedad excelentes médicas, abogadas, jueces, gobernadoras, e incluso presidentas de naciones? ¿No ha habido reinas en toda la historia de la humanidad? ¿Por qué entonces ese empecinamiento, o esa esclavitud a una tradición puramente humana?

Dejemos aquí este tema, mientras los teólogos buscan afanosas pruebas, no sé dónde, para demostrarnos que ésa es la «voluntad clara de Dios» y así cortar de raíz toda la discusión. Pero que no se olviden que si tardan mucho, los jerarcas de la Iglesia católica quedarán de manifiesto ante la sociedad como el último reducto del machismo en el mundo. Con el agravante de ser un «machismo sacro».

Basta con los tres o cuatro ejemplos aducidos a lo largo de este capítulo para caer en la cuenta de lo que enunciamos en su título: que el paso de los siglos con el consecuente cambio del entorno vital en que la humanidad se desenvuelve, ha hecho que las normas que en otro tiempo sirvieron para que la Iglesia creciese y se fortaleciese, se hayan convertido en la actualidad en una camisa de fuerza que la estrangula.

Si los teólogos y los supremos jerarcas no hubiesen dogmatizado tanto, diciendo que eran «verdades inmutables», etc., podrían en la actualidad cambiar muchas cosas para ponerse más a tono con las necesidades de los tiempos y con la psicología del hombre actual. Pero después de haberse pasado siglos diciendo una cosa, se ven imposibilitados de decir lo contrario so pena de perder su credibilidad ante el pueblo fiel.

Y note el lector que los ejemplos a que nos hemos reducido en este capítulo (hábitos eclesiásticos, control de la natalidad, celibato sacerdotal, ordenación de mujeres) son cosas totalmente secundarias dentro de las creencias de la Iglesia. Si en estas cosas secundarias la vemos tan esclerotizada y tan incapaz de «aggio-narse», ¿qué podríamos decir de las creencias profundas en las que la Iglesia ha sido mucho más dogmática y rígida y en las que en la actualidad ni siquiera se le ve el deseo disimulado de cambiar (tal como sucede con el divorcio, por ejemplo) y por el contrario, lanza encíclicas y documentos en los que se reafirma en sus posiciones?

CAPITULO VI

La Biblia
¿Palabra de Dios o inventos de los hombres?

En la teología cristiana y especialmente en la católica hay dos pilares: la Tradición y la Biblia. Hasta ahora hemos fijado más bien nuestra atención en las grietas que se abrían en la tradición y en la manera específica cómo la Iglesia ha vivido y encarnado sus creencias en la historia y en la vida concreta de los hombres.

En este capítulo nos asomaremos muy someramente a las grietas que se pueden observar en la otra columna que es la biblia. La literatura sobre este tema es abundantísima y más bien se puede decir que es abrumadora; aunque por otro lado, no es nada fácil de asimilar, está en su mayor parte en otros idiomas y escrita en un lenguaje muy técnico y prolijo que resulta pesado y difícil de comprender. Además cada uno de los grandes conocedores de la biblia (exegetas, lingüistas, hermeneutas y escrituristas de todas las especialidades) trata de arrimar la brasa a su sardina, es decir, presenta las cosas conforme a sus prejuicios o a sus creencias; lo que para un Doctor en Sagrada Escritura es claro, para otro es bastante oscuro y lo que para algunos es evidente para otros es un disparate, cuando no una herejía.

El lector hispanoparlante tiene más o menos una idea simple de la biblia, tal como le enseñaron en su familia o en los años de colegio; pero los problemas que hay en torno a su composición, autores, estilos, fuentes, épocas de redacción, manuscritos, interpolaciones, canon, apócrifos o pseudoepígrafes, inerrancia, traducciones, revisiones, etc., es algo que supera con mucho los conocimientos de los devotos de todas las sectas cristianas que

con todo fervor citan la biblia para corroborar las propias creencias. No en vano la especialidad de Sagrada Escritura es la más difícil de obtener entre todas las ciencias eclesiásticas.

Por eso, ante la tarea de darle al lector una idea sucinta de todos estos problemas, uno se encuentra perplejo por dónde empezar y cuáles de ellos abordar porque es absolutamente imposible tocarlos todos so pena de restarle espacio a los argumentos principales en los que quiero basar la tesis de este libro. En otra parte (el libro *Visionarios, místicos y contactos extrate-rrestres.* Daimon) he tratado ya este tema aunque tampoco con toda la profundidad que se merece.

La iglesia cristiana cree que la biblia es indudablemente la palabra de Dios. Algo en lo que —cosa rara— católicos, protestantes y ortodoxos están de acuerdo, aunque, como no podía ser menos, tengan sus discrepancias en cuanto a esta creencia. Su idea fundamental en torno a la biblia es que Dios reveló su voluntad con relación al mundo valiéndose de hombres a los que de una manera u otra inspiró para que la pusiesen por escrito. De todas estas revelaciones o comunicaciones nació lo que hoy llamamos Sagrada Biblia.

Yo por mucho tiempo pensé también así, pero hoy, después de haberle dado muchas vueltas a todo el problema y después de haberlo estudiado desde dentro y desde otros muchos puntos de vista, estoy completamente seguro de que no es así. Si sólo hubiese dos o tres razones, aunque fuesen de peso, no me decidiría a cambiar una creencia que tan enraizada estaba en mí; pero las razones para defender mi nuevo punto de vista *son abrumadoras,* si uno las analiza libre de prejuicios y libre del «terror sacro» que a tanta gente le impide pensar con libertad sobre todos estos temas.

Aunque más bien procuraré profundizar en la filosofía y en la lógica que hay detrás de todo un Dios revelándole poco a poco su voluntad a un grupo exiguo de hombres perdidos en la larguísima historia de la humanidad, trataré de pasada (porque entrar a fondo en ello nos llevaría muchas páginas) varias de las cosas extrañas que uno encuentra cuando se enfrenta desapasionada y seriamente con los escritos bíblicos. .

Autores

Lo primero que uno pregunta es cuándo y por quién fue escrita. Y aquí mismo comienzan las discrepancias de todo tipo. No olvidemos que la palabra «biblia» viene de un plural griego (ta biblia = los libros) que fueron escritos en épocas muy diferentes y, por lo tanto, es lógico que nos encontremos con muchos autores diferentes. Si acerca del autor o autores del Apocalipsis (o Revelación como lo llaman los protestantes) hay dudas —a pesar de que está mucho más cerca de nosotros en el tiempo y en la cantidad de documentos conservados desde esa época—, imagine el lector las dudas que habrá acerca del autor o autores de los primeros de libros de la biblia que fueron escritos más de mil años antes de Cristo y que tratan no sólo de hechos acaecidos hace unos 4.000 años (toda la historia de Abraham) sino de épocas muchísimo más remotas en el tiempo como son los relatos de los patriarcas, las historias acerca de los gigantes y su relación con los «hijos de Dios» y hasta de los orígenes del mundo cuando la creación.

En la «historia sagrada» que aprendimos en nuestra infancia y aun después en los estudios del seminario, no había duda acerca de que Moisés hubiese sido el autor de todo el Pentateuco (los 5 primeros libros de la biblia) pero en cuanto uno se asoma un poco a los grandes estudios que sobre esto se han hecho (por autores en su mayoría protestantes), se echa de ver en seguida que la cosa dista muchísimo de ser tan simple y estar tan clara. Más bien nos hablan de dos o tres «fuentes» que poco a poco se fueron fundiendo hasta convertirse en el texto unificado que tenemos en la actualidad. Estas fuentes diversas se echan de ver en muchas ocasiones para los entendidos y en varias para los profanos, sobre todo cuando nos encontramos con repeticiones de temas ya narrados o variantes de los mismos hechos.

Sin embargo, el problema de quién haya $ido el autor tiene poca importancia ya que lo que interesa es el contenido de la biblia, pues según la teología cristiana el autor en último término es Dios.

Más importancia tiene el problema de las copias y recensiones, de las interpolaciones y de las traducciones ya que ello afecta directamente al contenido de la biblia pudiendo cambiarlo, dándonos por consiguiente un mensaje no auténtico. El lector cuando tiene una biblia en sus manos tiene que pensar que lo que está leyendo es la traducción de una traducción de otra traducción; y el que sabe lo difícil que es el arte de traducir sabrá lo que esto significa.

Cuando el cristiano piadoso lee en las primeras páginas de su biblia «Traducción hecha a partir de las lenguas originales» no deberá tomarlo demasiado a la letra ya que:

1.no se conserva ningún original de absolutamente ninguno de los libros que componen la biblia;

2. cualquier traducción está hecha de copias que ya habían sido traducidas y recopiadas muchas veces cuando sirvieron de «original» para las traducciones que poseemos, y

3. el conocimiento de las «lenguas originales» que han tenido la mayoría de los traductores ha sido casi siempre muy poco pro fundo.

Cuando uno piensa que de algunos pasajes de la biblia se pueden hacer dos versiones completamente diferentes no sólo en las palabras sino en el significado (dependiendo de cuáles sean los manuscritos que se usen de original) y cuando uno sabe que existen más de cien mil variantes del texto bíblico, uno no puede menos de sonreírse cuando ve el énfasis que algunos predicadores —llenos de buena voluntad— hacen en tal o cual verbo o adjetivo *usado por Cristo* o por cualquier profeta. En realidad no tienen derecho ninguno a hacer tal cosa una vez que sabemos los enormes abismos que median entre lo que fue exactamente la palabra o el significado original y lo que tenemos escrito en nuestras biblias actuales, en un idioma completamente diferente del original.

Para que el lector menos versado en estas cosas vea que no estoy exagerando, le pondré un solo ejemplo del largo y difícil camino que el texto que tiene en su biblia ha tenido que recorrer

desde el original (escrito en un pellejo en toscas letras a mano), hasta las nítidas líneas impresas a máquina y perfectamente idénticas en miles de ejemplares.

Por mucho tiempo el texto de la mayor parte del Antiguo Testamento estuvo escrito en pergaminos en los que no había separación entre capítulos, ni entre párrafos, ni entre palabras. Era todo un mazacote ininteligible de letras mayúsculas. Y lo más grave de todo: las letras eran todas consonantes, porque los escritos hebreos no tenían vocales; sencillamente había que irlas adivinando. Imagine el lector que su biblia actual estuviese escrita así: NLPRNCPCRDSLCLLTR.

Para el que sabe cómo comienza la biblia, no resulta muy difícil intercalar las vocales apropiadas y caer en la cuenta de que ese mazacote de consonantes puede ser leído así: ENELPRINCIPIOCREODIOSELCIELOYLATIERRA. Pero el que se enfrenta con todas esas letras por primera vez, puede con el mismo derecho leerlo así: NIELPRINCIPECUERDOSELUCEA-LAALTURA... o de cualquier otra manera que él se imagine. Y este estado de cosas duró bastantes siglos.

Esta ha sido precisamente la causa de la diferencia en los dos nombres que en la actualidad se le dan a Dios en las diversas biblias. Ciertos sectores protestantes más conservadores y los Testigos de Xehová -entre otros- tienen como algo sagrado el nombre de Jehová, mientras que para otras denominaciones protestantes más cultas y para los católicos, este nombre es un positivo error y en vez de él usan el de Yahvéh (simplificado en Yavé o Javé).

La razón de esta diferencia (que para los fanatizados «jehovis-tas» tiene una enorme importancia) es precisamente lo que estamos diciendo. Por carecer de vocales los códices antiguos hebreos y por no pronunciar jamás el nombre sagrado de Dios (Yahvéh) pronunciando en su lugar el nombre de Edonay (que significa Señor), con el paso de los años el pueblo hebreo se fue olvidando de las vocales que había que colocar entre las consonantes J (o Y)HVH y terminó por no saber cómo se pronunciaba el nombre de Dios.

Cuando hacia el año 600 los rabinos le pusieron las vocales

Letras Hebreas de Yahweh

correspondientes a todo el texto bíblico del Antiguo Testamento, en vez de intercalar las vocales originales A E, intercalaron las vocales de la palabra que venían pronunciado hacía siglos, es decir, las vocales EOA de Edonay, resultando de ello la palabra Yehovah o Jehova; y así se siguió haciendo durante mucho tiempo, hasta que en el siglo pasado los escrituristas más famosos —protestantes, católicos y judíos— se pusieron de acuerdo en que el nombre «Jehová» era un error. Pero la ciencia llegó tarde porque ya para entonces muchos videntes e iluminados habían tenido apariciones e inspiraciones en las que «el mismo Dios les había hablado de la sacralidad del nombre de Jehová».

Si esto ha pasado con una de las palabras más importantes de la biblia, imagine el lector lo que tiene que haber pasado con miles de otros pasajes menos importantes.

Por su parte las traducciones griegas y latinas más antiguas tenían sus vocales correspondientes, pero los códices estaban escritos sin separación entre las palabras y sin signos ortográficos, lo cual era fuente de muchos errores a la hora de interpretar el texto. El clásico ejemplo «RESUCITONOESTAAQUI» puede ser interpretado: ¡RESUCITÓ!; ¡NO ESTÁ AQUÍ!, o también: ¿RESUCITO? ¡NO!; ¡ESTÁ AQUÍ!, etc.

Éstas son sólo algunas de las muchas razones para las más de cien mil variantes de que hablábamos anteriormente.

Porque hay más razones, derivadas fundamentalmente del propio lenguaje antiguo y ya perdido que se usó en muchos de los textos y debidas también a los naturales errores de los copistas que por horas y horas cumplían la tediosa tarea de reproducir a mano viejos y enrevesados manuscritos. En algunas ocasiones bastó que se hubiesen olvidado de poner un punto encima o abajo de la consonante o que lo hubiesen puesto abajo en vez de ponerlo arriba —error facilísimo de cometer- para que la palabra o el párrafo entero cambiasen por completo de sentido en el códice hebreo.

Le pondré al lector otro ejemplo clásico: la tan repetida frase de Cristo de que «es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico se salve». No podemos tener duda alguna de que la frase sea auténtica de Cristo porque la vemos repetida en los tres sinópticos (Mat. 19, 24; Marc. 10, 25 y Luc. 18, 25). Pero ¿qué fue lo que en realidad quiso decir Cristo? Porque resulta que la palabra aramea que se usó en el original para designar al camello también significa cuerda o soga y significa además viga. Lógica o literariamente parece que hace más sentido el decir «es más fácil que una cuerda pase por el ojo de una aguja» que la enorme exageración que leemos en los evangelios. Pero nos quedamos con la duda de si Cristo quiso intencionalmente cometer esa exageración.

Y nuestra duda se acrecentará aún más, cuando los lingüistas entendidos nos dicen que la palabra griega (que ya era una traducción del arameo) de la cual se tradujo la palabra «aguja», puede también significar una puerta muy estrecha -una especie de burladero- que había en ciertos lugares en las murallas y por la

que apenas pasaba un hombre. En este caso, de nuevo cobra sentido y lógica la relación con el camello; pero entonces tendremos que olvidarnos de la hipérbole que leemos en nuestros evangelios con las tremendas implicaciones ascéticas que ella conlleva, que por siglos han atemorizado a tantas piadosas almas cristianas.

Por eso apuntaba unas líneas más arriba, que es absolutamente risible el oír a muchos predicadores —sobre todo entre los protestantes fundamentalistas- esgrimir como una espada tal o cual palabra o verbo específico, como si estuviese todavía caliente, recién salido de los labios de Dios.

Y si a esto añadimos las pasiones particulares, las conveniencias políticas del momento y toda suerte de limitaciones humanas, no tendremos que extrañarnos de las grandes diferencias que encontramos en nuestras biblias.

No tendremos que extrañarnos, por ejemplo, de la facilidad con que Lutero y otros líderes protestantes suprimieron de la biblia libros enteros (apoyados a veces en razones no exentas de peso); ni tendremos tampoco que extrañarnos de la seguridad con que muchos escrituristas nos dicen que tal párrafo ha sido interpolado o añadido, cosa en la que muy probablemente no están de acuerdo otros ilustres exegetas que tienen no menos argumentos para sostener que tal versículo es auténtico y no puede ser suprimido. Menos mal que el «simple fiel» sigue en su fiel simpleza creyendo que lo que lee en su biblia es ni más ni menos que lo que Dios dictó y no se entera de cómo se tiran los bíblicos trastos a la cabeza los especialistas de la hermenéutica sacra.

En esta última página, a pesar de haberlo hecho de una manera pasajera, he enunciado ya varios problemas muy serios en cuanto a la aceptabilidad de la biblia como palabra de Dios; pero no hemos hecho nada más que enunciarlos porque, como dijimos, ponerse a profundizar en ellos nos llevaría muy lejos. Piense el lector solamente en que dentro del judeo-cristianismo, la mitad de los fieles bíblicos hace hincapié en versículos y libros que la otra mitad rechaza como auténticos; de ahí podrá deducir las enormes y profundas dudas que hay en torno al texto mismo de la biblia, ya que sería una audacia o un pecado muy grande rechazar la palabra de Dios sólo por leves dudas; o viceversa, sería una

necedad incalificable el admitir como palabra revelada cosas que han sido inventadas por sabe Dios quién.

Libros revelados y libros no revelados

Y ésta es otra gran dificultad: De entre los libros que nos han llegado de la antigüedad, escritos por autores judíos o cristianos, ¿cuáles fueron revelados y cuáles no? Porque no vaya a creer el lector que de la antigüedad hemos recibido únicamente los que hoy tenemos en nuestra biblia. Muy lejos eso, hay toda una multitud de otros libros (algunos escritos en fechas anteriores a los que están en la biblia, por autores judíos y tenidos en gran estima por siglos) que hoy no son admitidos como revelados por la Iglesia actual.

El cristiano pensante se preguntará entonces con toda lógica qué norma se ha seguido para saber diferenciar entre unos y otros. Desgraciadamente la mayoría de los cristianos no se interesan de estas «minucias» y se limitan a creer lo que otros les dicen que hay que creer, y de esta peligrosísima e infantil actitud mental se llega a lo que en la realidad está ocurriendo: que la cristiandad está comulgando con ruedas de molino. La fe, que al decir de la misma biblia, debería ser algo racional, es en la actualidad para la mayoría de los cristianos una especie de rutina mental y más que mental, ritual. Repiten las ceremonias que vieron hacer a sus padres y conservan sus creencias pero sin investigar mucho su contenido. (Creo que muchos sospechan que dentro no hay nada, pero prefieren seguir «practicando» y «creyendo» para no buscarse problemas.)

¿Cuál fue la norma para saber qué libros habían sido inspirados y qué libros no habían sido inspirados? La norma por la que los católicos se rigen en la actualidad fue un Concilio Ecuménico, el de Trento (celebrado en dos sesiones 1545-1549 y 1552-1560) en el que se definió qué libros deberían integrar la biblia y qué libros deberían ser considerados como apócrifos o espúreos. Para los protestantes fue —por las mismas fechas— lo que dictaminó Lutero, aunque la verdad es que no fue sino hasta mediados del siglo pasado que lograron ponerse relativamente de acuerdo.

En la definición del Concilio de Trento hay cosas muy dignas de notarse. Lo primero que a uno le llena de extrañeza es la cantidad de tiempo que la Iglesia tardó en saber con certeza qué escritos eran «palabra de Dios» y qué escritos no lo eran. Uno piensa que tal cosa ya se sabía desde siempre sin ningún género de dudas ya que se supone que las autoridades eclesiásticas habrían guardado las «palabras textuales de Dios» como una cosa sagrada, libre de toda corrupción o influencias extrañas. Sin embargo no fue así, ya que únicamente tras muy largas discusiones llegaron a ponerse de acuerdo los Padres conciliares. Un acuerdo que fue únicamente «intra muros» porque hubo muchos cristianos que no aceptaron esta división y siguen sin aceptarla.

Y si nos atenemos a los judíos —que lógicamente serían los primeros y auténticos depositarios de la palabra de Dios directa, tal como la tenemos en el Pentateuco— distan aún más de aceptar el canon de libros sagrados tal como fue definido por el Concilio de Trento. Los judíos, en lo que hace al Antiguo Testamento, se supone que deben ser los mejores conocedores de él, ya que fue escrito en su lengua o lenguas originales y dictado específicamente para ellos. Pues bien, los judíos tienen una idea de la sagrada Escritura completamente diferente de la que tenemos los cristianos. Para ellos la escritura sagrada por excelencia es el Pentateuco, o como ellos dicen, La Tora (la Ley); pero al lado de ella, ponen a los profetas y todos los demás libros que nosotros tenemos en el Antiguo Testamento; y además le añaden el Talmud que es una infinidad de comentarios que los sabios hebreos fueron elaborando a lo largo de los siglos. Y si bien el pueblo judío da a estos comentarios talmúdicos una gran importancia, en el cristianismo no se les presta atención alguna y de ninguna manera se admiten como palabra de Dios, como no sean aquellas partes en que coinciden con nuestro Antiguo Testamento.

Volviendo a la fecha en que fue hecho el canon o lista oficial de los libros sagrados (alrededor de 1559) nos encontramos con que en algunos casos habían pasado más de dos mil años desde que fueron escritos y que en el resto habían pasado por lo menos mil quinientos años. Naturalmente uno tiene el derecho a preguntarse cómo la Iglesia pudo saber cuáles eran inspirados y cuáles

no de entre tantos libros, y más viendo que los hebreos piensan acerca de ello de una manera totalmente diferente.

El magisterio de la Iglesia contesta a esta duda amparándose en la infalibilidad de los Concilios Ecuménicos y con esto zanja de raíz —por lo menos en teoría— todo el problema; por más que entonces tengamos que trasladar nuestra duda a la infalibilidad de los Concilios; es decir, por qué hemos de estar tan seguros de que un Concilio es infalible. Más tarde volveremos sobre el tema de la infalibilidad, que es otra de las grandes grietas que se le han abierto a este «depósito de la fe» que San Pablo quería que fuese la Iglesia; por esta grieta se le está yendo el agua de la fe a muchos cristianos.

En el tema que estamos comentando nos encontramos con otro hecho extraño que nos pone a dudar acerca de la sabiduría con que fue hecha la «selección» de los libros sagrados, o si se quiere nos pone a dudar del Magisterio de la Iglesia y en último término de su infalibilidad. Nos encontramos con que libros que *la tradición* (y no olvidemos que *la tradición* es uno de los pilares de nuestra fe, tan importante como la misma biblia) había mantenido como libros inspirados o sagrados,, el Concilio de Trento no los incluyó entre los libros inspirados, enfrentando con esto en cierta manera a la tradición con la biblia. Y aunque haya algún teólogo que niegue que esto es así, son los mismos escrituristas cristianos los que nos han puesto en la pista de esto cuando nos dicen en sus tratados la influencia que tuvo, por ejemplo, el famoso Libro de Enoc en los primeros tiempos del cristianismo. No sólo eso, sino que en unas cuantas ocasiones vemos reflejado el pensamiento de estos libros en pasajes del Nuevo Testamento, y en algún libro tenemos citas explícitas de ellos, no estando exento de esta influencia ni el mismo Cristo. Todo esto nos prueba que estos libros —considerados apócrifos por la iglesia 1.500 años más tarde (!!)— eran *tradicionalmente* considerados palabra de Dios ya que vemos a los mismos apóstoles usándolos para dar fuerza a sus enseñanzas.

Naturalmente los escrituristas cristianos han tratado de quitarle importancia a todos estos libros apócrifos diciendo que todo son fabulaciones de visionarios de los primeros siglos de la iglesia;

pero he aquí que cuando el año 1947 aparecieron los famosos manuscritos de Qumran en el Mar Muerto, para desconsuelo de estos mismos sabios escrituristas se descubrió que algunos de estos libros «bastardos» eran mucho más antiguos de lo que los sabios habían pensado estando ya escritos los más importantes antes de que Cristo viniese al mundo y, por tanto, las inexplicables influencias que algunos de ellos habían tenido en el Nuevo Testamento y que habían sido explicadas como «interpolaciones» o añadiduras posteriores, no eran tales interpolaciones sino auténticas influencias debido a la tradición que había de que eran realmente inspirados.

La importancia de los descubrimientos de Qumran (y casi lo mismo puede decirse de los de Nag-Hammadi en Egipto, hechos poco más o menos por el mismo tiempo) está muy lejos de haber sido desentrañada hasta sus últimas consecuencias. Parece que ha habido un silencioso acuerdo entre católicos, protestantes y judíos para que los importantísimos hallazgos, no sean conocidos del pueblo porque la verdad es que echan por tierra algunas de las creencias y tradiciones mantenidas en las tres denominaciones judeo-cristianas.

Permítame el lector esta autocita de mi libro Visionarios, Místicos y Contactos extraterrestres:

> «La seguridad, inflexibilidad y firmeza con que nos enseñaron el dogma cristiano, difiere mucho de los principios inseguros, ambiguos y tan poco dogmáticos que vemos en el inicio del cristianismo. Por otro lado aquel 'orden nuevo' que, según nos dijeron, fue el cristianismo desde su mismo inicio, trayéndole al hombre una perspectiva de lo sobrenatural completamente diferente, vemos, a la luz de Qumran, que no era tan nuevo: allí nos encontramos con unas *bienaventuranzas* que son las antecesoras inmediatas de las del evangelio; en el *Manual de Disciplina* de los ese-nios encontramos también que los dos principales ritos eran la *cena sagrada* —antecesora de nuestra eucaristía— y el *bautismo,* al cual unían estrechamente la presencia del *Espíritu Santo;* parte de la teología paulina está claramente calcada en lo que leemos en el *libro de Enoc* y sobre todo en los *Testamentos de los XII Patriarcas;* y para completar el paralelo nos encontramos con un

misterioso «Maestro de Justicia» llamado también *Mesías y Cristo,* que murió martirizado un siglo antes de Jesús y que al parecer era el jefe de la secta.»

Como más arriba dije, todavía estamos muy lejos de haber llegado a las últimas consecuencias que se pueden sacar de los manuscritos del Mar Muerto, pero lo que ha ido filtrándose poco a poco, nos ha servido mucho para corroborar sospechas que habían nacido de otras consideraciones y fuentes completamente diferentes.

Algo parecido está pasando en la actualidad con los fenomenales descubrimientos arqueológicos de Ebla, en Siria, que tan mal recibidos han sido por los judíos, porque ponen en tela de juicio algunas de sus creencias más tradicionales y sagradas. En los miles de tablillas allí encontradas por los arqueólogos italianos -escritas antes de que se escribiese el Pentateuco— ya aparece una especie de Génesis en el que no falta un Yahvé, con sus correspondientes Adán y Eva, además de otros personajes bíblicos como Miguel e Ismael y hasta alguno de los antepasados de Abraham. Éstos si por una parte refuerzan en cierta manera la posición de la biblia, por otra parte nos dice que el origen «divino» de nuestra biblia no es tan claro ni tan simple como muchos creen todavía.

Variantes en los textos

Para terminar esta serie de datos bíblicos y con referencia al tema que tratamos más arriba, de las infinitas variantes e interpolaciones que existen en el texto «sagrado», cito del mismo libro unos párrafos más arriba:

> «Cuando se hizo una edición moderna del Nuevo Testamento en inglés, basada no en los originales de Etiene (que eran de 1550 y los más antiguos que hasta entonces habían podido usar los traductores ingleses) sino en el Codex Sinaíticus (del siglo IV) que se conserva en el British Museum de Londres, solamente en el Nuevo Testamento hubo que hacer unos 6.000 cambios para

corregir el texto anterior de la biblia del King James —que hasta entonces había sido la oficial de la iglesia angloparlante— y de esos 6.000 cambios alrededor de 1.500 hacían cambiar el sentido al versículo.

Seis mil cambios en cuanto a la traducción inglesa. Pero lo que la mayoría de los cristianos no saben es que en el propio Codex Sinaíticus hay.alrededor de 16.000 correcciones en el texto, y en muchísimos casos una palabra ha sido variada dos y tres veces, de acuerdo a la «inspiración» del que en aquel momento revisaba el códice, que se tomaba la libertad de cambiar palabras sencillamente porque no le gustaban»*.

j Y éstos son los «originales» que nos han servido para las traducciones que en la actualidad manejamos!

Como el lector ve, las cosas no están nada claras en lo que se refiere al texto mismo de la biblia y eso que no hemos hecho más que arañar ligeramente el tema, porque no queremos apartarnos de nuestro propósito fundamental.

Casi lo mismo se puede decir de la tan traída y llevada «inerrancia» que en otros tiempos suscitó tremendas discusiones entre los teólogos.

Inerrancia e interpretación

¿En qué consiste esa inerrancia o imposibilidad de error en H biblia? Consiste en que por haber sido inspirado el autor material del escrito por el Espíritu Santo, es imposible que cometa errores en lo que se refiere a la fe. Naturalmente que hay posiciones extremas en cuanto a esto de la inerrancia: desde los fundamenta-listas que admiten al pie de la letra todas y cada una de las cosas que se dicen en la biblia hasta los que interpretan esta inerrancia de una manera muy laxa, admitiendo que en la biblia puede haber errores materiales sin que esto afecte a la verdad funda-

---

* El año 1982 se publicó en Estados Unidos una nueva traducción de la biblia al inglés, a partir de originales árameos y hebreos. Su autor George Lamsa —un nativo de los lugares donde se desarrolló la acción bíblica— una vez más nos dice que en su traducción se ha apartado unas doce mil veces de las versiones corrientes inglesas.

mental referente a nuestra fe que está encerrada en el conjunto de los libros sagrados. Estos modernos y liberales eruditos bíblicos, sin género de dudas que en otros tiempos hubiesen sido llevados a la hoguera como herejes y blasfemos, pues otros pasaron por ese trance a pesar de que defendían posiciones bastante más conservadoras. (Fray Luis de León estuvo cuatro años preso en Valladolid por difundir la biblia en castellano y Tyndall fue quemado en la hoguera en Bélgica únicamente por traducirla al inglés).

La tendencia a seguir la biblia al pie de la letra ha sido mucho mayor en el protestantismo en donde algunas sectas llegaron a convertir a sus subditos en verdaderos adoradores fanáticos del libro sagrado. Todavía hoy quedan algunos, pero por supuesto al fervor bíblico, aunque todavía es grande entre ellos, no es tan obcecado como en tiempos pasados.

Pero no sólo hay que buscar entre los protestantes a los mayores defensores de la tendencia rigorista sino que ellos fueron también los pioneros en cuanto a la interpretación liberal y los mayores desmitificadores de las Sagradas Escrituras; porque hay que reconocer que en cuanto a exégesis bíblica, en el protestantismo se le ha prestado más atención que entre los católicos; se ha estudiado más desapasionada y científicamente sin tener ideas preconcebidas y llegando hasta las últimas conclusiones a donde han llevado los hallazgos y los razonamientos. Los católicos, en cuanto a orígenes, autores e interpretación, hasta hace poco tiempo daban la impresión de que no tenían nada que investigar porque ya lo sabían todo infaliblemente; a ello ayudó el Magisterio de la Iglesia que hasta Pío XII se mostró completamente inflexible en este particular. (El que quiera convencerse, que lea las encíclicas «ProvidentissimusDeus»deLeón XIII (1893). «Spiritus Paracli-tus» de Benedicto XV (1920), «Divino afilante Spiritu» de Pío XII (1943) y la «Humani Generis» (1950) también de Pío XII.)

Recuérdese si no, la autoridad de que fue investida la famosa «vulgata», es decir, la traducción hecha al latín por San Jerónimo. Hoy día esta traducción, según los descubrimientos modernos de los escrituristas, tiene infinidad de incorrecciones y en bastantes casos positivos errores de traducción; sin embargo, duran-

te muchos siglos la iglesia cristiana de occidente la consideró como la traducción oficial, no permitiendo que se usase otra y hasta hubo autores y jerarcas que pretendían que San Jerónimo había tenido una asistencia especial del cielo para su trabajo, confiriéndole una especie de inspiración de segunda categoría. ¡ Cómo obnubila la mente el fanatismo!

Como me he extendido demasiado en estas consideraciones superficiales acerca de las cosas extrañas que nos salen al paso en seguida que nos enfrentamos con el problema de la biblia, pasaré a lo que unas cuantas páginas más atrás dije que me interesaba más en todo el asunto de la «palabra de Dios revelada».

Decía en párrafos anteriores que lo que más me interesaba era «profundizar en la filosofía y en la lógica que hay detrás de todo un Dios revelándole poco a poco su voluntad a un grupo exiguo de hombres perdidos en la larguísima historia de la humanidad».

Considerando todo el hecho de *la revelación* de una manera panorámica, nos encontramos con una multitud de cosas que no tienen sentido y están contra toda lógica. Y antes de entrar a hacer consideración ninguna y anticipándonos a las objeciones de los teólogos, diremos que no vale el argumento de que Dios tiene su lógica y que los hombres no podemos imponerle pautas a Dios en sus acciones. No vale ese argumento porque si Dios después de habernos dado una mente que funciona de una manera determinada, cambia las reglas del juego sin avisar y actúa de una manera diferente (usando otra lógica u otra filosofía) el hombre no sabrá a qué atenerse y lógicamente tendrá que preguntarse en seguida para qué Dios le dio una inteligencia que no sirve en sus relaciones con Él. Y esto es precisamente lo que le pasa al hombre moderno cuando se enfrenta al problema de *la revelación:* no entiende la manera de actuar de Dios. Que el hombre no entienda a Dios, lo vemos lógico pero lo que pasa es que el hombre no sólo no entiende la manera de actuar de Dios, sino que la manera de actuar de Dios en todo lo referente a la revelación (lo mismo que más tarde veremos en *la redención)* le parece bastante absurda y falta de sentido y en cierta manera repugnante a la manera de ser humana.

Otra dificultad que previamente queremos solucionar es que se nos puede decir que según esto, todos nuestros antepasados y todas las grandes mentes que se han enfrentado a este problema y no lo han hallado tan absurdo o falto de lógica, eran unos tontos, faltos de inteligencia, cosa que evidentemente no se puede admitir.

Admito por supuesto que nosotros no somos más inteligentes que los antiguos pero lo que pasa es que hoy sabemos muchas otras cosas que ellos no sabían. Hoy los medios de comunicación nos han abierto los ojos a mil realidades que suceden en otras partes del mundo que en otras épocas eran completamente desconocidas para nuestros antepasados; hoy las ciencias físicas nos han hecho profundizar enormemente en el conocimiento de la materia asomándonos a unos panoramos cósmicos, electrónicos o subatómicos, que para el que los mira con ojos trascendentes tienen dimensiones «divinas» totalmente desconocidas para nuestros antepasados; hoy conocemos con una precisión como nunca antes, cuáles son las creencias religiosas por las que todos ios hombres y razas del planeta tratan de comunicarse con eso que llamamos «Dios» y vamos profundizando cada día más en el mecanismo sicológico que subyace debajo de todo ello; hoy día tenemos conocimiento —gracias a la parasicología y más aún a la paranormalogía— de muchos hechos extraños que nos ponen en la pista hacia un «más allá» que no es precisamente el «más allá» absoluto de que nos hablan las religiones, sino un «más allá» relativo, que nuestros antepasados confundían por completo con el más allá absoluto y último.

Por estas razones y por otras cosas, creo que hoy, a las puertas del año dos mil, estamos más preparados que nuestros antepasados para enjuiciar no sólo el problema de la *revelación* sino el problema religioso en toda su amplitud y profundidad. Además estas mismas ideas que yo estoy exponiendo aquí, han sido pensadas por miles de seres humanos que no han logrado ponerlas nunca por escrito, por una razón u otra, y han sido escritas ya en no pocas ocasiones, pero esos escritos y esas voces fueron «voces en el desierto» cuando no fueron voces ahogadas por la violencia cruenta o por la violencia legal de las autoridades. Lo mismo que

no se clava un clavo con un solo martillazo, hace falta mucha repetición y muchas voces que año tras año martillen contra la dura pared de los intereses creados y contra la rutina que oxida el espíritu de los hombres y contra el terror sacro que guarda la entrada de las creencias religiosas.

Su aparición en el tiempo

Cuando nos enfrentamos con el hecho de la llamada *revelación,* lo primero que nos salta a la vista es su colocación en el tiempo. Cuando éramos muchachos nos parecía que Abraham, el padre del pueblo hebreo —receptor de esta revelación directa a través de muchos de sus hijos- estaba poco menos que en los inicios de la raza humana. Sin embargo, hoy día -debido precisamente a estos conocimientos, a los que me refería anteriormente, que no tenían los hombres de siglos anteriores- sabemos que Abraham puede llamarse contemporáneo nuestro si lo miramos en la perspectiva de la historia de la humanidad.

Sé que con lo que voy a decir en los párrafos sucesivos los historiadores y arqueólogos se van a unir a los teólogos y escrituris-tas en contra mía; los prejuicios y el doctrinarismo no son patrimonio exclusivo de los religiosos; muchos científicos son tan dogmáticos como los religiosos e igualmente cerrados a toda idea nueva que ellos no hayan visto en sus manuales universitarios.

Al decir que Abraham era contemporáneo nuestro, estoy afirmando algo de lo que hoy ya no se puede tener duda alguna, si se es honesto con los hallazgos que en gran cantidad van saliendo a la luz pública en los últimos tiempos. Cuando todavía la ciencia oficial está pasmándose ante los dos millones de años de antigüedad de los restos humanos que Leaki ha encontrado en el corte de Olduvai en África, ya hace tiempo que la ciencia «marginal y heterodoxa» sabe que el hombre es muchos millones de años más viejo que eso. Hoy por hoy, el resto humano indiscutible más antiguo que se conoce es la huella pétrea de un zapato (terminada en punta y con tacón perfectamente reconocible) que está aplastando un trilobites. El trilobites es un crustáceo cámbrico cuya

edad puede remontarse hasta los 600 millones de años y que desapareció hace unos 400 millones de años. Naturalmente esto es un auténtico pecado mortal para la ciencia oficial, pero la huella descubierta, en 1968 en Antelop Springs (Utah, EE.UU), sigue siendo estudiada por todo un grupo de científicos sin que los entendidos tengan explicación para ella. Y en este caso no sólo tenemos el dato de la roca en que está incrustada la huella del zapato —bien corroborado por el geólogo Dr. Clifford Burdick de la Universidad de Tucson (Arizona) entre otros—, sino que tenemos el importantísimo dato extra del trilobites para reforzar el dictamen de los geólogos.

Como tantas veces he dicho, si sólo tuviésemos este dato y unos cuantos más, habría que pensarlo bien antes de decidirse a admitir teorías tan revolucionarias; pero cada día los hallazgos de este tipo son más numerosos debido sobre todo a las excavadoras mecánicas que mueven grandes masas de tierra desenterrando cosas que de otro modo quedarían por siempre enterradas y debido a la dinamita que del corazón de algunas canteras de rocas del secundario y hasta del primario está sacando a la luz restos humanos y objetos fabricados por el hombre que tienen muchos millones de años. Tal es el caso del objeto semejante a una bujía del automóvil que fue descubierto en Olancha, California, y que según los expertos es cientos de miles de años viejo; y no cientos de miles sino millones es lo que se le atribuye a un florero de plata y zinc que fue hallado embebido en la roca; a un famoso cubo de acero, al anillo encontrado por un ama de casa de Chicago cuando rompió un pedazo de carbón para la cocina, a un collar de oro encontrado en las mismas condiciones, a una pequeña vasija de hierro encontrada también dentro de un gran pedazo de carbón el año 1912 por dos empleados de la planta eléctrica municipal del pueblo de Thomas en el estado de Oklahoma, etc.

Y en cuanto a huellas humanas, si no tan antiguas como la citada más arriba, haremos mención de las que en 1930 se encontraron en Kentucky Hills (EE.UU), estudiadas por el Dr. Burroughs, jefe del Departamento de Geología del Berea Colle-ge: diez huellas completas y parte de otras, pertenecientes al carbonífero (Era paleozoica; alrededor de 250 millones de años); las

que en el siglo XIX se encontraron en las orillas del río Mississip-pi, pertenecientes por lo menos al secundario; el maxilar encontrado en 1958 por el Dr. Huerzeler de Basilea en un estrato del Mioceno (unos 10 millones de años); etc.

Todo este interesantísimo tema de la antigüedad del hombre sobre la superficie de la Tierra y de las diversas civilizaciones separadas unas de otras por enormes cataclismos, sucedidos a lo largo de los millones de años que componen la anteprehistoria de humanidad, es fascinante, y de una enorme trascendencia para el tema que estamos tratando, pero desgraciadamente no podemos profundizar en él porque nos apartaría mucho de nuestra meta final. Le recomiendo al lector que haga alguna incursión en este campo (leyendo, por ejemplo, autores como Jacques Bergier o Brad Steiger) y tendrá ocasión de cotejar ciertas realidades insospechadas, con las infantilidades comúnmente admitidas, provenientes tanto del campo religioso como del científico*.

, * Para que el lector no crea que los datos aportados arriba son los únicos, le diré escuetamente unos cuantos más, porque considero de suma importancia el que se convenza de que la edad del hombre sobre la Tierra es *enormemente* más antigua de lo que la ciencia oficial sostiene. Esto es de suma importancia para enjuiciar lo que el cristianismo llama «la revelación» y la «encarnación».

En 1974 el Dr. Cari Johansson estudió en el N.E. de Etiopía un cráneo humano enterrado en lava, de unos 4 millones de años. En 1975 en Nuevo México (estudiados por el Dr. Stanley Rhine) se encontraron huesos de 40 millones de años. El mismo año aparecieron en Kenton (Oklahoma) y Wisconsin huesos humanos de Ja misma edad. (Era mesozoica.)
En la Academia de Minería de Freiburg hay un cráneo encontrado en medio de' un estrato carbonífero (más de 200 millones de años).

En 1971 en el Estado de Utah, Lin Ottinger descubre muchos huesos de más de cien millones de años. Están siendo todavía estudiados por los Drs. Lee Stokes y J. P. Marwitt de la Universidad de Utah.

A finales del siglo pasado y principios de éste ya se habían descubierto en varios sitios de Europa, restos parecidos:

En los Dardanelos, huesos de alrededor de cien millones de años.

En Castenedolo, Italia, en 1860 el Prof. Ragazzoni del Instituto Técnico de Brescia estudió un cráneo de unos diez millones de años.

En el pueblo de Olmo (Arezzo, Italia) estudió otro cráneo de unos diez millones.

En 1883 el Prof. Sergi estudió los restos de dos niños, una mujer y un hombre que apa-Fecieron también en Castenedolo y atestiguó que pertenecían al Plioceno

No quiero extender mucho esta nota, pero le diré al lector que además de huesos hay una enorme cantidad de huellas de los mismos períodos; algunas de ellas al lado de las huellas de dinosaurios (en el río Paluxi, Texas); hay una huella de un zapato en Nevada (descubierta en 1972) del triásico (unos 80 millones de años); y también en Nevada hay

He hecho este pequeño paréntesis para que el lector caiga en la cuenta de que se hace muy extraño que después de tantos miles de miles de años, aparezca Dios con una *revelación.* Uno se pregunta por qué a los demás pueblos del mundo —incluidos los pueblos contemporáneos o inmediatamente anteriores a los hebreos— no les fue revelado nada o por lo menos de una manera tan tajante como se lo revelaron al pueblo judío.

Hoy día ya los teólogos dicen que Dios se reveló de muy diversas maneras a otros pueblos (cosa que hasta ahora se guardaron muy bien de decir, porque la revelación judeo-cristiana era totalmente original y única); pero a juzgar por las religiones que conocemos bastante bien de muchos pueblos anteriores al pueblo judío (caldeos, asirios, sumerios, babilonios, acadios, egipcios, griegos, etc.) podemos ver que tal revelación no había existido o si la había habido, la habían olvidado por completo. Es más, según la enseñanza clásica de la Iglesia, todos los dioses de aquellos pueblos eran auténticos demonios.

Circunstancias extrañas en la entrega del mensaje

Dejando un poco de lado esta manifestación divina al hombre que nos parece un poco extemporánea puesto que ya habían pasado por este planeta muchísimos hombres que no la conocie-

---

otra huella de zapato de la misma edad, que tras haber sido estudiada al microscopio se comprobó que la suela era de cuero; se podían ver claramente las costuras —algunas de las cuales eran dobles— y hasta se podía distinguir la torcedura del hilo que usaron para coser, que era más delgado que el que hoy se usa en la confección de zapatos.

Aparte de esto, hay una gran cantidad de restos de razas gigantes. En Sonora (Méjico) se descubrió un cementerio entero de hombres de casi tres metros de altura. Aunque parezca increíble hay varios huesos de hombres y mujeres que pasaban de los diez metros de estatura, y en Winslow (Arizona) hay un enorme cráneo que cuando fue desenterrado poseía el curioso detalle de tener un diente de oro. Probablemente el cráneo humano más antiguo que existe, es el encontrado en California en 1866 en una mina de oro, al que se le han calculado entre 40 y 50 millones de años. Tiene una capacidad craneal igual a la nuestra. Y para los que todavía tengan duda, hay todo un estadio para gigantes construido en piedra en lo alto de los Andes, al norte de Chile en un lugar llamado Enladrillado. Los espectadores que usaban aquellas graderías de piedra, medían alrededor de 4 metros de altura.

ron, hay otras circunstancias que nos hacen sospechar de ella con mayor fuerza.

Una de estas circunstancias fue la extraña manera como Dios hizo esta *revelación.* No fue una cosa clara, que no dejase lugar a dudas, antes al contrario fue confusa, subdividida, hecha a través de individuos que en muchas ocasiones no eran los más aptos, muy dilatada en el tiempo, propicia a malas interpretaciones (cosa que ocurrió en gran manera); y si la juzgamos a través del Pentateuco (cosa que haremos más tarde) de un contenido extrañísimo; tan extraño, que hoy día ya no hay quién le haga caso ni entre los judíos ni entre los cristianos a muchas órdenes tajantes que Yahvé le dio a Moisés.

Otra circunstancia apuntada en este último párrafo es la falta de eficacia del Dios revelador, puesto que la mayoría de la humanidad a cuatro mil años desde el comienzo de las revelaciones, no se ha enterado de que Dios «habló». Si echamos un vistazo al mapa de las religiones del mundo veremos que si bien el judeo-cristianismo ocupa un lugar importante, comparado con las demás religiones del planeta es minoritario (y eso sin contar las diversas interpretaciones que a esa *revelación* le dan los diferentes bandos del judeo-cristianismo). La verdad escueta es que los cristianos en Asia apenas si llegan al 0,8 % de la población.

Cuando se va a comenzar una empresa grande, primero se estudian todas las posibilidades y se trata de cubrir todas las metas propuestas; pero el Yahvé revelador parece que o no previo bien las dificultades que iba a encontrar para hacer que la humanidad se enterase eficazmente de lo que Él iba a decir; o lo planeó así y entonces no acaba uno de ver por qué dejó a la mayor parte de los hombres fuera del alcance de su mensaje. En ninguno de los casos la mente humana puede encontrar una solución aceptable.

Tampoco puede uno explicarse cómo Dios, que tanto se abajó con el pueblo hebreo haciéndose un guía inmediato de Moisés, no fue capaz de conservar la unidad del mensaje que tanto trabajo pasó para transmitir, ni cómo no fue capaz de lograr que su interpretación fuese la auténtica, sino que al cabo del tiempo habría varios bandos en donde su mensaje sería interpre-

tado de maneras completamente diferentes. A veces da la impresión de que a Yahvé no le importaba mucho si los hombres le entendían o no, o si le hacían caso o no, a juzgar por la poca cantidad de éstos a los que llegaba.

Pero aun suponiendo la autenticidad de la *revelación,* es decir, que Dios realmente quiso manifestar su voluntad y que de hecho lo hizo a través del pueblo judío, todavía seguimos sin salir de nuestra admiración cuando examinamos esa *revelación* en sí misma, es decir, en su contenido. La encontramos extraña para venir de la inteligencia de todo un Dios del universo, muy falta de veracidad en muchas ocasiones, mezclada con errores históricos, científicos y hasta morales, contradictoria consigo misma en bastantes ocasiones, y falta de universalismo para ser entendida por todos los habitantes de la Tierra. Por eso decíamos más arriba que a veces nos da la impresión de que el Dios del Pentateuco no tiene mucho interés en que todos los hombres se enteren de cuál es su voluntad.

Y aquí surge otra pregunta clave: ¿Por qué precisamente al pueblo hebreo, cuando desde el principio del mundo había habido miles de pueblos poco más o menos como el pueblo hebreo?

La Biblia vista racionalmente

Vamos a dejar aquí flotando estas preguntas, más otras que se podrían hacer, porque sobre este tema genérico de la falta de lógica en muchos de los planteamientos fundamentales del cristianismo volveremos más adelante.

Únicamente quiero dejar bien claro como final y resumen de este capítulo que la biblia no es la palabra de Dios de la manera que nos lo habían dicho. La biblia por un lado es un conjunto de escritos en los que muchos hombres, con motivaciones muy diversas —conscientes e inconscientes— plasmaron sus deseos, sus miedos, sus odios y sus amores, su sabiduría y sus errores, su poesía y sus bajezas y en fin todos los sentimientos que anidan en el espíritu y en el cuerpo de este increíble ser que se llama hom-

bre. *Y por otro lado, la biblia es el fruto final y colectivo de un fenómeno intrigante y viejísimo del que la humanidad viene siendo víctima desde que apareció en la superficie de este planeta; el fenómeno de la «iluminación» que ha afectado a tantos humanos que repentinamente sienten su mente y su cuerpo invadidos por una fuerza extraña y avasalladora que ellos infantilmente identifican en seguida con «Dios».* (En mi libro *Israel Pueblo-Contacto* profundizo en este mismo tema, aunque allí lo traté desde un punto de vista y con una terminología aparentemente diferentes; en *Defendámonos de los dioses* -de muy pronta aparición— trato de llegar a las raíces del mismo tema, explicando toda la enorme trascendencia que este fenómeno de la iluminación tiene para la humanidad.) El pueblo judío fue un pueblo «colectivamente iluminado» y la biblia no es más que el mensaje que de ordinario suelen recibir todos los individuos o colectividades que son víctimas de este misterioso fenómeno que tantos fanáticos ha creado a lo largo de la historia y que tan mal interpretado ha sido por los teólogos y líderes religiosos de todas las religiones.

Dicho mensaje ordinariamente suele mezclar la verdad con el error y suele contener partes de extrema belleza e inspiración con partes ininteligibles y soporíferas. Pero en general, suele ser confuso, prolijo, contradictorio con los mensajes de otros iluminados y, a la larga, perjudicial para el que lo recibe. Cada religión tiene indefectiblemente su «Sagrada Escritura» en cuya composición se dieron poco más o menos los mismos elementos y circunstancias.

Nuestra biblia ha sido fuente de inspiración para santos, para poetas, para visionarios, para espiritistas, para guerreros, para fanáticos, y hasta para los negreros del Ku Klux Klan que encuentran versículos en sus páginas con los que cohonestar sus salvajadas. No hay alucinado que no acuda a la biblia para reforzar su chifladura.

Y al mismo tiempo que ha sido fuente de inspiración, la biblia ha sido un freno para el avance y la evolución de la humanidad. Galileo fue sólo uno de los muchos reprimidos por la «inspiración» científica de la biblia.

Seguir creyendo en la actualidad que en ella tenemos encerrada la «voluntad divina» cuando tan claramente la vemos llena

de los defectos humanos de sus autores, es una crasa infantili-dad*.

---

* El 24 de febrero de 1616 los tribunales romanos citan por primera vez a Galileo y condenan a Copérnico. Al italiano se le prohibe sostener que la Tierra gira alrededor del sol. Y por supuesto, esta condenación está apoyada en textos de la biblia. El primero de ellos procede del libro del Eclesiastés (1,4). Disfrútelo el lector.

«Una generación va y otra generación viene; pero la Tierra siempre permanece» (!).

El segundo tiene relación con la toma de Jericó por Josué. Tomaré la cita desde más arriba porque en ella se nos muestra ingenuamente un aspecto de la personalidad de Yahvé que nos hace sospechar mucho de su espiritualidad y sobre todo de su universalidad como Señor único de todo el Cosmos. La verdad, que no es muy edificante ver a Dios cayéndole a pedradas a unos pobres diablos que no eran ni mejores ni peores que sus niños mimados los israelitas:

> «Yahvé los puso en fuga (a los cinco reyes amorreos) y les causó una gran derrota en Gabaón. Los persiguió por el camino de Bet-Jorón y los batió hasta Azecá y Maquedá. Mientras huían por la bajada de Bet-Jorón, Yahvé lanzó del cielo sobre ellos grandes piedras de las que morían. Y fueron más los que murieron por las piedras que los que mataron los israelitas al filo de la espada... Y Josué se dirigió a Yahvé y dijo:
>
> 'Detente, sol, en Gabaón. Y tú, luna, en el valle de Ayalón.'
>
> »Y el sol se detuvo y la luna se paró hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos.
>
> »¿No está escrito en el libro del Justo?: 'El sol se paró en medio del cielo y dejó de correr un día entero hacia su ocaso'» (Josué 10,6-13).

¡Qué extraña se hace en muchas ocasiones la «palabra de Dios»!

CAPÍTULO VII

La gran antiprueba

Los cuatro sellos

Cuando en los textos de «Apologética» de nuestra adolescencia estudiábamos las pruebas de autenticidad de la Iglesia, nos encontrábamos con los «cuatro sellos» que probaban «fuera de toda duda» que la Iglesia Católica era la verdadera iglesia fundada por Jesucristo; estos sellos eran su Unidad, su Santidad, su Catolicidad.y su Apostolicidad. ¡Con qué facilidad se dicen y se admiten cosas que van contra toda evidencia, cuando uno tiene muy clavado en la mente un prejuicio!

Aunque me fijaré principalmente en el primero de estos «sellos», la Unidad, sin embargo, quiero hacer algunas consideraciones breves sobre los otros tres.

¿Por qué fijarnos en estos «sellos» de autenticidad? Porque el derrumbe que ideas y «pruebas» como éstas están teniendo en la mente de muchos cristianos, es otro ingrediente más de esta agonía del cristianismo de que estamos tratando. Creencias, razonamientos, autoridades, versículos bíblicos y tradiciones que hasta ahora habían tenido gran fuerza en el alma de muchos cristianos, se están disolviendo por sí solos ante la problemática de nuestro tiempo o se están derrumbando al primer intento de enjuiciamiento racional, libre de prejuicios y miedos sacros.

Echémosle, si no, una mirada al sello de la «santidad». El Magisterio eclesiástico, cuando oye la acusación, basada en la

historia, de que la Iglesia no es santa por la cantidad de atrocidades cometidas a lo largo de la historia, no sólo por simples fieles sino por obispos y Papas,, enseguida se acoge a Dios y a Jesucristo que son santos y son el alma de la Iglesia, es decir; el doble juego que ya hemos visto antes; cuando la Iglesia comete errores «es natural porque es humana», pero cuando hay que decir que es «santa» (porque eso es una «prueba» de su autenticidad) entonces se olvida de que es humana y por lo tanto pecadora, y habla sólo de Cristo y de Dios, como si los hombres no constituyesen la Iglesia.

Si una institución civil tuviese encima de sus hombros todos los pecados que el cristianismo tiene sobre los suyos, de ninguna manera le llamaríamos «santa», por mucha que fuese su reputación o por buenos que fuesen sus miembros. ¿Con qué justicia se le puede llamar «santa» a una sociedad que ha cometido todas las cosas a las que se ha hecho referencia en los capítulos pasados? Nadie niega que el cristianismo no cuente en su haber también muchas obras buenas, pero como dije anteriormente, para llamarle a uno santo no sólo hace falta que haga cosas buenas sino que, además, no las haga malas. Y prefiero no seguir abundando en esto, porque se podría escribir todo un capítulo sobre ello.

En cuanto al término «católico», se puede decir lo mismo; hay que entenderlo de una manera muy especial para podérselo aplicar al catolicismo aunque es verdad que se le podría aplicar al cristianismo sin tener que forzar tanto las cosas. Pero la verdad es que ni a uno ni a otro se le puede aplicar de una manera correcta.

«Catholicós» significa en griego «universal»; algo que se puede aplicar «al todo» (holos == todo). Y aunque es cierto que el cristianismo (y no tanto el catolicismo) es una religión que ha sido más o menos predicada en todo el mundo —lo cual no es lo mismo que ser aceptada— y aunque es cierto que es probablemente la religión más extendida en el planeta, sin embargo dista mucho de ser la religión «de todo el mundo». Es un hecho indudable que el cristianismo, comparado con todas las demás religiones del mundo, es minoritario, teniendo las demás religiones tres veces más cantidad de fieles.

El término «apostólico» no se refiere precisamente a que la

Iglesia haga obras de apostolado sino más bien a que la Jerarquía eclesiástica, y en particular los Sumos Pontífices, vienen directamente de los Apóstoles. Aunque históricamente haya algunos que tengan dudas y argumentos contra esto, debido a la muy azarosa historia del papado, sin embargo le damos poca importancia a este hecho histórico; es más bien un formalismo intrascendente si se compara con otras cosas que se relacionan mucho más con la entraña del cristianismo como son el mensaje que éste ha de trasmitir: la filosofía de la vida que propugna.

Quiero detenerme un poco más en el primero de estos cuatro «sellos» y hacer de él la médula de este capítulo; es decir, la gran «antiprueba» que el cristianismo tiene que salvar, si se quiere presentar como la religión «auténtica»; o dicho de otra manera, la religión que corresponde a la voluntad de Dios en este mundo.

Unidad

Este primer sello que el cristianismo presenta de su autenticidad es el sello de la «unidad» de sus creyentes. Cristo dijo: «Conocerán que sois mis discípulos si os amáis los unos a los otros»; y en otra ocasión: «Padre, que todos sean uno» (Juan 17,11) recalcándolo unos versículos más adelante: «te ruego por todos los que crean en mí, para que sean uno» (17,21), insistiendo de nuevo a renglón seguido: «para que sean uno como Tú y yo somos uno» (17,22). Se puede decir que el «leit motiv» de su predicación era la palabra «amaos» y de hecho vemos cómo se cumplía su voluntad en la primitiva iglesia cuando leemos en los Hechos de los Apóstoles: (4,32) «La multitud de los que creyeron (en Jesús) tenían un solo corazón y un alma sola y ninguno tenía por propia cosa alguna de las que poseía sino que para ellos todo era común». No en vano los teólogos pretenden presentarnos esta unidad como algo esencial al pensamiento de Cristo y por lo tanto algo también esencial a su obra.

Pero ante esto, ¿qué nos dicen los hechos atestiguados incuestionablemente por la historia? Nos dicen todo lo contrario. Por eso, seguir a estas alturas presentando la «unidad» como una

prueba de la autenticidad del cristianismo -y lo mismo se diga del catolicismo— es algo que sólo cabe en la cabeza de personas ciegas por sus prejuicios o su fanatismo.

¿Dónde está esa «unidad» del cristianismo? A primera vista nos encontramos con tres grandes ramas cristianas (sin contar con las innumerables divisiones que existen dentro de ellas): los ortodoxos orientales, los protestantes y los católicos. Y no son simplemente disensiones entre hermanos sino que la división es profunda entre estas tres maneras de enjuiciar y practicar las enseñanzas de su fundador. Tan profunda es, que sería muy difícil hacer un recuento de todos los antagonismos, enfrentamientos y guerras en que a lo largo de los siglos se han visto envueltas.

Muchos católicos creen que todas estas disensiones comenzaron cuando Martín Lutero quemó las bulas papales el 10 de diciembre de 1520 en Wittemberg, pero la verdad es que la desunión de los discípulos de Cristo comenzó mucho antes. Se puede decir con toda propiedad que a raíz mismo de su muerte comenzaron sus discípulos a desgarrar el cristianismo, llevados por mil razones que varían desde el fanatismo más feroz y ciego hasta el más descarado apetito de dominio y honores.

Mucho antes que Lutero, Miguel Cerulario (1054), Patriarca de Constantinopla, se había revelado contra Roma, iniciando un cisma en la iglesia oriental que dura hasta nuestros días. Y ya para entonces hacía siglo y medio que otro Patriarca de Constantinopla, Focio, había dado el primer respingo oficial contra la autoridad romana.

A partir del siglo XI, la iglesia ortodoxa —que comprende en la actualidad más de 200 millones de cristianos en el Este de Europa— está oficialmente separada de Roma y no obedece al Sumo Pontífice. Las razones iniciales dadas por Miguel Cerulario para esta separación distan tanto de aquella «unión» que Cristo pidió con tanto ahínco a sus discípulos, que en realidad dan pena, no sólo por la infidelidad que conllevan hacia un deseo tan manifiesto de Cristo sino por lo infantiles y faltas de contenido. En realidad eran únicamente la explosión de la rabieta de un hombre de espíritu pequeño, herido en su amor propio.

Helas aquí:

1. El uso de pan ázimo (sin fermentar) en la Misa.
2. La costumbre de ayunar los sábados.
3. El consumo de manjares prohibidos.
4. El no cantar «aleluya» durante la cuaresma.
5. El traslado de la fecha del nacimiento de Cristo del 6 Enero al 25 de diciembre.

A partir de la definitiva escisión de Miguel Crulario, la comunicación y la «unión» del cristianismo oriental con el cristianismo romano ha sido prácticamente nula. Más bien ha reinado una mutua antipatía y desconfianza no disimulada. Menos mal que en los últimos años los Papas de Roma han tenido el gesto conciliatorio de viajar a Constantinopla a tender un puente (lo cual es una prueba de que no hay tal unidad con los cristianos orientales) en vez de las mutuas excomuniones que por siglos se lanzaron los sumos jerarcas de ambas Iglesias.

En cuanto al protestantismo, la mayor parte de las guerras europeas de los siglos XVI y XVII tuvieron algún componente religioso, aunque muchas veces lo político estaba completamente mezclado con lo religioso. El fanatismo «cristiano» de unos y de otros engendró odio en vez de generar amor y causó una gran cantidad de muertes, desde la cruenta batalla de Mühlberg en la que Carlos I de España derrotó a los protestantes de la Liga de Esmalcalda, en 1547, hasta finales del siglo XVII cuando las posiciones de uno y otro bando estaban ya más o menos definidas. Pero para llegar a esto hubo que pasar por hechos como la matanza de Wassy, la horrenda noche de San Bartolomé, el sangriento exterminio de tres mil camisardos, los más de diez mil hugonotes masacrados en el sur de Francia, al igual que los miles de católicos caídos en estas guerras fanáticas.

Como dije, ocuparía páginas y páginas el tratar sólo de enumerar la enorme cantidad de conflictos entre católicos y protestantes durante todo el siglo XVI y buena parte del XVII, prácticamente en toda Europa. En Inglaterra, Enrique VIH (1534) y su hija Isabel (1562) lanzaron duras persecuciones contra católicos y también contra protestantes, basados en discrepancias doctrinales. En Francia hubo en menos de un siglo (de 1502 hasta 1593), ocho guerras de religión en las que también intervino el monarca

español Felipe II. En el siglo XVII, diferencias doctrinales entre los reformadores religiosos checos y su rey Fernando II (católico) fueron el pretexto que hizo estallar en 1618 la guerra de los 30 años; mientras en Francia, en nombre de Luis XIII, el cardenal Richelieu organizaba nuevas guerras contra los protestantes hasta que Luis XIV se consolidó en el trono.

Mientras los reyes hacían del cristianismo un arma política para saciar sus ambiciones, los Sumos Pontífices no se quedaban atrás y defendían con ejércitos de mercenarios y de fanáticos, sus Estados Pontificios cosa que venían haciendo desde los primeros siglos de nuestra era, a pesar de que el fundador del cristianismo dijo bien claro que su reino no era de este mundo.

Todos los muertos y todo el sufrimiento que estas guerras y enemistades han causado a lo largo de los siglos, ¡qué lejos están el «amaos los unos a los otros»!

Profundizando en las palabras de Cristo arriba citadas: «conocerán que sois mis discípulos si os amáis» y «que todos sean uno», un observador imparcial debería llegar a la conclusión de que los cristianos con sus tres grandes ramas, no son discípulos de Cristo, ni son los continuadores de su doctrina, porque no se aman entre sí.

Que la iglesia católica use precisamente ese argumento para «probar» que las otras ramas no son «auténticas» y que la única auténtica es ella (porque tiene unidad interna), además de ser una falta total de lógica, es una falacia pues los católicos no se profesan entre sí ningún amor especial; (la patria o la lengua tienen mucha más fuerza para unir o para separar a los seguidores de Cristo que el bautismo o las creencias comunes). Y en cuanto a la unidad de creencias de que tanto se jactaba el catolicismo, enseguida hablaremos de ella.

La anécdota que leí del jefe de una tribu africana, sintetiza todo lo que estoy diciendo. Cuando un sacerdote católico llegó a él y le expuso las creencias cristianas instándole a que se convirtiese con toda su tribu, el jefe le contestó:

—No me desagradan tus ideas. Pero hace unos meses vino por aquí otro misionero cristiano y me propuso tu misma fe pero de una manera un tanto diferente, diciéndome además que él era el

auténtico cristianismo y que no hiciese caso a quienes lo expusieran de otra manera. Poneos primero de acuerdo entre vosotros, y cuando yo vea eso, entonces probablemente me haré discípulo de vuestro Cristo.

Esa misma tiene que ser la actitud de todo hombre inteligente no cristiano ante el cristianismo actual.

Y no digamos nada de las controversias que hay dentro de cada una de estas tres grandes ramas del cristianismo. De entre ellas la que se lleva la palma es el protestantismo en el que ya no se sabe cuántas sectas hay defendiendo cuanta peregrina idea haya podido brotar de la cabeza de un hombre. La libre interpretación de la biblia ha dado lugar entre los fanáticos y sicópatas de los últimos tiempos a toda una ideorrea sagrada que infaliblemente es refrendada por algún versículo bíblico. Aunque es muy cierto que bajo la denominación de «protestantes» se agrupan a veces sociedades religiosas que ya no tienen nada que ver con las definidas y rígidas creencias y prácticas de un Lutero o un Calvi-no. Pero por otra parte todos dicen que siguen a Cristo y que son cristianos aunque sus creencias no tengan nada que ver con todo lo que por siglos ha sostenido el cristianismo tradicional. Esto es una prueba más del grado de descomposición a que ha llegado el llamado cristianismo actual y lo lejos que está de la «unidad» que Cristo nos pidió.

Tratar de defender o explicar algún tipo de «unidad» dentro del protestantismo es perder el tiempo, aunque ellos entienen esta unidad de una manera mucho más genérica de como la entienden los católicos; pero contra las explicaciones que puedan dar los eruditos, están los hechos innegables y a todas luces contrarios a esa unidad.

El Consejo Mundial de las Iglesias que agrupa prácticamente a la totalidad de los creyentes o seguidores de Jesucristo, lejos de ser un ejemplo de unidad es una muestra palmaria de la gran desunión de los cristianos. Logró crearse, después de muchos años de intentos fallidos (por la mutua desconfianza de las diversas denominaciones cristianas) asistiendo los representantes de la rama católica y ortodoxa únicamente como meros observadores. Su desenvolvimiento y sus reuniones han sido en medio de cons-

tantes discrepancias, amenazas de abandono, reticencias, abstenciones, etc., etc. Lograr acuerdos unánimes es extremadamente difícil ya que sus componentes discrepan en cosas tan fundamentales como la divinidad de Jesucristo, la inspiración e interpretación de las Escrituras, los sacramentos, la esencia y misión de la Iglesia, etc. etc., estando apenas de acuerdo en la existencia histórica de Cristo y en la bondad de su mensaje tomado éste de una manera muy general, ya que en cuanto se baja a detalles aparecen las discrepancias.

Dentro del catolicismo no se puede negar que hasta ahora había habido una unidad mucho mayor bajo la guía de los Sumos Pontífices que en este último siglo han sido hombres de gran calibre moral y cultural. Sin embargo* esta unidad doctrinal ha empezado a resquebrajarse al mismo tiempo que se ha notado un gran debilitamiento en el cuerpo del catolicismo. Las señales del debilitamiento las encontrará el lector a todo lo largo de este libro. Las señales de desunión son ciertos hechos específicos que últimamente van apareciendo con mucha frecuencia en los titulares de los periódicos: el caso Lefévre con todos sus nostálgicos seguidores; las monjas —hasta ahora tan dóciles y sufridas— atreviéndose a enfrentarse en público al Papa en tema tan audaz y contro-versial como la ordenación de mujeres; la masiva —aunque callada— resistencia a las enseñanzas vaticanas acerca de la pildora anticonceptiva; las diversas interpretaciones del dogma en cuestiones que hasta ahora habían sido tenidas como intocables; la intranquilidad de iglesias nacionales como la holandesa, cuyo famoso catecismo, a pesar de haber obtenido tras muchas «depuraciones» un «nihil obstat» dado a regañadientes, causó tanta preocupación en las altas jerarquías vaticanas; el caso Hans Kung con toda la secuela de adhesiones que son por otra parte un repudio a la autoridad vaticana que lo condenó. El hecho deque teólogos hasta ahora tan conservadores y «fieles» como los españoles se hayan atrevido a firmar una carta defendiendo al teólogo suizo, nos dice hasta qué punto está calando hondo esta rebelión contra el centralismo absoluto y en definitiva contra la unidad monolítica de la que tanto nos habíamos jactado los católicos hasta ahora.

En resumen, esa unidad que los teólogos presentan como un «sello» de autenticidad, no se ve por ninguna parte, y a poco que uno estudie la situación, se encontrará, por el contrario, con una total desunión y antipatías entre los seguidores de Cristo.

Uno se pregunta, ¿cómo es posible que Cristo o el mismo Dios no hayan tenido una especial providencia en algo a lo que -a juzgar por lo que leemos en el evangelio- se asignaba tanta importancia? Según la teología, vemos al Espíritu Santo inspirando de una manera muy inmediata a todos los autores de las Sagradas Escrituras, velando por que no cometiesen errores en cuanto a la voluntad y a. las enseñanzas de Dios a los hombres. Por otro lado vemos a Cristo prometiéndole asistencia especial a Pedro y a sus sucesores «hasta el fin de los tiempos» (la infalibilidad pontifica no seria más que una muestra de esta ayuda especial suya perpetuada a lo largo de los siglos) y lo vemos instituyendo sacramentos hasta en sus detalles mínimos; y sin embargo no nos explicamos cómo no ha sido capaz o no ha querido hacer algo tan importantísimo y tan fundamental como preservar la unidad de su rebaño o por lo menos lograr que no se hiciesen la guerra y se odiasen tan enconadamente como lo han hecho durante tantos siglos. De nuevo se acudirá para solucionar esta dificultad a la «parte humana de la iglesia» pero tal como ya dijimos, nos extraña mucho que en algunas cosas la iglesia esté tan infalible e inmediatamente asistida por Dios y en otras esté tan totalmente desamparada.

CAPÍTULO VIII

Las creencias del cristianismo

Tal como dije anteriormente, la enfermedad del cristianismo no está en la piel sino en las entrañas. No está en sus ritos, ni en sus pasados errores, ni siquiera en su actual desconexión con la marcha de la vida y con la sociedad actual., sino en algo más fundamental; en otras palabras, no está en lo que nos manda hacer, sino en lo que nos manda creer; está en las premisas y en las bases que pone para explicar la existencia humana y está en los propósitos que le asigna a ésta.

Dentro del catolicismo, el llamado dogma, que con tanto trabajo ha ido elaborando a lo largo de los siglos, se ha ido convirtiendo en una red que en la actualidad asfixia a los creyentes; si no los asfixia físicamente, por lo menos les asfixia la inteligencia.

Si en otro tiempo fue instrumento de unidad, en la actualidad es una soga que estrangula el cuello de todos los fieles que tienen la audacia de pensar su fe.

Dentro del protestantismo esas creencias juegan en la actualidad un papel diametralmente opuesto: han sido y son la causa de una gran división entre los seguidores de Jesucristo y al mismo tiempo, en vez de ser algún símbolo de autenticidad, son por el contrario una sejial de que algo en ellas está muy equivocado cuando son tan antagónicas y cuando por otra parte son capaces de causar tanta división.

A los dogmas cristianos les está sucediendo lo que de ordinario sucede con la creencia en los Reyes Magos. En la mayoría de los casos no hace falta que los papas les digan a sus hijos que tal

creencia es sólo una costumbre tradicional; basta que un buen día el niño o la niña —que ya han crecido y han aprendido a leer— descubran en alguna de las cajas de juguetes el sellito de «El Corte Inglés» o de «Sears» para que se derrumbe repentinamente el «dogma» de los Reyes Magos. ¿A quién habría que achacarle esta labor iconoclasta? A nadie; a la vida; sencillamente el niño ha empezado a usar su propia cabeza.

La humanidad, o la parte más avanzada de ella, ha crecido mucho, ha evolucionado, se ha tecnificado y ha inventado muchos instrumentos con los que puede leer mejor el gran libro de Dios que es la naturaleza y el inmenso universo que se abre cada noche ante nosotros como una biblia gigante. Ante las lecciones y ante los panoramas que está contemplando a través de los telescopios y de los microscopios, los dogmas que le habían sido presentados como algo absoluto, aparecen como cuentos de los Reyes Magos, inventados con toda buena voluntad para que los pueblos-niños se portasen bien y fuesen respetuosos.

Hace años me intrigaba y al mismo tiempo me entristecía mucho el hecho de que con gran frecuencia, jóvenes educados en colegios religiosos y con una formación aparentemente sólida, abandonaban por completo las prácticas religiosas al poco tiempo de haberse puesto en contacto con el ambiente universitario.

Me imaginaba entonces que eran sometidos a algún taimado proceso de indoctrinamiento, con el que lograban arrancarles los principios que por tantos años sus padres y educadores les habían inculcado; hoy, sin embargo, lo veo como una cosa completamente normal y pienso que es un simple proceso de maduración. Se quitan las creencias que traían del hogar como el que se quita una camiseta usada; sin odiarla ni renegar de ella; simplemente dejándola ir, una vez que ha cumplido su cometido.

Religión y ciencia

Se da en ellos el típico enfrentamiento entre la ciencia y la religión, que por más que ha querido ser disimulado por los apolo-getas de la religión ha sido siempre una gran realidad. Y no puede menos de ser así. El cristianismo, frente al universo que se abre

ante sus ojos, ya tiene todas las respuestas fundamentales —«se las ha revelado Dios mismo»—, mientras que la ciencia confiesa que no sabe y por eso está en una perpetua investigación y renovación de métodos y metas. El cristianismo está inmóvil, amarrado a unas «verdades inmutables», mientras que la ciencia es libre y busca sin cesar. Por eso, ante las situaciones nuevas que la vida y la investigación nos van poniendo constantemente delante de los ojos, es completamente lógico que los puntos de vista de teólogos y científicos sean con mucha frecuencia antagónicos. Cuando la Iglesia tenía el monopolio de la ciencia, ésta apenas si pudo moverse en siglos, pero cuando la ciencia se liberó de la tiranía que sobre ella ejercieron por siglos la biblia y las autoridades religiosas, avanzó más en un siglo de lo que había avanzado antes en un milenio.

Es cierto que el fin de la religión no es bregar con el descubrimiento de las leyes de la naturaleza ni su funcionamiento, pero la realidad es que por siglos lo hizo así, entrometiéndose en un terreno que no era el suyo. Y en la actualidad se da con mucha frecuencia el caso de que cuando la ciencia descubre alguna de estas leyes fundamentales y trata de aplicarla a la vida humana, se encuentra que tal uso o tal nueva situación choca con lo que ya está establecido por la religión iniciándose el consabido pugilato. Cuando los biólogos descubrieron que las mujeres podían concebir por inseminación artificial e incluso que se podía cultivar un feto humano fuera del seno materno, se encontraron inmediatamente con la condenación de los moralistas que «en nombre de Dios» prohibían semejante cosa; cuando los sociólogos dijeron que en una sociedad como la nuestra, en donde los matrimonios se celebran de una manera tan superficial, el divorcio se hace un mal menor y en ciertos casos, absolutamente necesario, de nuevo la teología moral, esgrimiendo versículos bíblicos, condenó a los defensores del divorcio; cuando la medicina descubrió que la vida de un enfermo se podía extender indefinidamente por medio de aparatos, enseguida comenzaron los conocedores de la voluntad de Dios a dictaminar cuándo se podían desconectar los aparatos... Este ha sido el triste papel de la religión con respecto a la ciencia en el último siglo. Resiente los tiempos en que la escolás-

tica, basada en las Sagradas Escrituras, y cuando más en alguna observación de Aristóteles, era la que con su famosa «cosmología» investigaba las ciencias naturales llegando a conclusiones tan peregrinas como la de que «el hombre no puede volar, porque si Dios hubiese querido que volase le hubiese dado alas».

La teología, al igual que la religión, está profundamente a'que-jada de esclerosis y esto es lo que está causando su muerte. Si por teología se entendiese la búsqueda de la Primera Causa del universo, sin prejuicios y sin tener una meta prefijada, entonces teología y ciencia serían una misma cosa; pero como por teología se entiende la defensa o la explicación de una teoría religiosa (sea esta talmúdica, bíblica, védica o islámica) resulta que el divorcio entre ambas es fulminante; porque tales teorías, como veremos más adelante, son sólo relativas y parciales y en último término falsas.

Antes de entrar a analizar más en detalle las creencias del cristianismo, detengámonos un poco para ver algún ejemplo de este enfrentamiento de la religión con la ciencia; en concreto analizaremos el enfrentamiento de la moderna parapsicología con la teología cristiana tradicional. (Tengo que confesarle al lector que también soy un poco hereje en parapsicología, porque no admito todos los «dogmas» parapsicológicos que los maestros quieren imponer).

Querer casar la teología judeo-cristiana con la parapsicología —tal como están queriendo hacer en la actualidad algunos sacerdotes parapsicólogos— es una tarea absolutamente imposible. La teología tiene muchos siglos de predicar «infaliblemente» cosas que ahora no puede tirar por la borda sin más ni más. El gran dilema que la teología cristiana tiene planteado es que o pierde la credibilidad o pierde su entronque con la vida y con la realidad de los hechos; si cambia sus dogmas para modernizarse y empieza a admitir cosas que había estado rechazando por siglos, entonces pierde la credibilidad; y si se reafirma en sus viejas enseñanzas entonces perderá a todos sus fieles pensantes, quedándose únicamente con los Lefévres que en vez de pensar, «creen» y «sienten». Pero en ambos casos está irremediablemente sentenciada a perder los fieles.

La parapsicología contra la teología

Enfoquemos primeramente la teología a la luz de la parapsicología oficial o animista, es decir, aquélla que para explicar los hechos paranormales admite únicamente energías procedentes del cuerpo o la mente humana.

La teología se basa fundamentalmente en la revelación y le concede una gran importancia a los milagros. Volveremos sobre el tema de la revelación posteriormente cuando analicemos el mensaje que contiene; pero hay que decir, desde ahora, que la parapsicología tiene mucho que decir acerca de la revelación en sí, ya que se cumplen en ella ciertas leyes que se dan también en otras revelaciones que no tienen nada que ver con Dios.

En cuanto a los milagros, estos han sido usados siempre por la Iglesia (por todas las iglesias) como *prueba* irrefutable de que Dios está detrás de lo que ellas predican, y está de una manera casi inmediata en cuanto que detiene o altera las leyes de la naturaleza. La parapsicología por su parte, nos demuestra que muchos de los hechos que antigua y modernamente se nos han presentado como milagros no requieren precisamente la presencia o la colaboración de Dios sino que son fruto de unas fuerzas o capacidades del psiquismo humano desconocidas hasta hace muy poco por la mayor parte de los hombres.

Estos milagros o hechos extraordinarios son, entre otros, las predicciones o profecías, las adivinaciones, levitaciones, bilocaciones (que hoy se llaman viajes astrales o experiencias fuera del cuerpo) estigmatizaciones, causar el movimiento de objetos a distancia (hoy llamado telekinesia) curaciones extraordinarias, ciertas multiplicaciones de objetos, insensibilidad al dolor físico, causar cambios bruscos en el tiempo atmosférico, desapariciones repentinas y unos cuantos hechos más. Todos estos milagros que tan abundantemente vemos en las vidas de los santos (y hay que notar, de paso, que en los santos de *todas* las religiones) hoy día se llaman *hechos paranormales* y los vemos practicados en los laboratorios de parapsicología y por psíquicos que no invocan para nada al Diosjudeo-cristiano.

Es muy cierto que la teología actual admite que todos estos

hechos pueden provenir del psiquismo humano sin que necesariamente tenga que intervenir Dios. Pero esto lo está diciendo desde hace muy poco tiempo y hay que reconocer que ha tardado demasiado tiempo en decirlo. En siglos pasados ni ella lo decía ni permitía que nadie lo dijese. La teología en la actualidad se limita a decir que Dios *en algunas ocasiones* puede intervenir y *de hecho interviene.* A esto la parapsicología le contesta que si bien es cierto que en teoría Dios puede intervenir, *de hecho no interviene* y todos los hechos que la Iglesia ha presentado como causados más o menos por Dios, han sido obra de los hombres o de otras causas sin que Dios haya intervenido en ellos de una manera especial.

Si enfocamos la teología desde el punto de vista de la parapsicología trascendental (también llamada paranormalogía) —es decir, aquella parapsicología que admite en los hechos paranor-males la posible intervención de otras entidades o energías inteligentes extrahumanas— nos encontraremos con otros «milagros» todavía más extraños que, por supuesto, la religión también presenta como *prueba* de que está predicando la verdad. Estos hechos son de mucha mayor profundidad y trascendencia que los mencionados hace un momento y no pueden ser explicados por la parapsicología miope y prejuiciada que se enseña en la mayoría de las Universidades.

Estos hechos son, entre otros, cierto tipo de «apariciones» a las que las religiones han atribuido siempre gran importancia; (la biblia está llena de ellas, siendo la más importante la prolongada aparición y manifestación de Yahvé a todo el pueblo hebreo durante varios siglos que fue la que en definitiva originó toda la religión judeocristiana); algunas teleportáciones, las lluvias de objetos raros, las múltiples y extrañas actividades de «espíritus angélicos o demoníacos» —por usar una terminología eclesiástica—, las «posesiones satánicas» y no satánicas y alguno más.

La parapsicología trascendental o paranormalogía explica todos estos hechos de una manera totalmente diferente a como los explica la teología. Esta hace intervenir a Dios mediata o inmediatamente, alterando las leyes de la naturaleza;^a paranormalogía en cambio no involucra en ninguno de estos hechos al

Dios-Causa-Primera, al que eon ten poco respeto traen y llevan los teólogos cristianos. De la misma manera, la parapsicología no cree que se altere o se suspenda ninguna ley con estos hechos, sino que entran en juego otras leyes naturales (no sobrenaturales) que hasta ahora nos son desconocidas.*

El Credo cristiano

Pasemos ahora a analizar las creencias del cristianismo.

Aunque las creencias fundamentales comunes a todo el cristianismo son cada vez menos y su interpretación es cada vez más dispar, sin embargo, sí se puede ver todavía un cuerpo común de doctrina que diferencia al cristianismo de las otras grandes religiones del mundo.

El cristianismo cree que hay un Dios personal, trino y uno al mismo tiempo, es decir un Dios que tiene tres personas siendo estas tres personas un sólo ser. (Es muy curioso y muy sintomático que esta trinidad de Dios la hallamos casi sin excepción en todas las grandes religiones de una u otra manera). Este Dios, es el creador de «cielos y tierra», tal como con un lenguaje muy primitivo se nos dice en el credo. Todo cuanto existe ha sido creado por Dios y no puede haber nada que esté fuera de su dominio.

Dios Padre -la 1 .ª persona de la Trinidad— tiene un Hijo y a este hijo único lo mandó a la Tierra para «redimir» a todos los hombres. Esta «redención» consiste en rescatar a los hombres del dominio de Satanás; dominio conseguido por éste tras nuestra caída en el pecado. Además consiste en ayudar a los hombres a conseguir la salvación eterna en el cielo después de la muerte y ayudarles también a no caer en el infierno al fin de su vida. El tema de la redención no es de nada fácil comprensión (y de hecho ha sido causa de infinitas discusiones en el seno del cristianismo) pues no se reduce a una mera ayuda externa sino que según la teología, Cristo -mediante su sacrificio en la cruz— nos

---

* En *Parapsicología y Religión* he tratado este interesantísimo tema con más detenimiento.

capacitó para conseguir algo que por nosotros mismos no podríamos de ninguna manera conseguir, estando todos en gran peligro de condenarnos. Esta condenación tendría lugar (y de hecho lo tiene para aquellos que no se aprovechan de esta «redención») en el infierno, que es un lugar que tradicionalmente ha sido descrito como eterno (es decir, jamás se podrá salir de él), y como un lugar de suplicios inimaginables. El rey de ese antro tenebroso y el impartidor de los castigos es Satanás, secundado por toda una hueste de demonios, que son implacables enemigos de Dios y de los hombres y lo serán por toda la eternidad. La teología clásica nos dice que estos demonios fueron al principio ángeles, es decir, espíritus puros, servidores de Dios y al rebelarse contra él, la maldición de Dios y su propio pecado los convirtieron en lo que en la actualidad son.

Es un dogma de fe de los más importantes, que Cristo resucitó por su propio poder al tercer día de haber sido enterrado y a los cuarenta días de su resurrección se fue elevando por los aires hasta que se perdió en una nube. En los evangelios se nos promete que algún día volverá «en una nube» para juzgar al mundo.

Una de las causas que motivó la venida de Jesucristo a este planeta fue que todos sus habitantes nacían y siguen naciendo con una lacra espiritual llamada «pecado original» que les impedía llegar a la amistad con Dios. Aunque en la biblia se dice muy claramente que el origen de este pecado fue la desobediencia de Adán al comer la manzana, hoy día ya la mayoría de los teólogos admiten que eso es sólo un lenguaje simbólico pudiendo haber sido la verdadera causa otra cosa.

El que practica los diez mandamientos (que hoy son interpretados de diferentísimas maneras por los seguidores de Jesucristo) y tiene además fe en la virtud salvadora del Hijo de Dios, consigue su propia salvación después de su muerte; es decir, va al cielo, que es un lugar o un estado en donde hay una unión muy grande con Dios, lo cual proporciona una indecible felicidad. Este estado y esta felicidad son también eternas, igual que son eternos los tormentos de los que no se salvan.

La mayor parte de los cristianos creen en la Segunda Venida de Cristo, es decir, que Cristo volverá para tomar posesión de

este mundo para instaurar una era de paz y de felicidad. En la explicación de esta Segunda Venida hay muchas discrepancias entre los diversos bandos del cristianismo, pues mientras grandes sectores protestantes le conceden gran importancia, rodeándola de toda suerte de cataclismos y diciendo que está ya a punto de suceder (cosa que vienen diciendo desde hace por lo menos un siglo) entre los católicos, la Segunda Venida ha sido siempre una doctrina secundaria y predicada como con sordina.

Los católicos creen, como dogma de fe, que existe un lugar llamado purgatorio a donde van temporalmente aquellos que abandonan esta vida sin haberse purificado bien de todos sus defectos o pecados; allí son purificados hasta que están preparados para pasar al cielo con los salvados: creen además que hay siete sacramentos o ritos sagrados que fueron instituidos por el mismo Jesucristo; creen que uno de estos sacramentos —la eucaristía— es una especie de reencarnación de Cristo, aunque ahora ya no en un cuerpo humano sino en el pan y en el vino, siendo en realidad ese pan y ese vino aparentes, el cuerpo real de Jesucristo; por último, creen también que el Sumo Pontífice romano es infalible cuando habla en determinadas circunstancias, al igual que lo son los Concilios Ecuménicos cuando se reúnen y se expresan con los debidos requisitos.

Este es un muy breve resumen de las principales creencias cristianas incluidas algunas que son especificas del catolicismo.

La figura de Cristo

No me pondré ahora a discutir la bondad o falsedad de cada una de estas creencias. Sin embargo por ser de vital importancia dentro de ellas y por tener una relación directa con el propósito de este libro —que es únicamente el ver cuáles son las causas de la agonía del cristianismo— me detendré de una manera especial en lo referente a la persona de Jesucristo y a su misión con relación a la humanidad. Puesto que Cristo fue el iniciador de toda la enorme corriente de pensamiento que lleva su nombre y que ha dura-

do ya casi dos mil años, será mucho más importante fijarnos en todo lo referente a él, que ponernos a analizar una por una todas las doctrinas supuestamente predicadas por él. Si encontrásemos algún grave defecto en él o en algo consustancial con él. entonces perderían gran parte de su credibilidad —si no toda— las doctrinas que hoy sostienen todas las ramas en que el cristianismo se ha subdividido. Por eso es de vital importancia el analizar a profundidad y sin prejuicios (y al mismo tiempo sin miedos a incurrir en ningún infierno ni en ninguna excomunión) todo lo referente a este personaje extraordinario que ha marcado la historia humana en los últimos diecinueve siglos.

Aunque nunca ha dejado de haber historiadores que ponen en duda la existencia histórica de Jesús, sin embargo admitiremos la realidad de su existencia pues son muchos más los argumentos que están en pro que en contra de ella.

Pero al hablar de Cristo enseguida surgen las preguntas: ¿fue un auténtico hombre comparable a cualquiera de nosotros?, ¿fue en realidad Hijo de Dios, participando de la esencia de la divinidad? ¿fue en realidad concebido de madre virgen?, ¿resucitó en realidad de la sepultura y está viviendo en la actualidad en su cuerpo físico?, ¿pretendió fundar una Iglesia?. Estas preguntas son claves en un estudio a fondo del cristianismo. Querer responderlas de una manera sencilla es pecar de una gran infantilidad; de la misma que ha pecado la teología por siglos al querer definir a Dios conforme a sus propios y limitados conocimientos y conforme a todas sus categorías mentales humanas, en buena parte miopes y distorsionadas. Todas estas preguntas y sus respuestas están en gran manera supeditadas a otra gran pregunta y a otra gran realidad que está todavía más en el fondo y con la que nos enfrentaremos en el capítulo siguiente; esta pregunta y esta realidad es la idea que el hombre se ha hecho de Dios en tiempos pasados y la que se hace en la actualidad. Dependiendo de cómo sea esa idea, así serán las respuestas a las preguntas formuladas más arriba.

Pero aunque no entremos todavía directamente en el tema de Dios, sí podemos avanzar algunas ideas acerca de lo que pensamos de Jesucristo.

Su encarnación

Tanto el nacimiento como en general toda la vida de Jesús de Nazaret, es lo que en el cristianismo se conoce como «la Encarnación», es decir, el acto de tomar carne o cuerpo humano la segunda persona de la Trinidad. Este acontecimiento que para los cristianos es algo crucial en su fe, tiene sin embargo ciertos aspectos extraños que merecen un poco de. análisis.

Esta idea de «encarnarse Dios» ¿no es un antropomorfismo más?; ¿no es otra proyección más de la mente humana o si se quiere otro esfuerzo inconsciente de nuestra inteligencia para humanizar algo que no entiende, para hacerlo así un poco más asequible? Tal como escribí en otra parte, «los hombres, en nuestra desesperación por tener a Dios a mano —como el niño que se agarra a su padre para no perderse entre la multitud-, hemos cometido la infantilidad de hacerlo hombre como nosotros; y en nuestro miedo de que su grandiosidad se nos haga incomprensible, nos hemos atrevido a matarlo, aunque luego, avergonzados, lo hayamos hecho resucitar; pero ya para siempre y para tranquilidad de nuestro psiquismo, lo podremos representar en una cruz, muerto» *(Visionarios, místicos y contactos extraten'estrés,* Edit. Daimón, Barcelona).

Hoy día hasta los científicos (que en estas cosas suelen ser los últimos en enterarse, ya que la pura tecnología no sólo les suele recortar las alas del espíritu sino también las de la inteligencia) admiten que es casi cierto que en el vastísimo universo hay otros muchos mundos en los que se ha desarrollado la vida de una manera paralela a como se ha desarrollado en nuestro planeta; y prueba de ello son todos los mensajes que de diversas maneras se han lanzado hacia el cosmos con la esperanza de recibir algún día alguna respuesta. Pues bien, suponiendo que en muchas otras partes del universo hay otros seres inteligentes, más o menos como nosotros, ¿tendremos que pensar que Dios se ha estado «encarnando» en todos esos mundos, es decir, tomando la forma de sus habitantes, lo mismo que, según el cristianismo, ha hecho entre nosotros? Dar a esta pregunta una respuesta afirmativa se nos hace muy difícil (y en cierta manera va contra lo que nos

pues, cabría esperar algo más de El ya que después de dos mil enseña el dogma cristiano acerca de la singularidad de la encarnación de Cristo); y darle una respuesta negativa, es decir, que el planeta Tierra ha sido el único afortunado en merecer el increíble favor de recibir la visita personal de Dios, convertido en uno de nosotros, se nos hace todavía más inadmisible y hasta las matemáticas, con un elemental cálculo de probabilidad nos aseguran que tal cosa es imposible.

Se nos dirá que «para Dios no hay nada imposible» pero la verdad es que Dios suele atenerse a las leyes de la naturaleza (a sus propias leyes) mucho más de lo que los fanáticos piensan.

Por otro lado, esta «encarnación» de Dios en la persona de Jesús, se nos parece tanto a otras «encarnaciones» de Dios en otras religiones (por ejemplo a la encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad hindú en Crishna; la encarnación en Bacab de la Segunda Persona de la Trinidad Maya, con la peculiaridad de que también sufrió la crucifixión!) que quedamos con grandes dudas acerca de un acontecimiento tan difícil de admitir a priori.*

Los que por primera vez oyen el nombre de Crishna, pensarán sin duda que se trata de uno de los muchos mitos orientales que los europeos vemos con tanta displicencia; sin embargo, si el lectof le'dedicase algún tiempo al estudio de este tema que tanta

---

* Vea e! lector si le sugiere algo esta antiquísima oración de la religión de Zoroastro, que ya se recitaba siglos antes de que Cristo viniese al mundo:

«Por las cinco heridas que te impusieron
Oh muy Santo Zoroastro
Invoco al reino de Mazda (Dios)
Para lograr con los cantos sagrados
Paciencia para tu corona de espinas
Para tu cuerpo castigado
Para tus manos clavadas Para las heridas de tus pies
Y de tu costado sangriento:
Para que venga pureza a mi corazón
Y así atestigüe como un Zaota (creyente)
La religión verdadera de Mazda.

importancia tiene para sus propias creencias, se quedaría pasmado ante las curiosísimas coincidencias que descubriría, y que ya he tocado en el libro anteriormente citado.

¿Hijo de Dios?

Indudablemente la pregunta clave que acerca de Cristo se suele hacer si es Hijo de Dios o no. Y ante una pregunta tan poco elaborada, tan tosca, tan hecha en términos puramente humanos, no habrá más remedio que dar una respuesta igualmente tosca: «Dios no tiene hijos».

Tener hijos es cosa propia del reino animal. Y Dios no pertenece al reino animal. Tienen hijos las vacas, las ovejas y las mujeres. Pero poner a tener hijos a la Divinidad, a la Primera Causa, a la Energía Inicial, a la pura Inteligencia y al puro Espíritu, es animalizar algo de lo que apenas si podemos tener una lejana idea.

Una cosa muy curiosa es que Cristo no se llamaba a sí mismo «hijo de Dios», y sí, por el contrario, «hijo del hombre». En cambio, paradógicamente vemos cómo en la biblia se nos llama a los hombres «hijos de Dios» en repetidas ocasiones. En este sentido admitimos, por supuesto, que Cristo fue el primogénito entre los «hijos de Dios».

Ya en otras partes he escrito que la iglesia cristiana hace años que se liberó del geocentrismo ptolomaico o astronómico que consideraba a la Tierra como el centro del Universo, pero todavía no se ha liberado del geocentrismo religioso, es decir, dejar de considerar a este microscópico planeta —perdido en los suburbios de una de las cien mil galaxias—, como el centro del Universo, debido a que en él vino a encarnarse nada menos que el hijo único del creador de todo el Universo. Por un lado, las matemáticas nos convencen de que tal cosa es imposible y por otro la misma realidad de nuestro planeta, tan bien conocida por nosotros, nos está diciendo que si Dios hizo una excepción tan extraordinaria con nuestro mundo, la verdad es que no queda muy bien parado como planificador y como ejecutador de sus propios planes,

años, la mayor parte de los habitantes de nuestro planeta, sin culpa de ellos, ni se han enterado de que el hijo único del Creador del universo ha estado por aquí.

Me doy cuenta de que esta manera de hablar es «herética»; pero también me doy cuenta de que la palabra «herejía» ya no significa nada en estos tiempos. Cristo fue un ser humano extraordinario, un auténtico «avatar» según la terminología oriental, un iluminado que tenía acceso a unos planos del reino del espíritu que se nos escapan por completo a los comunes mortales. Vuelvo a insistir en que afirmar o negar que era Dios o no, es simplificar demasiado un tema complejísimo, ya que primero tenemos que ponernos de acuerdo los mortales en qué entendemos cuando decimos la palabra «Dios». Es muy cierto lo que S.E. Máximos IV —un cardenal de rito oriental— dijo en el Concilio Vaticano II: «Hay muchos ateos que no creen en un Dios en el que yo tampoco creo»; es decir, que hay mucha gente que tiene tal idea deformada de Dios, que lo lógico es no creer que tal entidad sea Dios.

Pero si he de ser totalmente honesto, yo no creo que Cristo participase de la esencia de la divinidad, o dicho en otras palabras, no creo que su identificación con la Primera Causa del universo fuese tal como se ha enseñado siempre en el cristianismo. El mismo se encargó de decírnoslo al confesar su ignorancia en cosas tan importantes como lo relativo al fin de nuestro planeta: «Por lo que toca al fin de los tiempos, y a la hora exacta, nadie sabe cuando será, ni los ángeles ni siquiera el mismo Hijo, pues únicamente el Padre lo conoce» (Mat. 24,36). Algo por el estilo podemos ver en sus palabras en la cruz cuando se consideró abandonado por su Padre (Mat. 27,46), haciéndonos ver que este desamparo no era parte del plan preconcebido ya que él no se queja de estar desamparado o de estar sufriendo sino que se queja de *no saber por quéle* está pasando lo que le está pasando.

Precisamente en estos dos ejemplos encontramos en Cristo unos rasgos que encontramos también en todos los grandes ava-tares y profetas de todas las religiones y aún en todos los grandes iluminados aunque no hayan tenido un carácter precisamente religioso. El primer rasgo es la tendencia apocalíptica: todos los

grandes profetas se inclinan hacia la profecía de calamidades y cataclismos. No sólo eso sino que todos anuncian estos cataclismos como próximos. (Como un ejemplo contemporáneo de esto, ahí tenemos a los Adventistas y a los Testigos de Jehová llevando fanáticamente de puerta en puerta la «buena nueva» de los inminentes harmagedones). Al que lee el Nuevo Testamento y se atiene a lo que en él lee, no le queda duda de que tanto Cristo como San Pablo, estaban convencidos de que «el fin de los tiempos» o por lo menos una gran catástrofe mundial, estaba a punto de suceder: «En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo esto suceda» leemos en los tres sinópticos. Naturalmente que tanto los exegetas como los fervorosos predicadores tendrán mil maneras de explicarnos por qué no se cumplió esta gran profecía o, por el contrario, cómo se cumplió exactamente con tal evento histórico. (No hay manera de ponerse de acuerdo con gente que en vez de usar la razón usa el sentimiento o la fe ciega).

Los grandes avatares

Otro de los rasgos que encontramos en Cristo y que lo hacen parecerse mucho a todos los otros grandes iluminados que han existido, es el rasgo de sentirse abandonado al fin de su vida o en un momento determinado de ella. En líneas más arriba oíamos a Cristo quejándose a su Padre desde lo alto de la cruz; sus palabras en aquella ocasión, junto a todas las otras que tenernos reseñadas en los cuatro evangelios, tienen un sorprendente parecido con las que leemos de Prometeo pronunciadas éstas también desde lo alto de la cruz en la que este otro gran «salvador» agonizó por la humanidad.

Y no sólo está el hecho de sentirse abandonados, sino que es casi una cosa natural que los grandes profetas, fundadores de religiones, avatares o redentores (en los que la historia humana ha sido mucho más abundante de lo que la gente piensa) mueran de una manera violenta, ordinariamente asesinados por los mismos a quienes ellos trataban de encaminar moral y culturalmente y

para pasmo de los cristianos— mueran crucificados. Todo este interesantísimo aspecto psíquico y jungiano de nuestra idea de Dios y de la «redención», lo traté más detenidamente en mi libro *Parapsicología y Religión,* y por ello remito al lector a lo que allí escribí.

El lector cristiano no dejará de extrañarse al saber que Crish-na (la encarnación de la segunda persona de la trinidad hindú y prácticamente el Cristo del Oriente) murió también crucificado y su costado fue traspasado por una saeta. Y lo curioso es que su sacrificio por la humanidad fue por lo menos mil años antes que el de nuestro Jesucristo.

El pecado original

Es también notable el aspecto de «salvación», de «redención» y «sacrificio» que todos estos avatares predican y practican. Uno no puede menos de preguntarse: ¿por qué tanto sacrificio?, ...salvarnos ¿de qué? En el cristianismo hay una respuesta categórica a estas preguntas: salvarnos de nuestros pecados; porque somos pecadores por naturaleza, una vez que nacemos en pecado (el pecado original) y que no podemos vivir sin pecar. Sin esta salvación, indefectiblemente nos condenaríamos eternamente en el infierno.

La sana lógica se resiste a admitir semejantes «verdades». En la jurisprudencia por la que se rigen todas las naciones civilizadas se presume que cualquier persona, incluso aquellas que han sido acusadas ante un tribunal, es inocente hasta que no se pruebe lo contrario. En el cristianismo sucede todo lo contrario: todos somos culpables a priori, y de ahí que necesitemos alguien que nos «redima» de nuestra culpa y nos «salve» del castigo que nos amenaza. De la misma manera, en la jurisprudencia de las naciones civilizadas hay siempre una proporción entre el delito y la pena. En el cristianismo tal relación no existe, pues el infierno con el que se amenaza a los pecadores supera todas las maldades que pueda cometer esta pobre hormiga cósmica llamada hombre. Y uno sigue preguntándose con esta inteligencia que Dios nos ha

dado: pero ¿cuál es esa maldad que hemos cometido sin habernos enterado? Y un poeta es el que nos da la respuesta más resumida: «el delito mayor del hombre es haber nacido». A un poeta se le puede fácilmente perdonar una «licencia poética» —algo así como un ripio ideológico—, pero a un magisterio infalible que nos habla en nombre de Dios no se le puede pasar con facilidad el que diga cosas tan extrañas sin probarlas. El famoso pecado original, está perdiendo su originalidad, y ya cada vez son menos las personas que lo toman en serio, a pesar de que todavía —por tradición más que nada- los papas y mamas lleven a sus bebés a la pila bautismal para que el agua y las palabras de ritual le borren el pecado de haber nacido.

La explicación que para este pecado nos da la Iglesia cristiana es que lo heredamos de nuestros primeros padres. Se concibe la culpa como algo material; algo así como un virus que nos fuese transmitido a través de los genes. Y si nos quedamos pasmados ante esta incomprensible falta de lógica, veremos que no es ningún lapsus ni corruptela que se haya introducido en las enseñanzas de la Iglesia con el paso de los siglos, tal como ocurrió con muchas otras cosas; nos convenceremos de que es una manera de pensar consustancial con el judeo-cristianismo cuando leemos en el libro del Éxodo (c. 20. vers. 5-6) «porque yo soy Yahvé, tu Dios, un Dios celoso que castiga en los hijos las iniquidades de sus padres hasta la tercera y cuarta generación...» (!!) Con un Padre así, ¿para qué necesitamos a Satanás?

Aparte de la natural resistencia que la razón opone para admitir semejante injusticia como es el hacer reo de un posible castigo a un recien nacido, está la dificultad que pone la ciencia (en particular la paleontología y la arqueología y la misma geología) para admitir ya hoy día sin más ni más el postulado de que existieron unos «primeros padres». Aun sin tener que recurrir a los primates haciéndolos antepasados nuestros, hay muchas otras razones que nos convencen de que no venimos de una sola pareja. Esta creencia en Adán y Eva, que por muchos siglos fue defendida al pie de la letra por la teología oficial, aparte de que en la actualidad ya no es admitida por ningún paleontólogo inteligente, hoy ya no tiene importancia mayor entre los grandes teólogos

cristianos; (esto es sólo una señal del caos que reina en la teología actual en donde las creencias que son sagradas para unos son secundarias para otros, usando la mayor parte de ellos un lenguaje ininteligible). En todo lo que se refiere a Adán y Eva y al pecado original, el lector debería recordar lo que dijimos anteriormente acerca de la antigüedad de la raza humana en el planeta, que es muchísimo mayor de lo que la ciencia oficial admite.

El amor a Cristo

Hay que confesar que la persona de Cristo ha ejercido durante siglos una fascinación extraordinaria en millones de personas en el mundo occidental, por encima y aparte de todas las divisiones a que han llevado al pueblo sus líderes religiosos fanatizados o deseosos de poder.

A uno que no haya tenido la oportunidad (o que no se haya tomado la molestia) de investigar este fenómeno del amor humano y personal que los cristianos le profesan a su fundador, le parecerá que es algo exclusivo del cristianismo; pero, sin embargo, la realidad es muy diferente: en el islam, en el hinduísmo, o en el budismo, por citar sólo tres ejemplos más conocidos, la devoción y el amor que los fieles sienten por Crishna, Buda y Mahoma son en todo semejantes a la devoción y el amor personal que muchos cristianos fervientes sienten por la persona de Jesús. Estos tres personajes están todavía vivos en las mentes y en los corazones de sus devotos. Porque es muy cierto lo que dice el gran Bahaulá: * «La humanidad se acuerda de los mensajeros pero se olvida de su mensaje».

Hermán Hesse, le escribía así a un amigo:

> «Según Vd., los creyentes de otras religiones inspiran lástima porque no tienen un Salvador y un Redentor. Sin embargo, por lo

---

* Bahaulá es uno de los tres fundadores o pilares de la fe Bahai, que se ha extendido rapidísimamente por todo el mundo y que tiene unos puntos de vista acerca de la vida, de la muerte, y de lo que es en realidad la religión, que ya quisieran para sí todas las religiones tradicionales.

menos en mi opinión y experiencia, pensar así es un craso error. El monje budista del Japón o el hindú que cree en Crishna, vive y muere en su fe con idéntica piedad, confianza y santidad que el cristiano que cree en Cristo... es. posible amar a Jesús y al mismo tiempo conceder todo su valor a los otros caminos de la bienaventuranza que Dios ha mostrado a los hombres.»

Por lo tanto no se puede aducir como una «prueba» o un «sello» de la veracidad absoluta del cristianismo esa fascinación que la persona de Cristo ha conservado a través del tiempo, ya que nos encontramos con algo en todo semejante en las demás grandes religiones. Más bien da la impresión de que este apegamiento a un Dios-hombre, capaz de darnos una seguridad o de ofrecernos una «salvación» para el «más allá», es algo inherente a la frágil naturaleza humana, sobre todo después que tanto la han llenado de miedos acerca de su futura suerte. Y aun sin ser considerado como un Dios-hombre, la fascinación que Mahoma ejerce en la actualidad sobre los fíeles del Islam, es en todo semejante, si no superior, a la que Jesús ejerce sobre los cristianos.

Después de haberme resistido a admitir sin más ni más algo tan fundamental en las creencias del cristianismo como es la divinidad de Cristo o su filiación divina, a más de un lector le va a extrañar grandemente lo que a continuación voy a decir, y conste que no he llegado a esta conclusión ligeramente, sino tras mucho estudio y en cierta manera no sin comprobaciones. Estas cosas extrañas que tengo que decir son las siguientes: no tengo dificultad mayor en admitir que Cristo haya nacido de madre virgen, como tampoco la tengo en admitir que haya resucitado de la tumba y que haya ascendido corporalmente por los aires. Sin embargo, tengo que añadir que las razones que tengo para no oponerme a estas creencias no son de tipo religioso, ni de fe, ni mucho menos basado en el magisterio «infalible» de ninguna autoridad eclesiástica. Son razones de tipo histórico o si se quiere, empírico por haber conocido otros casos en los que se han dado estas mismas cricunstancias, por extraño que esto le pueda parecer al lector. En mi tenaz búsqueda de «la otra cara de la realidad» o si se quiere, en mi esfuerzo por investigar las hondas raíces

del fenómeno religioso, me he encontrado muchas veces con lo extraño, con lo mágico, con lo «milagroso» que está completamente oculto no sólo para los ojos de los seres humanos que viven la vida superficialmente, sino también para los de la ciencia. Y por supuesto, tengo que añadir que el hecho de que me encuentre, sea en la vida de Cristo o en cualquier otra ocasión, con hechos de esta naturaleza, no quiere decir que admita automáticamente que estoy ante algo «divino» ni «diabólico»; sencillamente estoy ante «otras realidades» que no encajan en la física (ni en la psicología) que nosotros conocemos en la actualidad.

Sea como sea, me inclino a pensar que la persona de Cristo, con algún tipo de existencia física, está viva en algún lugar del universo, en compañía de los muchos otros cristos que han pasado por este planeta y que han desaparecido de él en circunstancias parecidas. Y dejo aquí este tema, que si bien es enormemente interesante, sin embargo tiene muy poca importancia en relación con el estado en que se encuentra actualmente el cristianismo.

La virgen María

Ya he dicho que no tengo inconveniente mayor en admitir la virginidad de María; pero por otro lado, la creencia en la Asunción de María (definida como dogma de fe por Pío XII en 1960) es decir, la creencia de que el cuerpo de María fue transportado por los ángeles desde la tumba al cielo, es muy probablemente una mera imaginación piadosa que, aun hablando en el más estricto sentido teológico, no tiene fundamento ninguno en la biblia, ni en la tradición, como no sea en unos cuantos autores «fervorosos» de los últimos tiempos. María con toda seguridad murió de una manera normal, fue enterrada de una manera normal y sus cenizas se han convertido ya en tierra en cualquier cementerio desaparecido del Oriente Medio. Sus devotos, llenos de buena fe, fueron los que se encargaron de resucitarla. Y al decir esto, no estamos en manera alguna negando ninguno de los muchos méritos y virtudes de la madre de Jesús. Pero la defini-

ción de su asunción a los cielos es un ejemplo típico de cómo a lo largo de los siglos se han ido haciendo (con toda buena voluntad y al mismo tiempo con una total falta de crítica) las creencias y los dogmas de todas las religiones. Es altamente sospechoso que durante siglos no se oyese hablar absolutamente nada de semejante hecho prodigioso y cuando han transcurrido casi dos mil años desde que supuestamente ocurrió, la autoridad religiosa *obliga* a los fieles a admitirlo como una verdad *revelada.* Hechos así son para poner a prueba la fidelidad del creyente más fiel.* Y ya que he hecho referencia a la madre de Jesús, abundaré un poco más en todas las creencias y sentimientos que acerca de ella existen en el seno del cristianismo. Es completamente natural que una persona que siente una gran veneración por Cristo, se sienta también muy atraido por la figura de su madre. Este sentimiento de simpatía, cuando se traslada al campo religioso se hace peligroso pues en cuestión de sentimientos, en la religión todo se magnifica y se corre el peligro de que la emoción y el afecto incontrolado distorsionen por completo la realidad al paso del tiempo. Y esto es ni más ni menos lo que ha ocurrido con respecto a la madre de Jesús.

En Occidente tuvieron que pasar 500 años para que apareciese la primera invocación directa a María; cien años más tarde su nombre fue puesto en el canon de la Misa; todavía tienen que pasar otros seis siglos más, es decir, en el siglo XII, para que comience a recitarse como plegaria mañana por excelencia el avemaria, sacada del versículo 42 del capítulo I de San Lucas, aunque no es hasta el año 1500 que se le añade la segunda parte o el «santa María...»; y el rosario, cuyo rezo para ciertas gentes llegó a adquirir casi rango de sacramento, no hace su aparición entre las devociones de la Iglesia, sino a mediados del siglo XIV.

---

* He aquí lo que acerca de la Asunción de María dice Hans Kung: «De esta doctrina nada saben ni la Escritura ni la tradición de los cinco primeros siglos; de ella hacen únicamente mención fuentes apócrifas, leyendas, imágenes y fiestas. No obstante, esta era mariana (fomentada por la consagración del género humano al Corazón de María hecha por Pío XII en 1942 -influjo de Fátima- y por el año mariano de 1954) ha llegado a su ocaso con sorprendente rapidez con el Vaticano II que renunció conscientemente a ulteriores dogmas marianos... y censuró sin ambages los excesos del marianismo...»

A partir de entonces y como una contraposición a la reforma protestante, la devoción a María se acrecienta en la iglesia católica hasta que llega a desorbitarse con las definiciones de su concepción inmaculada en el concilio Vaticano I, de su asunción a los cielos en 1960 y los propuestos dogmas marianos de la «corredención» y la «mediación universal» que prácticamente fueron rechazados por la mayoría de los Padres del Concilio Vaticano II, no llegando por esto a proclamarse.

Este exagerado énfasis que el catolicismo ha puesto en el papel de María en la redención, lo ha resentido mucho un gran sector protestante y en no poca medida ha contribuido en tiempos pasados a agrandar aún más la separación entre estas dos ramas del cristianismo. En muchas ocasiones los protestantes contestaban a esta exagerada devoción con un marcado desdén y hasta menosprecio hacia la madre de Jesús, a pesar de que Lute-ro, sin ser precisamente un ferviente admirador de ella, la alaba en su comentario al Magnificat y la pone como modelo de las virtudes de un buen cristiano.

Todos estos dimes y diretes eclesiásticos, considerados a distancia y con un ánimo sereno y racional —sin la carga emocional bajo la que estaban tanto los que promovían la «hiperdulía» para María como los que sentían celos de ella—, suenan a chismes sacros cuando no a fanatismo químicamente puro. En realidad, y comparados con el profundo problema con el que en la actualidad se confronta el cristianismo, son totalmente secundarios y no tienen importancia ni trascendencia alguna.

Sacrificios y **sufrimientos**

Pero volviendo al personaje central del cristianismo, quiero fijarme en un aspecto de las creencias cristianas que hallamos dramáticamente ejemplificado en la vida de Cristo. Ya lo cité de pasada en párrafos anteriores pero quiero ahondar un poco más en él porque nos pone en la pista para otras curiosas deducciones acerca del fenómeno religioso.

Me refiero al aspecto de sacrificio y de sufrimiento que pene-

ra y empapa toda la teoría y la práctica de la redención y de la salvación, y que lo vemos tanto en la vida de Cristo como en las vidas de todos y cada uno de los hombres.
León Felipe, un poeta con la hondura teológica que suelen tener todos los grandes poetas, dejó así plasmada su angustia:

«¡Cristo!
Viniste a glorificar las lágrimas...
no a enjugarlas...
Viniste a abrir las heridas...
no a cerrarlas...
Viniste a encender las hogueras...
no a apagarlas...
Viniste a decir:
¡Que corran el llanto
la sangre
y el fuego...
como el agua!»

Cristo nos redime naciendo como hombre —lo cual es para él, indudablemente, un gran sacrificio— y muriendo en la cruz en medio de sufrimientos; y los hombres nos salvamos pasando por muchas enfermedades y sólo si sacrificamos muchas cosas a lo largo de la vida. Y al fin de ella, queramos o no, padeceremos el supremo trance de la muerte, que es ni más ni menos que un castigo por el pecado original. Porque según la teología clásica, si el primer hombre no hubiera pecado, sus descendientes no hubiesen muerto y hubiesen salido de este mundo de una manera mucho menos dolorosa. Tal es el increíble razonamiento que encontramos en San Pablo en el cap. 5 de su epístola a los Romanos (vers. 12-15)* (Naturalmente a uno le viene enseguida la pregunta y la duda de por qué razón morirán todos los animales y las plantas y todo lo que tiene vida... ¿vendrán también a este mundo con un pecado original?).

---

* No me importa la explicación que a estos versículos ie pueda dar la teología moderna; yo me atengo a la explicación que le dio durante 19 siglos el Magisterio «infalible».

Al oír hablar así a San Pablo, el teólogo por excelencia del cristianismo, y no sólo teólogo sino autor directamente inspirado por Dios, a uno se le ocurre pensar que el cristianismo está radicalmente desenfocado en su apreciación de todo el orden del cosmos. Sencillamente no entiende la vida, ni la razón de ser de ella; la mira constantemente con sospecha de que detrás de sus manifestaciones haya alguna trampa; y cuanto más bella es la manifestación más inclinado se siente a sospechar de ella y a prohibirla.

Admitiendo como admite la teología cristiana (y en esto no hizo más que seguir las pautas de religiones precristianas) que hay un personaje maligno —una especie de antiDios, que es el rey de este mundo-,* habrá que estar muy sobre aviso para no dejarse engañar por él y no caer en las muchas trampas que nos tiene puestas en todas las criaturas, para hacernos apartar de «los caminos del Señor» y convertirnos a su manera de pensar disoluta y viciosa. No sólo eso sino que por todas partes podemos ver sus zancadillas y obstáculos a nuestra felicidad, en forma de enfermedades e infortunios, que necesariamente culminan en la muerte. Si a todo esto le añadimos la incertidumbre del más allá, con la siempre presente posibilidad de «condenarse eternamente» (que en las mentes de muchos buenos cristianos está latente como una pesadilla) no tendremos más remedio que admitir que el buen cristiano es una criatura acosada y perennemente amenazada. Una vez más repetiré lo que tantas veces he dicho: un buen cristiano, es un hombre muerto de miedo.

¡ Qué bien han sabido utilizar este miedo al más allá las autoridades religiosas del cristianismo! Si desde que nacemos nos están diciendo que hemos entrado en un valle de lágrimas, que sólo a través del sufrimiento podemos salvar nuestra alma, que tenemos que sacrificarnos, que tenemos que renunciar a muchas cosas, que somos pecadores por naturaleza ya que venimos al mundo con un gran pecado y no podemos dejar de pecar sin una ayuda

---

* En el cristianismo, al igual que en otras religiones, al demonio se le llama con frecuencia el «príncipe de este mundo» (2 Cor. 4.4; J. 14,30'; 12,30; 16,11; Mat. 9,34; 12,24; Mar. 3,22) y él se siente así (Mat. 4,9 y sig.) y se lo hace sentir a los demás hombres (1 Tes. 2,18; 2 Tes. 2,7-11). Pero San Pablo va más lejos y le llama el «Dios de este mundo» (2 Cor. 4,4).

especial de Dios, no es nada extraño, que necesitemos un redentor y un salvador. Y si a este redentor, en su esfuerzo por salvarnos y a pesar de su rango espiritual, lo vemos también morir cruelmente, llegamos a la conclusión de que este planeta es un lugar de castigo; de que el Dios, padre de nuestro redentor, está terriblemente enfadado con nosotros ya que ni a su hijo perdona; y de que la vida humana está hecha para la expiación de nuestro pecado de haber nacido y de los que posteriormente hacemos durante la vida. ¡Pero seguimos sin saber qué le hemos hecho nosotros de malo a Dios para que esté tan enfadado con nosotros!

Por eso es de todo punto lógico este, pensamiento angustiado de un gran pensador: «Nacer, vivir, sufrir, morir... ¡no entiendo estas palabras!». Y la verdad es que con las premisas que nos da el cristianismo, la vida humana no tiene mucho sentido. El que quiera encontrarle el sentido a la vida, tendrá que acudir a otras filosofías y sobre todo a otras teologías más abarcadoras, más universales, menos miopes, menos prejuiciadas y más enraizadas en la historia y en lo que nos dice la vida que por todas partes nos rodea.

Resumiendo mi pensamiento en todo esto:

—No creo haber venido a este mundo con ningún pecado ni creo tener que expiar nada por el sólo hecho de haber nacido.

—No creo que el verdadero Dios me exija sufrimiento ninguno como condición para «salvarme». Salvarme ¿de qué?

—No creo tener necesidad de ningún «redentor», porque en *i* realidad no me siento perdido.

—No temo caer en ningún infierno eterno, porque no creo en semejante monstruosidad

—Ni tampoco tengo la infantil esperanza de abrir mis ojos tras la muerte en un cielo beatífico en el que sólo me voy a encontrar con los «elegidos»; preferiría encontrarme con mucha otra gente, porque la verdad es que los que se llaman y los que se tienen por «elegidos» aquí en la tierra, son gente bastante aburrida y no es muy halagüeño el panorama de pasar la eternidad sólo con ellos.

Confieso que hay algo misterioso, o sencillamente demasiado complicado para ser comprendido por mi mente en todo el fenó-

meno del dolor y del sufrimiento inherente a la vida humana. Pero cuando miro a mi alrededor, veo que a los animales y prácticamente a todas las criaturas del universo —que ciertamente no han cometido ningún «pecado original»— les sucede poco más o menos lo mismo y esto me tranquiliza. Me doy cuenta de que esta «lucha por la vida» es una especie de ley cósmica; algo así como un proceso natural en la eterna y omnipresente evolución del universo y esto me hace perder la angustia que desde la infancia me inocularon con las creencias cristianas.

Como el mineral es chupado por el vegetal, y el vegetal es comido por el animal y el animal es dominado por el hombre, al hombre también lo usa alguna otra criatura superior en la escala cósmica. La Energía Primera y la Suprema Inteligencia lo ordenó todo sin que nosotros tampoco nos enterásemos ni lo comprendiésemos. Pero tengo mi sospecha de que este constante nacer y morir de las criaturas es la manera de barajar el profundo y misterioso fundamento de la materia. Tengo mi sospecha de que el mineral llegará a ser materia viviente vegetal, y de que el vegetal llegará a hacerse animal, y de que el animal llegará a tener inteligencia como el hombre, y de que el hombre llegará a ser una especie de ángel y de que el ángel llegará a identificarse con Dios. Porque Dios está en todo su universo y en alguna manera todo el universo es Dios. No lo entiendo muy bien, pero veo muy claro que hay muchas razones para que no lo pueda entender y por eso me quedo tranquilo.

Por otra parte estoy abierto a todas las explicaciones posibles en cuanto a este profundísimo tema, empezando por la posibilidad de que yo esté completamente equivocado; pero no estoy ya disponible para prestarle mi mente a nadie que venga «en nombre de Dios» a darme una explicación dogmática basada en las enseñanzas de un «magisterio infalible» o de un «libro sagrado». Se acabaron los libros sagrados y los magisterios infalibles y ya es hora de que el hombre se pare sobre sus pies y use su mente, que es el único instrumento que tiene para avanzar en el largo camino de la evolución.

Como tampoco estoy disponible para seguir glorificando con ánimo masoquista la cruz y el dolor haciéndolos el centro de mi

vida ascética y aún de mi vida a secas. Si el bisturí es una cruel necesidad en una operación quirúrgica, no por eso vamos a colgarlo más tarde en medio de la sala para perpetuar su recuerdo. Aun admitiendo que la cruz fuese necesaria para nuestra redención, no tenemos que caer en el masoquismo de venerarla como algo sagrado (¡y amado!) colocándola voluntariamente en él medio de la vida.

Oiga el lector esta cita de George Mac Donald, tal como la leemos en el libro *El problema del dolor* del conocido teólogo protestante inglés C.S. Lewis, para que se convenza de lo que estoy diciendo y para que vea cómo una mente fanatizada, a fuerza de darle vueltas siempre a los mismos pensamientos sin someterlos nunca ajuicio, puede llegar a sostener cosas que no tienen sentido alguno y hasta que están contra el sentido común:

«El Hijo de Dios sufrió hasta la muerte; no para que los hombres no pudiesen sufrir, sino para que los sufrimientos de ellos fuesen como los de El».

¿Qué significa esta jerga? O no significa absolutamente nada, o si tiene algún sentido es el de glorificar el dolor. Pero los hombres lo que queremos es ¡no sufrir! La humanidad no entiende la cruz ni entiende a los que se la quieren imponer cuando no es necesaria. Ya la lucha por la vida tiene bastantes cruces de por sí, para que tengamos que autoimponernos más con renuncias y sacrificios innecesarios.

La glorificación de la cruz es otro signo arquetípico —antinatural y misterioso— que encontramos en todas las religiones y que nos hace sospechar mucho que existen unos profundos impulsos inconscientes que rigen nuestra existencia sin que nos demos cuenta. Pero ya es hora de que el hombre evolucionado supere los ciegos impulsos que le vienen del tótem y mire hacia adelante sin complejos con una mente limpia y sin miedos.

Todo el alucinante tema de la redención con su cruz, su pecado original y su perptua amenaza de condenación eterna, es algo que está constantemente danzando en la mente del que se dedica a profundizar en el tema religioso con un ánimo libre de prejui-

cios y miedos. La mente humana se siente acorralada como un animal sin salida y en el fondo se resiste a tener que admitir una redención y una salvación de algo de lo que en lo más profundo de su ser no se considera culpable.

El mandamiento único

¿Qué queda entonces de las creencias del cristianismo? Quedan aquellas que el mismo Cristo puso como sello para, conocer a sus auténticos seguidores: «Conocerán que sois mis discípulos si os amáis». Y queda la regla de oro que Cristo recibió de otras religiones anteriores y que predicó como algo fundamental en la suya: «No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a tí». Todas las demás enseñanzas y creencias son relativas, son temporales, varían con las culturas y no se pueden imponer como algo absoluto y mucho menos castigar o quemar a nadie porque no las admita.

Por muchos siglos se creyó que comer carne en viernes, dejar de ir a misa el domingo o recibir la eucaristía sin estar en ayunas era hacerse reo de un fuego eterno... ¿qué persona inteligente hay, por muy cristiana que sea, que crea hoy semejante disparate? Únicamente aquellas personas que desde su niñez han estado embutidas de una religiosidad enfermiza y han perdido toda su capacidad de crítica ante el fenómeno religioso; o las penetradas de un terror sagrado a «perder la fe», en las que ya se ha convertido en carne y sangre el funesto axioma «cree; no pienses» que tan predicado y practicado ha sido por tantos líderes religiosos. A estas personas les parece que usar su propia cabeza es rebelarse contra Dios, sin caer en la cuenta de que su cabeza es la que tiene la última palabra en todo el proceso cognoscitivo.

¿Qué es pecado?

¿Qué queda entonces de la idea de «pecado»? En las enseñanzas tradicionales del cristianismo, el pecado era algo

omnipresente. Podríamos citar a la inversa a San Pablo (Ro. 5,20): «Donde abundó la gracia, sobreabundó el pecado». Tal era la insistencia con que de él se nos hablaba. Había pecados por todas partes, y lo malo es que casi todas las cosas apetitosas eran pecado.

Esta insistencia en el pecado era debida a un deseo (más o menos consciente) de controlar las conciencias. Hacía falta hacerle sentir al pueblo que era pecador —pecador por naturaleza o por nacimiento— para que tuviese la constante necesidad de tener que venir a pedir perdón humildemente.

Los Sumos Pontífices últimamente se han quejado en repetidas ocasiones de que el pueblo cristiano, y el mundo en general, está perdiendo el sentido de «pecado». Lo que pasa es que el hombre del siglo XX, y por lo tanto el cristiano de hoy, está usando más y más su cabeza y está cayendo en la cuenta de que la maldad que los moralistas le habían atribuido a muchas acciones, está únicamente en la cabeza de esos moralistas.

Pecado es únicamente todo aquello que va contra los únicos mandamientos de la justicia y del amor. Comete pecado el que a sabiendas conculca el derecho de otro. En algunas ocasiones cometerá pecado el que rompe el orden de la naturaleza porque al así hacerlo está atentando contra el derecho de otro a usarla. La biblia machaconamente y casi con exclusividad, a todos aquellos que son amigos de Dios les llama «justos». En esto estoy de acuerdo con la biblia.

Y pecado es también atentar contra el amor. Amor es una palabra muy desprestigiada, tanto en el idioma castellano como en la teología cristiana. En el idioma castellano a cualquier cosa se le llama amor. Y en la teología cristiana, para huir de las connotaciones «carnales», la palabra «amor» frecuentemente se cambia por la palabra «caridad», que está aún más desprestigiada. La palabra caridad tiene un regusto beatón y mogigato que dista mucho del impulso humano a abrir el alma y el corazón a todo el que lo necesita; y en muchas ocasiones a abrir también el bolsillo, (que para mucha gente es la parte más profunda de su corazón).

CAPÍTULO IX

El Dios del Cristianismo

Quiero que quede muy claro desde el inicio del capítulo, que con quien me voy a meter es con el ser que el cristianismo nos presenta como Dios: con la persona que encontramos en los primeros libros de la biblia y a quien se llama indistintamente Elo-him o Yahvé; por supuesto que no me meteré con el Dios-Suprema Causa, con el Dios-Universo, con el Dios-Esencia de todo lo existente.

Y quiero también que quede bien claro en el inicio del capítulo que creo que hay «Algo» —que es inalcanzable @n su totalidad por mi mente— que es la Esencia del Cosmos y que, llenándolo todo, es diferente de todo. Dicho en otras palabras, creo que hay un Dios; pero ese Dios que yo deduzco con mi razón, dista enormemente del Dios bíblico.

La mera palabra «Dios» constituye un verdadero problema para la teología y los teólogos más avanzados están —cosa rara— de acuerdo con ello.

> «Tal como explica Martín Buber en sus conmovedoras reflexiones acerca del 'eclipse de Dios', 'la palabra *Dios* es la palabra más cargada de todas las palabras humanas'. Ninguna otra está tan manchada, tan profanada y tan desgarrada; los hombres la han destrozado con sus disensiones religiosas; por ella han matado y por ella han muerto; ninguna otra palabra es comparable a ella para designar lo más alto; pero ella ha servido también con harta frecuencia de camuflaje a las peores impiedades. No obs-

tante, como para el hombre significa tanto... no se puede renunciar a ella. Quien la evita merece consideración porque tal palabra nunca podrá quedar limpia del todo. Pero también es imposible olvidarla por completo. Lo que sí podrá hacerse es retirarla y —con todas las consecuencias que ello acarree— volverla a pensar de nuevo y a parafrasearla con otras palabras. Es decir: lo que importaría, en vez de no hablar más de Dios o de seguir hablando de la misma manera, es aprender a hablar de Dios de una manera nueva»*

Tenemos que tener siempre muy presente que todas las ideas y los conceptos religiosos son obra del hombre y no de Dios. Porque tal como dice muy acertadamente Gabriel Vahanian *(Esperar sin ídolos)* «la religión no fue inventada por Dios sino por los hombres». Y, como es natural, el hombre vuelca y refleja en sus ideas religiosas todas sus ignorancias, sus fracasos y sus limitaciones. Y el primer reflejo de estas limitaciones lo tenemos en la palabra «Dios» y en los diferentes conceptos que tenemos cuando la pronunciamos.

Yo confieso que más que palabras o conceptos claros para definirlo, lo que tengo en la mente son vacíos para explicar una una realidad que se me escapa y por eso prefiero explicar mi idea sobre El en términos negativos diciendo lo que no es.

Lo que Dios no es

Dios ni es persona, ni es hombre, ni tiene hijos (y mucho menos tiene madre), ni es juez, ni es perdonador, ni es vengador, ni es esto ni es lo otro. Todos estos son términos puramente humanos que muy probablemente se le aplican a Dios con la misma propiedad con que se le podrían aplicar a un puente los términos «tierno», «sensible», «rencoroso» o «dócil»; sólo de una manera muy lejana y cuasi poética se le pueden aplicar; pero para definir o calificar a un puente hay que usar otros términos completamente diferentes. La gran diferencia es que al puente lo

---

* Hans Kung. *Ser cristiano* pág. 92. Ediciones Cristiandad.

conocemos bien y por eso tenemos los adjetivos propios para definirlo, pero a Dios no lo conocemos en absoluto o lo conocemos muy mal y muy de lejos, y por eso no tenemos adjetivos para definirlo. Ese ha sido el gran pecado de los teólogos de todas las religiones: la falta de respeto con que han tratado a Dios. Creyendo conocerlo a fondo, lo han definido y nos han dado de El una imagen que es completamente caricaturesca, cuando no grosera y hasta blasfema. El dios del Pentateuco y el dios de la teología cristiana es un auténtico monstruo.

Quede pues bien claro, contra quellos que quisieran meterme en el club de los ateos, que disto muchísimo de serlo, aunque por otro lado mi idea de Dios también diste bastante de la idea que se tiene comúnmente en el cristianismo. Creo que en el hinduísmo la idea que se tiene del Dios Supremo es mucho más profunda y menos humanizada que la que se tiene en el cristianismo, y por lo tanto más cerca de la realidad; aunque me reitero en que cualquier idea que el hombre se haga de Dios será infinitamente distante de lo que Este en realidad es. Si la esencia de Dios fuese abarcable por el cerebro del hombre, Dios no valdría cuatro pesetas.

Por otro lado es completamente lógico que, guardándole el debido respeto, la humanidad siga buscando a Dios, concibiéndolo como el causante y la raíz de toda vida; la humanidad sigue tenazmente buscando el misterio del «más allá», el misterio de lo trascendente; sigue dándole vueltas al eterno problema del bien y del mal y a la realidad o irrealidad de la pervivencia después de la muerte. Sigue «buscando» que es en definitiva la esencia de la religión: buscar lo trascendente: qué soy, quién soy; de dónde vengo y a dónde voy. O mejor dicho, de dónde me han traído y a dónde me llevan.

La razón de muchas de las crisis del hombre de hoy, es que la humanidad de finales del siglo XX ha comenzado a descubrir que la imagen de Dios que le habían presentado es en buena parte falsa.

Nuestras ideas infantiles acerca de Dios

El Dios vengador, el Dios iracundo, el Dios que se encapricha con un pueblo, el Dios que deja morir de hambre a millones de personas, el Dios en cuyo nombre se hacían guerras y se conquistaban imperios y continentes, el Dios cuya fe era extendida por la espada y defendida con las hogueras, el Dios que se gozaba en la pompa de sus representantes, el Dios que «inspiraba» a sus profetas a que maldijesen y anatematizasen a los que no pensaban igual, el Dios que nos impone la cruz y el sufrimiento como el único medio para llegar a El, el Dios que tiene infiernos para castigar a esta pobre sombra que se llama hombre, ese Dios es una amenaza para la humanidad; ese Dios es una especie de insulto a la inteligencia humana; ese Dios no tiene una explicación lógica... ese Dios se está muriendo en la actualidad en la conciencia de los hombres de hoy.

Esa es, ni más ni menos, la esencia de la famosa teología de «la muerte de Dios» que hace unos años sacudió la conciencia de los cristianos pensantes y desató olas de indignación y protesta entre los que no fueron capaces de comprender de qué se trataba.

El hombre de nuestra generación ha caído en la cuenta de que Dios no puede ser así y por eso se ha lanzado a buscarlo por otros caminos. La mente del hombre de hoy está haciendo un enorme esfuerzo por concebir una imagen de Dios que esté más de acuerdo con la realidad; una idea en la que Dios no esté tan humanizado y tan distorsionado.

No se puede negar que dentro del cristianismo,.y en concreto dentro de la iglesia católica ha habido en estos últimos años más esfuerzos por la renovación, que los que había habido en siglos. Los teólogos han dado pasos enormes de avance y en muchos casos han llegado a extremos en los que no se hubiera podido soñar. Pero el pensamiento de la Iglesia está rodeado de una especie de camisa de fuerza de la que ya le es imposible liberarse. Dos mil años de teología son una carga demasiado pesada para poder hoy liberarse de ella sin más ni más.

Cualidades negativas de Yahvé

Creo que en este capítulo es donde responderemos de una manera medular a la pregunta que se plantea con el título de este libro: ¿por qué agoniza el cristianismo? La respuesta simple pero tajante es: porque nos presenta un dios falso.

El hombre, desesperado por encontrar a Dios, no se suele fijar mucho en la idea que de El le presentan dentro del marco tradicional y religioso. La idea de Dios nos es implantada poco a poco en la mente desde la niñez cuando en realidad no estamos capacitados para analizarla a fondo. Sencillamente la admitimos como admitimos muchos otros elementos culturales que pasan a ser parte integrante de nuestra vida como algo connatural a ella: nuestro idioma, los gustos en la comida, las maneras de vestir, las costumbres familiares, etc.* Nuestra idea específica de Dios es un elemento cultural más que con los años se va enraizando profundamente en nuestra alma de manera que a muchos les resulta ya totalmente imposible no sólo poder prescindir de ella sino cambiarla o someterla a un análisis profundo.

Por los días en que escribo estas líneas, la televisión -debido a los acontecimientos de Irán- nos muestra repetidamente en sus pantallas enormes multitudes de iraníes musulmanes arrodillados e inclinados con la cabeza hasta el suelo en adoración a Alá. ¡Cuánto me han hecho pensar estas multitudes de fervorosos y sinceros creyentes! Son un ejemplo palmario de lo que estamos diciendo. Sus mentes, condicionadas hacia el fanatismo desde la infancia, son incapaces de ver el trogloditismo religioso de su líder Jomeini que tan claramente vemos los que contemplamos todo el fenómeno desde fuera. Cincuenta o cien mil hombres, con el corazón inflamado pero con la cabeza paralizada, hunden su rostro en tierra sin preguntarse ni por un momento si el Dios que ellos con tanto ardor están adorando, estará realmente de

---

* «Después de todo, el concepto de Dios es cultural —por no decir etnólatra— y Dios frecuentemente no es otra cosa que un accesorio constante de la cultura» (G. Vahanian. *Esperar sin ídolos.* Marova).

acuerdo con el piadoso cavernarismo predicado por su «representante». (Ojalá no nos quedásemos en la mera condenación de estos fanatismos y nos atreviésemos a pensar cuánto de ello es aplicable a nosotros.)

A poco que uno se enfrenta, libre de sentimentalismos y de miedos sacros, a este Dios que el cristianismo nos presenta en el Pentateuco, echará de ver en él tremendos defectos que lo incapacitan para ser el Dios Universal. Y no es que queramos andar rebuscando en la biblia con ojos maliciosos para coleccionar todos aquellos lugares en que los «autores sagrados» tuvieron algún lapsus o simplemente escribieron en un estilo que hoy ya no está de moda; nos damos perfectamente cuenta de que los «autores sagrados» escribían en unas circunstancias totalmente diferentes a las nuestras y lógicamente habían de expresar sus ideas de una forma que hoy ya nos resulta extraña; todo esto se lo perdonamos de muy buena gana y sin problema ninguno. Y no sólo estamos dispuestos a perdonar estos estilos viejos de «autores sagrados» sino que hasta estamos dispuestos a admitir —aunque sólo sea por un rato- que la biblia es la palabra de Dios, entendiendo esto como la Iglesia lo quiere entender. Vamos a escudriñar los textos sagrados para ver qué idea nos dan de Dios. Pero por otro lado, nos atendremos a lo que leamos y no a lo que los «expertos» nos digan que hay que entender; porque este doble juego de las autoridades eclesiásticas -el de atenerse al pie de la letra cuando el texto les favorece y el de «interpretarlo» cuando no les conviene— es un viejo truco con el que los.pastores de almas han tenido a su grey amarrada en corto.

En una lectura atenta y simple del Pentateuco nos encontramos enseguida con que el Dios que allí se nos presenta -el Yahvé que se le manifestó a Abraham y a Moisés- es un individuo vengativo, cruel, encaprichado con un pueblo y feroz con los otros pueblos que supuestamente también eran hijos suyos, celosísimo de otros dioses (dioses que por otro lado no existían, a juzgar por las mismas enseñanzas de Yahvé), intolerante, impaciente, incumplidor de sus promesas, incansable demandador de sacrificios sangrientos (con los cuales no hacía más que imitar a los «falsos dioses» de los otros pueblos), extraño en su manera de mani-

festarse, confuso y contradictorio en su mensaje a los hombres, absurdo en muchas de sus peticiones, errático en su manera de proceder, exigente, implacable en sus castigos, miope en cuanto a los otros pueblos del mundo y en fin demasiado parecido a los hombres tanto en sus defectos como en sus virtudes. (Porque indudablemente, a juzgar por lo que leemos en la biblia, también tenemos que reconocerle algunas virtudes a este enigmático Yahvé). Pero del Dios fuente de toda bondad y belleza que los hombres tan ansiosamente buscamos, no sólo tenemos derecho a esperar alguna virtud sino todas ellas en grado sumo y además ausencia total de todas las cosas negativas y malas que encontramos en el Yahvé del Pentateuco.

Esta es ni más ni menos la imagen de Dios que nos salta a la vista en cuanto nos asomamos a las primeras páginas de la biblia. Y para los que nos digan que es una imagen distorsionada, tenemos la sugerencia de que sigan leyendo los libros subsiguientes al Pentateuco para que vean que los profetas y demás representantes de Yahvé, entendieron de esta misma manera a su dios, y por eso, nos hablan sin cesar de su ira y de sus venganzas, y en nombre de él, tienen constantemente en la boca malos presagios y amenazas de castigos y maldiciones.

Sería en cierta manera cruel el que me pusiese a estas alturas a fundamentar con textos y pasajes bíblicos todo esto que acabo de decir de Yahvé; es tan sencillo de hacerse, que cualquiera puede verificarlo sólo con leer con ojos un poco críticos el Pentateuco. Los hebreos lo hicieron con toda buena voluntad y dedicación durante unos veinte siglos; leyeron y releyeron su Tora (el Pentateuco) tratando de sacarle su espíritu y trasfundirlo en la vida diaria, y el terrible resultado ha sido alrededor de 600 mandamientos en los que en la actualidad se encuentra aprisionada el alma de miles de devotos hijos de Abraham, a los que su Ley les prohibe cientos de cosas agradables que nos están permitidas a los demás mortales que no le hacemos caso al Pentateuco.

Con el Yahvé de nuestra biblia pasa lo mismo que con el Alá del Corán, con el Júpiter o Zeus de griegos y latinos y con el Huitzilopoctli de los aztecas: gusta de ser llamado Padre y hasta exige que se lo llamen, pero sus hechos distan mucho de ser los

de un verdadero padre. Un padre normal no castiga los errores de sus hijos con la saña y con la frecuencia con que lo hace Yahvé; con la gran diferencia de que un padre normal es poco más o menos tan imperfecto como su hijo mientras que Yahvé se supone que es infinitamente superior a los hombres y por lo tanto es de esperar que sea infinitamente más paciente, mejor educador, más tolerante, mejor conocedor de la naturaleza humana, etc., etc.

La ira de Dios

No es raro encontrarnos en los primeros libros de la biblia con párrafos que terminan de esta o parecida manera: «y en aquella plaga murieron veinticuatro mil...», «... habían perecido en aquel castigo catorce mil setecientos, sin contar los que murieron por lo de Coré...». «Ycuando se hubo aplacado Yahvé, cesó la mortandad en el pueblo...», etc., etc. Si hemos de ser fieles a lo que leemos en la biblia, los muertos causados por Yahvé, —bien sea para abrir paso a los israelitas entre los otros pueblos, bien sea entre su propio pueblo como castigo a sus infidelidades— superan los dos millones de personas; alguien que ha tenido la paciencia de contarlos, nos asegura que los muertos causados por Yahvé, si nos atenemos a lo que dice la biblia, son exactamente 2.169.350. Dejo al investigador mexicano Luis Andrés Jaspersen, de San Luis Potosí, la responsabilidad y la exactitud de este cómputo; pero aunque no fuesen tantos, como quiera que sea, salta a la vista que el «benigno y misericordioso» no lo era tanto como él se creía.

Un padre normal insiste mucho más en los consejos, en las alabanzas y en los premios, que en las amenazas y en los castigos. No así Yahvé. En el capítulo 26 del Levítico ordena severamente a su pueblo que no haga estatuas de ídolos y que guarde el sábado. Inmediatamente —tal como haría un padre que conociese las elementales reglas de la pedagogía— anima a su pueblo al cumplimiento de estos mandatos con bendiciones y con alicientes:

«Si cumplís mis leyes, si guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, yo os mandaré las lluvias a su tiempo, la tierra dará sus frutos y los árboles de los campos darán los suyos... Daré paz a la tierra, nadie turbará vuestro sueño... estableceré mi morada entre vosotros y no os abandonará mi alma...»

Pero a renglón seguido dice:

«Pero si no me escucháis y no ponéis por obra mis mandamientos, si desdeñáis mis leyes y rompéis mi alianza, ved lo que también haré con vosotros: haré que os caiga encima el espanto y la confusión y la calentura... me volveré airado contra vosotros y haré que vuestros enemigos os derroten... etc. Si aún así no me obedecéis, echaré sobre vosotros plagas diez veces mayores por vuestros pecados; quebrantaré la fuerza de vuestro orgullo... Si con tales castigos no os convertís a mí, esgrimiré contra vosotros la espada vengadora de mi alianza... etc., etc., etc.».

Y por ahí sigue amenazando a su pueblo con toda clase de plagas, enfermedades y desgracias imaginables. Pero lo curioso es que el espacio que vemos en la biblia dedicado a estas plagas y castigos es mucho mayor que el que Yahvé había dedicado inmediatamente antes a las bendiciones, en caso de que fuesen obedientes a sus mandatos. Alrededor de ciento cincuenta líneas podemos ver en el capítulo 26 del Levítico dedicadas a estas amenazas, mientras en las bendiciones y promesas se había mostrado mucho más parco. Esta es la tónica a que nos tiene acostumbrados Yahvé en toda la biblia. Demasiado rigor y demasiadas exigencias para un ser tan débil como el hombre, que pasa por este mundo como una sombra, lleno siempre de angustias en cuanto a su vida y sin que nadie le haya explicado nunca a ciencia cierta de dónde lo traen y a dónde lo llevan.

El cristianismo ha heredado este rigor y se echa de ver muy claramente en muchas de las sectas en que éste está en la actualidad dividido; sectas en las que da la impresión de que todo aquello en lo que haya placer, es sospechoso de pecado; los fieles de unas cuantas de estas sectas no necesitan llevar ningún distintivo específico para que uno caiga en la cuesta de que pertenecen a

ellas; su aire lúgubre, y su manera de vestir trasnochada los traicionan a donde quiera que van; los más radicales (al igual que los judíos de la secta hasídica, seguidores ciegos de la palabra de Yahvé) visten siempre de negro porque parece que tienen miedo a incurrir en la santa furia de su dios si usan colores más alegres; y no es para extrañarse después de todo lo que tantas veces han leído en su amada biblia acerca de la «ira de Yahvé». Yo no creo que Dios tenga ninguna ira contra mí por «pecados» que durante mi vida pueda haber cometido. *Dios no puede tener ira, porque la ira es uno de los siete pecados capitales.*

Este miedo a la «ira de Dios» ha estado presente en los casi dos mil años de teología y ascética del cristianismo y ha empapado todo su pensamiento.*

Sufrir, resignarse, inmolarse, sacrificarse, hacer votos, renunciar, han sido siempre las palabras claves en la ascética cristiana por más que en los últimos tiempos los escritores religiosos y los teólogos estén queriendo tapar todo este sacro masoquismo con un barniz humanizante. Pero contra estos modernos ejemplos de sensatez, tenemos a lo largo de la historia muchos ejemplos de este rigor irracional y deshumanizado: desde la castración física de un hombre tan inteligente como Orígenes, hasta la autocastra-ción mental de un Tertuliano que en su fanático paroxismo y en aras de un dios feroz, escribía gloriándose de ello: «Certum est quia impossibile est» (es cierto porque es imposible). ¿Qué le queda a un hombre que renuncia a usar su mente?

Este «sentimiento trágico de la vida» parece que fue el que tuvo el gran don Miguel de Unamuno a lo largo de toda la suya; porque se puede ver toda una hilazón trágica, y en cierta manera lógica, en las principales doctrinas Cristinas. Si nacemos con un gran pecado y nos traen a este mundo que no es más que un valle

---

* Para muchos cristianos su Dios está perpetuamente de mal humor. Copio al pie de la letra el índice del libro titulado *La ira de Dios* del protestante Rev. V.S. Tasker: «Cap. I: La manifestación de la ira fuera del pacto. Cap. II: La manifestación de la ira en el Pacto. Cap. III: La manifestación de la ira divina en Jesucristo. Cap. IV: La manifestación de la ira en el Nuevo Pacto. Cap. V: El día final de la ira».

¡Qué triste manera de concebir a la Gran Inteligencia del Universo! El pobre dios del Reverendo Tasker parece que está muy necesitado de bicarbonato sódico.

de lágrimas cuyo verdadero príncipe es Satanás; y si tras una vida de enfermedades y sufrimientos, coronada por la muerte, nos amenaza con su fuego eterno el infierno; y si «la puerta de la perdición es ancha y son muchos los que van por ella» (Mat. 7,14) no teniendo ya jamás oportunidad de rectificar nuestros errores (Luc. 16,26) entonces no es nada extraño que acabemos desarrollando un sentimiento trágico de la vida.

Filicida

Es muy cierto que Cristo nos presentó una idea muy diferente de la divinidad e insistió mucho más en el amor y en el perdón. Pero para gran sorpresa nuestra vemos a Cristo invocando al mismo Yahvé que conocemos del Pentateuco y declarándose hijo de él. En ningún momento lo vemos rechazar a este, personaje ni estar en desacuerdo con sus iras y sus venganzas. Y por si esto fuese poco, vemos de nuevo a Yahvé volviendo a las andadas —a las que ya nos tenía muy acostumbrados— cuando lo vemos tratando a su propio hijo con la misma mano férrea con que había tratado a su pueblo escogido.

Aunque los cristianos no se atreven a ello, los creyentes de las demás religiones tienen todo el derecho de llamarle al Dios de los cristianos «filicida», es decir, asesino de su propio hijo. San Pablo casi se jacta de ello cuando oratoriamente nos dice en el capítulo 8 de su epístola a los Romanos que «Dios no perdonó a su propio Hijo». En el entusiasmo de su prédica —o en la ceguera de su fanatismo— saca inmediatamente la conclusión de que «si lo entregó a él por nosotros, ¿cómo no nos va a dar todas las cosas? (Vers. 32-33). Yo más bien saco una conclusión diametralmente opuesta: *El que no perdona a su hijo, es un monstruo. El que no perdona a su hijo, no perdona a nadie.*

Si el Antiguo Testamento no nos hubiese dejado suficientemente convencidos de la falta de entrañas de Yahvé, el acontecimiento fundamental del Nuevo Testamenteo —la muerte de Cristo en la cruz y toda su horrible agonía- será más que suficiente para acabar de convencernos.

Da la impresión de que para Yahvé la cuestión es hacer sufrir al hombre. Y uno naturalmente se pregunta: ¿Por qué tanto sufrimiento? ¿Por qué y para qué tenemos que sufrir necesariamente, por el solo hecho de haber venido a este mundo, cuando en ningún momento nos han pedido nuestro consentimiento para venir, lo mismo que no nos van a pedir nuestro asentimiento para sacarnos de él?

En mi libro *Defendámonos de los dioses* intento dar la clave para la solución a esta trascendental pregunta: pero confieso que para la mayoría de la gente -condicionados como estamos con un sinnúmero de ideas intocables que nos han incrustado en la cabeza desde nuestro nacimiento—, la clave que allí doy es muy difícil de aceptar; tan difícil como a mí se me hace el aceptar que este sádico personaje que vemos en el Pentateuco sea el Dios de todo el Universo. Sin embargo, creo que, por extraña que a algunos les parezca, aquella clave está mucho más cerca de la verdad que nuestras creencias tradicionales.

Un espíritu suplantador

En resumen, el dios del cristianismo, tal como lo vemos en los primeros libros de la biblia, no es ni un Padre bueno, ni el creador de todo el Universo. El dios del cristianismo es un personaje real, muy superior a nosotros en poderes e inteligencia, que se manifestó hace alrededor de cuatro mil años adoptando una apariencia física, y que seleccionó —y engañó— a un pueblo específico haciéndole creer que él era el único, y el supremo ser.

He tardado muchos años en caer en la cuenta y en convencerme de que Yahvé no es sino uno más de los muchos Zeus, Osi-ris, Baal, Huitzilopoctli, etc., que a lo largo de los milenios han estado seleccionando a diversos pueblos y se les han estado manifestando a los animales racionales —e infantiles— de este planeta, para pedirles indefectiblemente las mismas cosas: adoración y sacrificios, tanto físicos como morales. Por fantástico que pueda parecer esta es la cruda verdad.

Por eso el Yahvé del cristianismo era tan ferozmente celoso de los otros dioses (teóricamente inexistentes) y por eso el dios leí cristianismo es tan poco de fiar como todos ellos.

En el fondo, el cristianismo agoniza, porque sus fieles pensantes están descubriendo que su dios es falso.

CAPITULO X

En qué creo y en qué no creo

Creo en el amor. En el amor que funde, que atrae, que sintoniza, que une. En el amor que espera, que comprende, que tolera, que regala, que perdona.

Creo en el amor como la energía más grande del mundo, capaz de lograr lo que no logra la fuerza ni el miedo.

Creo en el amor en todas sus manifestaciones: en el amor del 'ser humano al ser humano; en el amor del niño a su juguete; en el amor de la loba a sus cachorros; en el amor a la tierra que lo vio a uno nacer.

Creo en el amor porque veo en él la huella de Dios; veo en él el fluido sutil con el que Dios se mantiene unido a toda su creación y con el que todas las partes se mantienen unidas entre sí... como si fuese un perfume que se le escapó de las manos, impregnando todas sus criaturas mientras las creaba.

Creo en el amor que da paz, que busca lo bueno, que perdona lo malo, que alaba lo bello.

Creo que el que tiene su corazón y su inteligencia abierta al amor, cree y practica el más importante dogma de todas las religiones.

----- • ------

Creo en el hombre.

A pesar de su pequenez y de sus pequeneces. A pesar de que no sabe de dónde lo han traído, ni por qué lo han traído, ni para qué lo han traído, ni a dónde lo llevan.

A pesar de ser como una breve chispa de vida en medio de la noche del tiempo; sin posibilidad alguna para estirar su estancia en este planeta.

Creo en el hombre.

Tan microbio y tan gigante; tan mezquino y tan generoso; tan cobarde y tan audaz, tan efímero y tan creador,

Creo en el hombre redentor de sí mismo, salvador de sus hermanos, transformador del planeta, imagen de Dios.

Creo en el hombre porque en sus entrañas lleva, sépalo o no, una energía divina y en su mente, es, sépalo o no, una chispa de la incomprensible Inteligencia que rige el Universo.

Creo en el hombre porque es una gota del inmenso océano divino.

Creo en el hombre vilipendiado, calumniado, acomplejado y ofendido por todos los doctrinarios religiosos.

Y hasta creo en el hombre maltratado, prostituido y sojuzgado por la ceguera, el egoísmo y la avaricia de sus hermanos los hombres.

Y porque creo en el hombre, creo en mí mismo. Si no tengo fe en mí mismo no estaré preparado para creer en nada.

Creo en la inteligencia, don supremo del Dios al hombre.

La verdadera encarnación de Dios en la Tierra es la que se realiza en la mente inteligente de cada ser humano.

Creo en la inteligencia porque ella es la que verdaderamente nos hace ser «a su imagen y semejanza».

Somos más o menos hijos de Dios en la medida en que somos más o menos globalmente inteligentes.

Creo en la pervivencia después de la muerte. Estoy seguro de que mi Yo, esto que está en lo más profundo de mi ser, no se vuelve a la nada tras la hora de mi muerte. Creer que nos aniquilamos tras la vida es desconocer por completo la maravilla que somos y es carecer totalmente no sólo de imaginación sino de capacidad de deducción. Este ser mío, que tan poco es si se com-

para con la totalidad del mundo y del universo, es sin embargo, el resultado de una ingente labor arquitectónica, química, física y biológica, es el resultado de la unión de billones de átomos fundidos y organizados por el amor de la omnisapiente energía que rige el cosmos. Este logro tan formidable no se puede deshacer así como así; se disolverá la envoltura externa, pero la parte más profunda de mi ser seguirá evolucionando, creciendo y organizándose tras la etapa material y temporal de esta vida, formando parte de complejos inteligentes más vastos.

No sé si reencarnaré de nuevo (es posible) ni si apareceré en ésta o en otra forma, en otro lugar, en otro planeta o en otra dimensión. No sé si tendré una idea clara de lo que fui aquí, o si quedará inconscientemente archivado en las profundidades de mi Yo; pero sí tengo absoluta certeza de que trascendiendo el tiempo, el espacio y la materia, seguiré. Y mejor que seguiré (ya que esto tiene una connotación de tiempo y de espacio) *seré.* Seré como es la vida; inmortal; porque si bien es cierto que todo lo que vive muere, también es cierto que la vida es inmortal. Seré como es el amor, como es la luz, como es la energía, que existen antes y después del tiempo. Puede ser que pase a formar parte de un todo más vasto, en el que seré como una célula pensante, que al mismo tiempo que conserva su personalidad individual adquiere conciencia de pertenecer a un ser mayor.

No sé casi nada del futuro, *pero me acostaré a morir con la absoluta certeza de que estoy a punto de nacer.* Nacer a algo enormemente más vasto y más grandioso.

Creo en la naturaleza como la auténtica biblia de Dios. La exactitud con que el sol se asoma cada mañana, la puntualidad de las rosas en la primavera, el amor de todas las madres, de la madre mujer y de la madre loba, el latir del mar en cada ola y ese inmenso cielo azul empapado de luz por el día y claveteado de diamantes por las noches... esa es la única palabra de Dios en la que creo. Y Dios pasa las páginas de su biblia gigante con el sol de cada ocaso.

Creo que la Trinidad del cristianismo es sólo un símbolo de la complejidad de Dios y de su incomprensibilidad por la mente humana. Tres en Uno y Uno en tres es algo «imposible» para nuestra mente. Es la manera más simple de decirnos que El está más allá de nuestra capacidad de comprensión. No deja de ser curioso que en todas las grandes religiones se tenga de Dios la misma idea trinitaria que a todas luces es simbólica.

No creo en el cielo que se nos promete en el cristianismo, es decir, en un cielo *inmediato y definitivo* con una *contemplación directa* de Dios. Esta es otra enorme infantilidad de los habitantes-niños de este planeta.

Al llegar de vuelta de la vida -al igual que los niños al llegar de vuelta de la escuela-, el hombre quiere encontrar a su mamá-Dios en casa. Tiene necesidad de abrazarla, de saber que está allí, de contarle las incidencias de la clase de la vida. Pero tal Dios-mamá, Dios-hombre, Dios-persona, no existe. Dios es algo completamente diferente.

Al decir que no creo en el cielo cristiano, de ninguna manera estoy diciendo que crea que no hay nada después de esta vida o que crea que volvemos a empezar completamente de nuevo; como tampoco quiero decir que no vayamos a tener ninguna retribución o castigo por las obras buenas o malas que hayamos hecho en esta vida. (Los fanáticos son muy extremosos en sus juicios y en cuanto alguien deja de pensar como ellos, enseguida le adjudican juicios, posturas y creencias de las que tal persona discrepa totalmente).

Sí creo que después de esta vida, aquel que haya hecho méritos para ello, o en otras palabras, aquel que haya evolucionado tal como se esperaba de él, pasará a un nivel superior de vida en esta inmensa morada que es el universo. O dicho más poéticamente, aunque no menos realísticamente, vibrará en un tono más alto en la fantástica sinfonía del cosmos.

No creo —tal como ya dije- que Dios tenga hijos y mucho menos creo que El pueda hacerse hijo de nadie.

No creo que la biblia sea la palabra de Dios, ni por lo tanto que sea infalible o que haya sido inspirada inmediatamente por El.

No creo que el hombre nazca con ningún pecado. Si los hombres, que somos tan injustos, no le atribuimos a nadie pecados o crímenes que no haya cometido, ¿cómo vamos a pensar que lo hace Dios?

Y una vez que liberamos al hombre del sambenito con el que lo hacen nacer los doctrinarios del cristianismo, desaparece automáticamente la necesidad de redenciones y salvaciones. ¿Redimirnos de un pecado que no hemos cometido? ¿Salvarnos de un infierno que no existe?

El hombre se redime, se salva, se libera, se dignifica, se perfecciona y se hace un ángel o un demonio mediante sus pensamientos y sus obras. En un orden personal, el hombre se salva o se hunde a sí mismo y en un orden social los hombres salvan o condenan a la sociedad, la liberan o la destruyen.

Acabemos con el complejo de que somos pecadores por nacimiento. No somos menos que las demás criaturas. El hombre honesto no tiene menos dignidad que un árbol, que nace sin complejos y muere de pie sin arrodillarse ante nadie a pedirle perdones; ni es menos que un águila que nace libre y se atreve a mirar al sol de frente, sin pensar que por eso lo ofende. Los doctrinarios nos han metido en la cabeza que el simple hecho de vivir es pecado. Rechacemos sus absurdas ideas y vivamos la vida a fondo, pensando que si ésta es un regalo de Dios, tenemos que disfrutarla.

No creo en el infierno tal como el cristianismo nos lo ha presentado por casi dos mil años. Creer en el infierno es una blasfemia contra la bondad de Dios. Creer en el infierno es demostrar poca inteligencia.

Los doctrinarios fanáticos de todas las religiones —consciente o inconscientemente— han inventado infiernos y castigos que les servían para tener atemorizadas y subyugadas las conciencias de los fieles. En el cristianismo el infierno no es más que una enorme calumnia que los teólogos le han levantado a Dios. Después de habernos dicho que Dios es un Padre misericordioso, perdona-dor, compasivo, omnisapiente, tolerante, paciente, etc., etc., es tal la aberración que supone el presentarnos un infierno eterno (con todas las terribles características con que nos lo presenta el cristianismo) que no merece la pena perder tiempo en demostrar el contraste entre estas dos cosas. La idea de un padre que se ensaña eternamente en castigar, las debilidades de sus hijos no le cabe en la cabeza a nadie que piense con serenidad. (Lo malo de los dogmas religiosos, es que mucha gente sólo los *cree* y no los *piensa).*

Sí creo en el infierno que estos fanáticos con sus doctrinas les han hecho pasar durante veinte siglos a tantas buenas personas. Si alguien hubiese en este mundo que mereciese el infierno, serían estos doctrinarios con sus doctrinas infernales. Y ni aún a éstos, yo —que disto mucho de ser tan bueno y tan tolerante como Dios— los mandaría allá, porque hay que reconocer que el infierno con que nos amenaza el cristianismo es algo muy serio y estos pobres diablos no se merecen tanto mal.

¿Qué pasará entonces con todos los «impíos»? ¿Qué pasará con todos aquellos que han obrado mal, hiriendo a sus hermanos y yendo contra las leyes justas? A los «impíos» que no han creído en la palabra de Dios (porque sencillamente no les cabían en la cabeza todos los disparates que se han presentado como «palabra de Dios») no les pasará nada. Muy probablemente les darán un premio por haber usado con decisión su cabeza para oponerse a algo que veían como incompatible con su idea de un Dios grande y sabio.

A los otros impíos; a los que se han dedicado a fastidiar a los demás y que han parasitado en la buena voluntad de sus hermanos; a los que se han enriquecido injustamente a costa del sudor de otros, a los que han abusado, a los que han extorsionado, a los que han legislado en su beneficio, a los que han politiqueado con la

buena fe y la credulidad de las multitudes, a los que han traficado con las drogas, a todos los grandes culpables que valiéndose de la política, de la milicia, del dinero o de los dogmas, han convertido este mundo en el infierno que es en la actualidad ¿qué les pasará? No lo sé. Sólo sé que a pesar de sus iniquidades no se irán al infierno, sencillamente porque no hay infierno. Sí creo que sería una buena idea el hacernos reencarnar —ahora que la reencarnación se ha puesto de moda— haciéndolos nacer como parte de ese pueblo, de esas razas, de esos creyentes, de esas clases sociales, de esos hambrientos, de esos heridos, de esos enfermos que ellos han ayudado a crear con sus canalladas. Creo que sería más que suficiente para que aprendiesen a ser un poco más justos.

CAPÍTULO XI

Mi Dios

Aunque no me resultará nada fácil, quisiera exponer en este capítulo cuál es mi idea de eso que los hombres llamamos Dios. Pero antes de entrar en materia, quisiera decir algo sobre el ateísmo.

Creo que la mayor parte de los que declaran ateos, lo que en realidad hacen es retirarle la fe a un dios falso, a un dios hecho por la mente del hombre o sencillamente al dios del Pentateuco; y hay que reconocer que en eso no hacen nada malo. Lo que hacen es dar muestras de poseer un innato sentido de justicia y dar muestras de ser inteligentes.

Sin embargo, si su ateísmo fuese absoluto y se extendiese hasta la negación de un orden o de un plan en el universo y sostuviesen que todo es fruto de la casualidad, y que después de esta vida volvemos a la nada de la que por chiripa salimos, entonces están demostrando que a su inteligencia le falta alguna dimensión para que se le pueda aplicar el calificativo de notable. Pero ni siquiera habrá que enfadarse demasiado con este tipo de ateos radicales, ya que comprendo que su actitud tiene mucho de rebelión justa contra un abuso del que todos hemos sido víctimas desde nuestra infancia, cuando se nos impuso sin otra alternativa, una imagen de Dios tirano, ciego, padrastro y perpetuamente amenazador. Y por otro lado, la vastedad del cosmos y la complejidad de la vida misma, con mucha frecuencia contribuyen a que no sea nada

fácil descubrir a ese Dios escondido tras la infinidad de sus criaturas y en la profundidad insondable de su universo.

De niño, inducido por mis maestros religiosos, miraba a los ateos como a seres desnaturalizados; ellos eran los «impíos» por excelencia; una especie de monstruos de maldad a quienes el infierno esperaba con sus eternas fauces abiertas. Hoy día los veo con mucha mayor comprensión; me inspiran hasta un poco de simpatía pues veo en ellos a gente que se preocupa de descifrar de alguna manera el misterio de la vida y de lo trascendente, frente a otros para quienes estos problemas del más allá son algo totalmente carente de importancia. Y también tengo que confesar que los veo con un poco de lástima pues su miopía para ver el más allá los priva de un cierto regusto que a los creyentes nos da la esperanza; aunque no sea la esperanza en un cielo inmediato, sí la esperanza de que el maravilloso espectáculo de la creación y de la vida va a continuar en alguna parte, de alguna manera.

Y hecho este aparte a propósito de ateísmo y de los ateos, trataré de concretar cuál es mi idea de Dios.

Mi dios no es un Dios «personal». No está aquí o allí. No «tiene»; no «quiere»; no «se enfada»; no «castiga»; no «perdona»... Todos estos son atributos de las personas humanas; y como ya dije, Dios ni es hombre ni es persona.

Indudablemente al hombre-niño le da más seguridad la idea de un Dios-padre y en cierta manera se siente perdido y huérfano cuando le privan de ella. Por eso creo que esta idea de presentar a Dios como padre, haciendo mucho hincapié en ello, fue un gran logro del cristianismo y de Cristo.

Pero desde los tiempos de la fundación del cristianismo hasta hoy, la psicología de los hombres (y más en concreto, la de ciertos hombres más evolucionados) ha cambiado mucho. Si bien es cierto que aún sigue habiendo mayoría de hombres-niños en este planeta, también lo es que la humanidad en general (y sobre todo ciertos pueblos y naciones en particular), han ido despertando de su estado de infantilidad y hoy día, aún sabiéndose débiles ante las fuerzas de la naturaleza e impotentes ante la dura realidad de

preparación para la otra que nos espera. Creemos que aquella depende en gran medida de ésta, pero al mismo tiempo sabemos que esta vida tiene un sentido en sí misma y hay que vivirla plenamente o de lo contrario defraudaremos a quien nos la haya dado. Sencillamente, yo vivo cada momento de mi vida con la conciencia de que haciendo bien lo que estoy haciendo, cumplo con el orden que Dios (la Suprema Inteligencia) tiene establecido en el universo.

El hombre del siglo XX ya se siente dueño y señor del planeta, cosa que no sucedía, ni siquiera en orden teórico, a los principios de la era cristiana. Buena parte de la juventud actual ha superado los complejos que los líderes religiosos nos fueron inyectando a lo largo de la historia. Cada generación nueva que aparece en el mundo, tiene menos miedo a preguntarse audazmente y a preguntarle a «Dios» el por qué de la vida y de la muerte, y el por qué del bien y del mal y el por qué de tantas cosas aparentemente sin sentido que suceden en nuestro planeta.

Y esta misma humanidad adolescente, con la audacia típica de su edad, se atreve a algo a lo que nuestros antepasados nunca se atrevieron: se atreve a cuestionar la misma idea de Dios, que como algo intocable y sagrado le habían entregado; se atreve a preguntarse el por qué de muchas de las acciones que se le atribuyen a Dios y hasta se atreve a rechazar la imagen de El que le habían presentado.

A mi manera de ver, este cambio que se ha operado en el hombre de hoy acerca de su manera de concebir a Dios y acerca de la finalidad de la vida humana en el planeta, es el fenómeno religioso y cultural más grande y más profundo que está sucediendo en nuestro tiempo. Este cambio que rápidamente se está operando en nuestra idea de Dios es lo que está generando los otros cambios que estamos viendo en nuestros días y que no son sino consecuencia de aquél.

La pura ciencia, que tan renuente ha sido siempre a estar en buenas relaciones con la religión, es hoy mucho más cautelosa en rechazar ciertas ideas trascendentes que proceden del campo de la religión. Los científicos verdaderamente inteligentes, es decir, los filósofos de la ciencia, (no los meros coleccionistas de datos o

fórmulas o los puros experimentadores que en definitiva son sólo los miopes obreros de la ciencia) se quedan hoy pasmados ante los maravillosos panoramas que están descubriendo en la profundidad de la materia.

«Material» ha sido siempre un término peyorativo usado por los religiosos como antagónico de «espiritual»; y sin embargo, hoy día los sabios están descubriendo con asombro que el fondo de la vilipendiada materia está empapado de algo que se parece mucho al reino del espíritu. El orden maravilloso de las partículas subatómicas, su infinita variedad, sus ingentes velocidades, la autonomía de muchas de ellas y hasta la «inteligencia» con que algunas actúan*, su increíble energía capaz de atravesar nuestro planeta sin inmutarse, su constante interacción y sobre todo, en lo que a nosotros se refiere, su milagrosa capacidad de organizarse para construir la materia —que aparentemente es tan diferente de ellas— son sólo algunos de los indicios de que en el fondo de todo esto que percibimos con nuestros sentidos hay una energía y una sabiduría misteriosas que tienen mucho que ver con el reino del espíritu; un reino que los teólogos habían colocado siempre fuera de este mundo, «más allá»; y, sobre todo, un reino del espíritu que los doctrinarios fanáticos habían siempre contrapuesto a «lo material».

¿Es que Dios es esto? No. Ya he dicho que Dios ni es esto ni es aquello. Pero esa ebullición que vemos en el fondo de la materia, esa auténtica «vida molecular y atómica» que estamos descubriendo con los ultramicroscopios, con las cámaras de niebla, con los polígrafos, con las fotografías Kirlian, etc., son como una huella fresca de Dios.

Tal como escribí en *Curanderismo y curaciones por la fe,* yo me siento mucho más cerca de Dios cuando pienso en los grandiosos panoramas que encontramos en el fondo de la materia que

---

* Un botón de muestra: Un par de partículas gamma generadas del choque de un electrón y un positrón (que según las leyes de la física y de las matemáticas deberían quedar completamente desvinculadas) se comportan de manera que cuando una de ellas es excitada por algo, la otra «lo resiente» y lo acusa de alguna manera.

cuando leo en el Pentateuco las carnicerías y las venganzas del repulsivo personaje que el judeo-cristianismo nos ha querido presentar como el Dios del Universo.

Y lo grande es que el Cosmos entero está lleno de esta «vida atómica». No hay tales vacíos interestalares. El cosmos entero hierve de radiaciones, energías, emisiones, ondas, vibraciones que lo llenan todo y que actúan a distancias infinitas. No sólo eso; el cosmos entero está lleno de una especie de caldo primigenio o de materia prima universal —que tiene más de espíritu que de materia— de la que saltan a la existencia las subpartículas atómicas que en muchas ocasiones dan la impresión de surgir de la nada. En ciertos lugares del universo, este caldo primigenio y estas energías y radiaciones actúan entre sí, se contraponen, se ordenan -dirigidas por una mano escondida— y como por milagro brotan los astros y brota la materia. Y cuando la materia empieza a organizarse, adquiere vida —vida protoplásmica— y al cabo de largas evoluciones, aparece en escena ese fantástico instrumento material llamado cerebro que es ya capaz de producir o de ser vehículo de ideas y de sentimientos... De nuevo nos encontramos con el reino del espíritu coronando la materia. Porque tal como dicen los orientales, «el espíritu es la realidad; la materia es sólo un sueño del espíritu».

¿Y qué tiene que ver todo esto con Dios? Dios no es esto; pero esto es una huella fresca de Dios. Esto es como el perfume que ha dejado a su paso en la creación. (Y perdón por el uso de metáforas tan humanas; porque no hay palabras propias para hablar con exactitud de Dios ni para expresar lo inexpresable). El que concibe a Dios como la totalidad del universo y como la energía secreta que lo vitaliza desde sus profundidades, aunque en realidad diste infinitamente de tener una idea cabal de El, sin embargo está más cerca de la realidad que el que lo identifica con el personaje antipático del Pentateuco.

En algún aspecto es muy cierta la creencia oriental y de muchos videntes occidentales, de que «Dios no se piensa sino que se siente». Querer tener una idea clara de Dios es pretender que un ciego nos describa la luz. El cerebro humano está encerrado en unas coordenadas que lo imposibilitan para poder com-

prender la divinidad. Todo lo que podrá hacer será tener ideas generales; todo lo que podrá concebir serán sombras, huellas, caricaturas...

Por eso es completamente lógico que el que *siente* todo su organismo inundado por una avalancha de placer indescriptible y al mismo tiempo siente su inteligencia iluminada repentinamente por todo un mundo de ideas nuevas, crea que está ante la presencia inmediata de Dios. Y el gran peligro que acecha a todos los que pasan por esta experiencia, es que ante la magnitud del fenómeno que están exprimentando, entreguen su mente o renuncien al uso de ella, creyendo a ciegas lo que «Dios» les diga. Por eso hay un gran peligro en este «sentir a Dios» prescindiendo de la inteligencia; un peligro que ha sido una auténtica trampa en la que han caído la mayor parte de los místicos y videntes tanto de Oriente como de Occidente. Y la prueba de ello son las diferentes y hasta contradictorias imágenes de Dios que nos presentan de sus «sentimientos» y de sus «videncias».

Pero Dios —el Dios con mayúscula- tampoco es esto. Por increíble que les parezca a todos aquellos que han pasado por el inefable fenómeno de la iluminación religiosa, lo que sienten no es ninguna prueba de la inmediata presencia de Dios. Es sí, un profundo fenómeno trascendente —aunque de gran contenido subjetivo— que se da en todas las religiones, se ha dado en todos los tiempos y es mucho más común de lo que se cree. (Este es un tema vasto y fundamental para entender las religiones, que trato en el libro *Defendámonos de los dioses* a que antes hice alusión). *

Entonces ¿qué es Dios?

Ya dije anteriormente que pretender definir qué es Dios es completamente ilusorio e imposible. Si Dios fuese comprensible y definible por nuestra mente, Dios no sería gran cosa. Este ha sido el gran pecado de los teólogos que se han pasado siglos queriendo definir a Dios sin caer en la cuenta de que lo único que hacían con sus definiciones era caricaturizarlo. Sin embargo, sí podemos

---

* A pesar de haber pasado ya ochenta años desde que William James escribió su *The Varieties of Religious Experience,* su obra sigue siendo fundamental para estudiar este tipo de fenómenos.

tener alguna idea de Dios; una idea genérica y vaga pero que nos servirá para referirnos a El y de alguna manera relacionarnos con El. La idea de que a Dios lo podemos sentir, más de lo que lo podemos pensar, es válida a condición de que en ningún momento prescindamos de nuestra razón. Si combinamos el sentimiento con la razón podremos acercarnos más a la concepción de Dios aunque siempre estaremos a una distancia infinita.

No hace falta sentir el proceso de iluminación al que me referí anteriormente, para «sentir» a Dios. Aunque no sea de una manera tan violenta, el hombre reflexivo puede sentir a Dios de mil maneras en la naturaleza y en las experiencias de su propia vida. Es un don de Dios el poder sentir su presencia disimulada en las cosas; pero también es el fruto del recto uso de la mente y del corazón. Grandes místicos cristianos como Francisco de Asís o Ignacio de Loyola lo sentían así. A este último en alguna ocasión lo sorprendieron diciéndole a unas flores: «Callaos, que ya os entiendo». La energía divina está difusa en toda la creación; patente o latente, el hombre que tiene su espíritu evolucionado la percibe en todas partes: en el microcosmos y en el macrocosmos, en las entrañas del átomo y en las fantásticas espirales de las galaxias que como artilugios de pirotecnia iluminan la fiesta de la creación.

; Cuántas veces ante un paisaje bello de los que tanto abundan todavía en nuestro planeta, alejado del estruendo enfermizo de la ciudad, a uno le ha venido el impulso de dar gracias desde lo más profundo de su corazón! Pero dar gracias...¿a quién? Aquí es donde está la gran diferencia. El hombre-niño le da gracias a su Dios-padre. Tiene pleno derecho y no hace nada incorrecto. El hombre-adulto le da gracias al Dios-inteligencia, al Dios-energía, al Dios-amor, sin que lo localice aquí o allí, y sin que lo aprisione en una persona. (La palabra y el concepto de «persona» son totalmente incapaces de contener la realidad de Dios. Si nosotros somos *personas* Dios no puede ser *persona).*

Comprendo que para muchos, el hablar así de Dios los deja fríos y hasta se quedan con la impresión de cierta orfandad. Lo mejor que harán será seguir concibiendo a Dios de la manera que más beneficie a su psiquismo. Poco importa cómo lo conciban,

porque Dios es como es y no como lo pensamos los hombres. El único consejo que a tales personas yo les daría es que a su idea de Dios le quiten todos los sambenitos de «iracundo», «justiciero», «vengativo», «exigidor perpetuo de dolor y de sacrificios», que los doctos fanáticos le han ido imponiendo con el paso del tiempo.

Y para terminar ia difícil tarea que me he impuesto de expre sar cuál es mi idea de Dios, diré que mi Dios es omnipotencia, mi Dios es Orden (aunque el fantástico orden de la creación sea ina barcable muchas veces para nuestra mirada de mosquitos); mi Dios es grandiosidad (no es cicatero como el dios cristiano); mi Dios es Luz, mi Dios es Belleza, mi Dios es Amor; un amor que en esta etapa humana de mi existencia, lo siento primordialmente y se lo devuelvo a través de mis hermanos los hombres y a través de todas las criaturas.

Y como mi Dios es Amor, yo sé que tarde o temprano y pese a todos mis defectos y mi pequenez, acabará inundándome de sí mismo.

Exhortación fínal

¡Despierta, ser humano! Ya ha llegado en los tiempos la hora en que despiertes del sueño y de la ilusión en que has estado o en que nos han tenido por siglos!

Ya ha llegado la hora de que te sacudas el sueño religioso que como una pesadilla te ha aprisionado el corazón y la mente por tanto tiempo!

¡Despierta ser humano y'deja de adorar a los ídolos que tú mismo has ido creando a lo largo de los siglos! Tú, ser humano, eres un pequeño dios; un dios con minúscula, que has estado creando cosas e ideas a las que luego te has dedicado a adorar, en tu afán por encontrar al Dios grande que con tanta ansia buscas.

¡ Deja de adorar a tus propias criaturas! ¡ Deja de venerar a los símbolos que tú mismo has creado! ¡ Deja de seguir ciegamente las leyes «sagradas» que tu mismo has inventado! ¡ Deja de creer en dogmas que tú has elaborado! ¡ Deja de comerte el pan en el que infantilmente has querido encerrara Dios! ¡Dejade consultar los «libros sagrados» que tú mismo has escrito! ¡Deja de obedecer gregariamente a las autoridades «infalibles» que tú mismo te has impuesto; te las autoimpusiste porque tenías miedo de volar solo al infinito pero lo que han hecho ha sido atarte las alas de la inteligencia!

¡ Despierta ser humano y no temas al más allá! Cuando te llegue tu momento, no tiembles, no te estremezcas, no admitas réquiems, ni cantos funerarios, ni siquiera cruces o sepulturas en tierra «santa». Toda la tierra es santa. Yo haré que me entierren

en lo alto de un monte, cara a las estrellas para que el sol y la luna me bendigan todos los días desde el cielo y para que la lluvia y el rocío vuelvan a unir mis restos con el polvo de donde salieron, haciéndolos revivir de nuevo en forma de árbol o de flor.

Para entonces, ya mi espíritu —la parte más honda de mi ser- vagará feliz en otras dimensiones más altas y contemplará otros panoramas insospechados. No soy tan infantil como para esperar que me voy a encontrar a Dios «cara a cara»; pero sí estoy absolutamente seguro de que tendré de El una idea mucho más clara y una visión mucho más cercana que la que tengo en este mundo. Como también estoy absolutamente seguro de que ño iré a ningún infierno, porque tal cosa es sólo la invención de mentes enfermas.

Hombre mortal, ¡no le temas a tu despertar en el más allá! Mira tu cuerpo y piensa que es un auténtico milagro; piensa que quien te ha hecho así, pensante, inteligente, lleno de emociones, de deseos, de alegrías y de esperanzas, es una mente gigante y sabia que sabe muy bien lo que hace, y que de ninguna manera es vengativa y miserable como nos la han pintado.

Piensa que estás hecho con los mismos materiales de que están hechas las piedras, las nubes y el mar; eres una millonada de electrones exactamente iguales que los que componen las plantas, las estrellas y las galaxias, todos girando matemáticamente, vertiginosamente, incansablemente, alrededor de su núcleo. Estás hecho de lo que está hecho todo el universo. ¡ Eres un hijo del Universo hecho a su imagen y semejanza!

¡ Déjate de andar buscando a Dios aquí o allá! No lo coloques en ningún sitio, no lo empequeñezcas, no lo caricaturices, no lo hagas una cosa más! Dios late en el universo infinito que te rodea, y es demasiado grande para poder ser comprendido por tu pequeña mente.

¡ Despierta hombre, y levanta los ojos al cielo en una noche estrellada! Mira esa bóveda gigante; mira los millones de estrellas que siendo tan inmensas te hacen guiños infantiles a tí, que eres su hermano, y que siendo tan pequeño puedes jugar con todas ellas agrupándolas en racimos con tus ojos. Contémplalas en silencio en medio de la oscuridad, sólo, lejos del estrépito de

nuestra civilización enferma, y siéntete lleno del espíritu del Dios-Universo; siéntete protegido, siéntete amado por el Cosmos que ha hecho de ti un pequeño milagro pensante. Déjate penetrar por el sentimiento de ser uno con el Todo gigante; siente tus pies firmes sobre la tierra, tan sólida debajo de tí, tan llena de misterios y tan tuya, y piensa cómo siendo una gigantesca bola de billones de toneladas, flota como una pluma en el espacio, y tú cabalgas en ella sin enterarte de que te lleva a una velocidad vertiginosa a través del abismo infinito.

¡ Despierta ser humano y libérate de los miedos y de los mitos que han aprisionado tu alma por siglos!; lo mismo da que sean mitos hindúes, que mitos budistas que mitos cristianos. Todos son resultado de la angustia del hombre; todos son engaños a los que su mente ha sido sometida desde que apareció sobre la Tierra; todos son creaciones de su razón, tercamente obstinada en encontrar sus raíces. El engaño ha hecho que el hombre crea en dioses falsos, en espíritus suplantadores que se hacían pasar por el verdadero Dios del Universo; y el miedo y la desesperación han hecho que el hombre invente dioses que son verdaderos monstruos de pesadilla que acaban angustiando la vida del propio hombre. Por eso los dioses de cada religión son diferentes y por eso ha habido tantas religiones a lo largo de los siglos, sin que ninguna de ellas fallase en exigirle al hombre dolor y sacrificio.

Hombre mortal, mota de polvo, voluta de humo, copo de nieve que brillas un momento en el tiempo y en un segundo te derrites en la tierra, ¡deja de correr detrás de Dios como si Dios fuese un muchacho travieso que juega al escondite contigo! ¡ Deja la infantilidad de pensar que sólo puedes vivir feliz y decentemente si lo tienes agarrado entre tus brazos como si fuese un fetiche que te proteje y te dará buena suerte! ¡ Deja de angustiarte con falsas imaginaciones de torturas, de castigos, demonios y purgatorios, y siéntete con derecho a ocupar tu puesto en el cosmos!

¡ Mírate! ¡ Eres un auténtico hijo de Dios! No por redenciones ni por salvaciones que nadie te haya regalado, sino por tu misma naturaleza; una naturaleza que participa de la divinidad y que tú tienes que hacer evolucionar mediante el buen uso de tu inteligencia y de tu corazón.

ÍNDICE

	INTRODUCCIÓN	7
Capítulo I	LA AGONÍA DEL CRISTIANISMO DE UNAMUNO.....	13
Capítulo II	HANS JUNG EL CRISTIANO-SÍNTOMA	21
Capítulo III	PROS Y CONTRAS DE LA RELIGIÓN .	27
	Aspectos benéficos	30
	Aspectos negativos	31
	El futuro de la religión	35
Capítulo IV	EL CRISTIANISMO HA ENVEJECIDO .	37
	Los viejos esclerotizan	40
	Los viejos tienen mala circulación	46
	Los viejos tienen los sentidos embotados	49
	A los viejos les faltan las fuerzas	50
	A los viejos les falla la memoria	54
	Intolerancia.....	56
	Errores históricos	63
	Los viejos desvarían	68
Capítulo V	PRISIONERA DE Si MISMA	77
	Prisionera de sus templos	79
	Prisionera de sus hábitos.....	81
	Prisionera de sus tradiciones.....	83
	Celibato sacerdotal	85
	Ordenación de mujeres.....	88

Capítulo VI LA BIBLIA ¿PALABRA DE DIOS O INVENTOS DE LOS HOMBRES? 93
Autores .., ... 97
Cómo llegó hasta nosotros 98
Libros revelados y libros no revelados 103
Variantes de los textos 107
Inerrancia e interpretación 108
Su aparición en el tiempo 112
Circunstancias extrañas en la entrega del mensaje 115
La Biblia vista racionalmente 117
Capítulo VII LA GRAN ANTIPRUEBA 121
Los cuatro sellos 123
Unidad..... 125
Capítulo VIII LAS CREENCIAS DEL CRISTIANISMO 133
Religión y ciencia 136
La parapsicología contra la teología 139
El credo cristiano 141
La figura de Cristo 143
Su encarnación 145
¿Hijo de Dios?..... 147
Los grandes avatares..... 149
Pecado original 150
El amor a Cristo 152
La Virgen María 154
Sacrificios y sufrimientos 156
El mandamiento único 162
¿Qué es pecado? 162
Capítulo IX EL DIOS DEL CRISTIANISMO 165
Lo que Dios no es..... 168
Nuestras ideas infantiles acerca de Dios 170
Cualidades negativas de Yahvé 171
La ira de Dios 174
Filicida 177
Un espíritu suplantador 178
Capítulo X EN QUÉ CREO Y EN QUÉ NO CREO 181
Capítulo XI MI DIOS .....
EXHORTACIÓN FINAL 203